

**PRÁCTICAS DECOLONIALES EN LOS ESPACIOS DE ACOMPAÑAMIENTO:
CONVERSACIONES DESDE LA SUBALTERNIDAD A TRAVÉS DE UN
ESTUDIO DE CASO MÚLTIPLE Y UNA AUTOETNOGRAFÍA.**

MIGUEL ÁNGEL CÁRDENAS MEDINA

**UNIVERSIDAD EL BOSQUE
PROGRAMA DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS SOCIALES Y CULTURALES
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES
BOGOTÁ DC- COLOMBIA 27 DE JULIO DE 2021**

HOJA DE IDENTIFICACIÓN

Universidad	El Bosque
Facultad	Departamento de Humanidades
Programa	Maestría en estudios sociales y culturales
Título:	Magister en estudios sociales y culturales
Grupo de investigación	FHISCIS. Grupo de Filosofía, Historia y sociología de las Ciencias
Línea de investigación:	Biopolíticas, prácticas y subjetividades
Otras Instituciones participantes:	
Tipo de investigación:	Posgrado
Estudiante (s):	Miguel Ángel Cárdenas Medina
Director de Trabajo de grado	Angélica Franco Gamboa
Jurado (s) /Institución	Juan Pablo Sánchez Rojas Diana Izquierdo
No. Acta de aprobación	9

DIRECTIVOS UNIVERSIDAD EL BOSQUE

OTTO BAUTISTA GAMBOA	Presidente del Claustro
JUAN CARLOS LÓPEZ TRUJILLO	Presidente Consejo Directivo
MARIA CLARA RANGEL G.	Rector(a)
RITA CECILIA PLATA DE SILVA	Vicerrector(a) Académico
FRANCISCO FALLA	Vicerrector Administrativo
MIGUEL OTERO CADENA	Vicerrectoría de Investigaciones.
CRISTINA MATIZ MEJIA	Secretario General
JUAN CARLOS SANCHEZ PARIS	División Postgrados
CAMILO DUQUE NARANJO	Director Departamento de Humanidades
JUAN CAMILO CAJIGAS ROTUNDO	Director Programa de Maestría en Estudios Sociales y Culturales
FABIÁN MAURICIO CASTRO CASTRO	Coordinador Postgrado Maestría En Estudios Sociales y Culturales

“La Universidad El Bosque, no se hace responsable de los conceptos emitidos por los investigadores en su trabajo, solo velará por el rigor científico, metodológico y ético del mismo en aras de la búsqueda de la verdad y la justicia”

Resumen

El trabajo de investigación se desarrolló con el objetivo de identificar elementos constitutivos para el ejercicio de la psicología en perspectiva decolonial a partir de estudios de caso múltiple en los que se visibilizara la yuxtaposición de prácticas y saberes. Con perspectiva fenomenológica y apoyado en los métodos de estudio de caso comparado y autoetnografía, acompañé 18 casos durante más de 5 sesiones. Analicé la información desde técnicas de codificación de la teoría fundamentada para presentar los resultados organizados en tres grandes categorías. Las formas de subalternidad experimentada y reconocida por los participantes y el acompañante permite un punto de partida para el ejercicio reflexivo que orientará el proceso y que constituye la segunda categoría en la que se da cuenta de la forma como se atraviesa la experiencia de la subalternidad desde la autorreflexividad. Finalmente se configuran elementos que pueden ser constitutivos de un proceso de acompañamiento en el que se quiebran relaciones de poder, se generan vinculaciones, se visibilizan voces de los saberes otros dando lugar a la doxa y abriendo la puerta al giro decolonial en la psicología.

Palabras clave: Estudios decoloniales, prácticas decoloniales, psicoterapia, subalternidad, estudios de la subalternidad, giro decolonial, acompañamiento.

Abstract

The research work was developed with the objective of identifying constitutive elements for the exercise of psychology in decolonial perspective from multiple case studies in which the juxtaposition of practices and knowledge was made visible. With a phenomenological perspective and supported by the methods of comparative case study and autoethnography, I accompanied 18 cases during more than 5 sessions. I analyzed the information from grounded theory coding techniques to present the results organized into three large categories. The forms of subalternity experienced and recognized by the participants and the companion allow a starting point for the reflective exercise that will guide the process and that constitutes the second category in which the way in which the experience of subalternity is traversed from self-reflexivity. Finally, elements are configured that can be constitutive of an accompaniment process in which power relations are broken,

links are generated, voices of other knowledge are made visible, giving rise to the doxa and opening the door to the decolonial turn in psychology.

Keywords: Decolonial studies, decolonial practices, psychotherapy, subalternity, studies of subalternity, decolonial turn, accompaniment.

Tabla de contenido

<i>Agradecimientos</i>	10
<i>Introducción</i>	12
<i>Capítulo 1.</i>	22
<i>Las formas de subalternidad: Transitando el "terreno conocido del sufrimiento"</i>	22
El buen comportamiento y la preservación de la imagen: Disciplinamientos sobre el cuerpo en casa y otras instituciones.	23
Sujetarse a la clase: reflexiones sobre el mandato patriarcal y el deseo de blanqueamiento.	32
"Dígame qué tengo": Diagnósticame luego existo. Discursos subalternizantes desde la salud mental y la nosología psicopatológica.	37
Entre la provincia y la capital. Discursos "soterrados" de privilegios urbanos.	42
<i>Capítulo 2</i>	46
<i>El giro hacia la autorreflexividad</i>	46
Prácticas de sí: Hacia una construcción de libertad, voluntad y decisión en el sujeto.	48
Del pensar "objetivo" a la reflexividad: El lugar del acompañante.	50
Fracturando las relaciones de poder.	57
Un giro en el rol del psicólogo.	60
De la psicoterapia moderna a los diálogos desde la subalternidad.	62
<i>Capítulo 3.</i>	65
<i>La configuración del espacio de acompañamiento y los diálogos desde la subalternidad: "Buscamos una terapia diferente"</i>	65
Más allá de las paredes. El reto de "sacar la psicoterapia del consultorio".	66
Construyendo vínculos: "Un amigo de la familia quiere ayudarnos"	73
Transformando el ejercicio del poder. "Estás invitado al matrimonio de mi mamá"	77
"La metamorfosis" de la doxa. Formas alternativas de los diagnósticos desde los saberes otros.	83
El lugar del cuerpo.	91
De palabras no traducidas e imágenes no interpretadas.	98
<i>Capítulo 4.</i>	107
<i>Configuración de un espacio de acompañamiento en perspectiva decolonial: Discusión de los resultados de investigación.</i>	107
La deconstrucción del subalterno desde la yuxtaposición de prácticas y saberes en el espacio de acompañamiento.	107

Los diálogos desde la subalternidad: alternativas para un giro decolonial en la psicología.	115
El acompañante autorreflexivo: aportes desde la praxis al giro decolonial de la psicología.	122
<i>Conclusiones y recomendaciones.</i>	126
<i>Referencias Bibliográficas</i>	130

Lista de Figuras

Figura 1. La renuncia del control, la renuncia de la directividad.

Figura 2. Acceso a distancia.

Figura 3. Mensaje de despedida de Felipe.

Figura 4. Modelo propuesto de consultorio.

Figura 5. Comprensiones diagnósticas desde la doxa.

Figura 6. Diego y la casa de colores.

Figura 7. Felipe y la imagen rota.

Figura 8. La vida y la libertad según Jimmy.

Agradecimientos

En el desarrollo de este trabajo de investigación y del presente documento conté con el apoyo y colaboración de muchas personas que han creído en mi propuesta y han apoyado el deseo profundo de interpelar la psicología, disciplina en la que me he producido y que ahora busco movilizar.

Quiero agradecer en primer lugar a todas las personas participantes pues este trabajo es una construcción polivocal en la que sus ideas, voces y propuestas están presentes. De ustedes aprendí inmensamente en este proceso y con toda seguridad hicieron parte de mi transformación personal. A mi asesora por sus orientaciones en cada parte del proceso de investigación y por la paciencia para orientar el trabajo escuchando abiertamente pero de manera crítica mis propuestas y comprensiones. A mis docentes por cada una de las ideas que contribuyeron a la estructuración de mi investigación y por las críticas en todo el ejercicio que ayudaron a estructurar cada vez mejor mi idea.

A mis colegas que han estado atentos del desarrollo de este proceso y han contribuido en cada uno de los momentos de la investigación con sus ideas, propuestas y experiencias compartidas. A mi familia por apoyarme y creer en propuestas como esta y confiar en que cada una de las acciones hechas en el trabajo y en la investigación apoyarán a las personas y aportarán a cambios en la sociedad. A mis compañeras de estudio por el apoyo y sus aportes que sirvieron para mantener siempre una mirada interdisciplinaria, situada y crítica sobre mis ideas. A mis amigas y amigos por su incondicional apoyo, por la energía y por creer en la posibilidad de los cambios.

Nota para el lector/a:

Este trabajo de investigación no es sobre los consultantes, ni sobre la psicoterapia, ni sobre las formas diferentes de concebir el espacio terapéutico. Este trabajo se centra en la figura del terapeuta, su reflexividad y la manera como llega a concebirse de manera diferente en el curso de cada proceso de psicoterapia. Y más allá de esas figuras y palabras que serán interpeladas, se trata de alguien que acompaña procesos de transformación y toma de decisiones de personas que participan en la construcción de sus vidas desde la resignificación del pasado y la conexión con la experiencia del presente. En ese sentido, este trabajo se trata de mí y de la forma como se construyen y deconstruyen estructuras epistemológicas coloniales mientras reconozco que he sido producido por marcos disciplinarios que atraviesan mi lenguaje, mi postura y mi ser. A lo largo del trabajo he avanzado en el proceso de reflexividad mas de antemano quiero pedir se me dispensen los lapsus o sesgos que aún conservo. El proceso de deconstrucción de la estructura epistemológica y práctica que me ha sido instaurada como psicólogo toma tiempo y es posible que en algunas expresiones aún se haga visible, así como la postura frente a mi constitución como sujeto producido por la modernidad.

Introducción

Inicio este documento con este apartado en el cual presento una aproximación al punto de partida y desarrollo de la investigación brindando una contextualización del problema y la forma como se articula con los objetivos, los referentes teóricos, la metodología utilizada y los resultados. Ofrezco al lector un panorama general de la investigación en el marco de los estudios sociales y culturales y en diálogo interdisciplinario con la psicología.

Una breve historia de la psicología en Colombia

Como parte de la transición de nuestro país a las lógicas de la modernidad¹ y de la ciencia, en 1940 se fundó el instituto de psicología aplicada en la Universidad Nacional de Colombia adscrito a la Facultad de Medicina (Ardila, 2013) y con este se inició la profesionalización de los psicólogos en nuestro país. Se instauró, por primera vez, este saber científico en perspectiva positivista con un posicionamiento hegemónico, ya que, como lo afirma Barrero (2017), la psicología llegaba “mirando sumisamente hacia el norte... y con una negación de todo lo que sucedía a su alrededor” (Pág. 11). Se trataba de saberes importados que se constituyeron en la guía para el estudio del comportamiento humano apoyados en epistemologías, *teorías psicológicas* y prácticas de *intervención* sobre la mente, la emoción, la cognición y la conducta provenientes de las corrientes del conductismo norteamericano.

Así surge un primer elemento de mi problema de investigación: me encontré con una psicología de corte positivista que a lo largo de décadas ha invisibilizado otras posibilidades de conocimiento o intervención y que se ha mostrado, siguiendo las ideas de Barrero (2017)

¹ Al hablar de las lógicas de la modernidad, se hace referencia a lo que Enrique Dussel presenta como “un fenómeno esencial y exclusivamente europeo... constituido en una relación dialéctica con una alteridad no-europea que finalmente es su contenido” (Pág. 57). Para este autor, la modernidad en América tiene su nacimiento en 1492 e “instaura un concepto racional de emancipación que afirmamos y asumimos” (Pág. 57). En la lógica de la modernidad se asume que el patrón de desarrollo europeo debe ser asumido y replicado por las otras culturas y por lo tanto el concepto de desarrollo está ligado a la capacidad de adoptar la modernidad. Grosfoguel (2018) refiere que la modernidad aparece como un proyecto emancipatorio por parte de los sujetos que históricamente habían sido dominados, explotados y oprimidos y que reclamaban sus derechos. Es allí donde surge la necesidad de centrar la mirada sobre el individuo, de los sujetos subalternos. Adicionalmente, la modernidad trae consigo la geopolítica del conocimiento, que parte de la comprensión del mundo con miradas epistémicas ajenas, que no son en sí reducibles a una ubicación geográfica sino a un lugar epistémico de lectura de la realidad.

y Calviño (2012), acrítica, descontextualizada, aséptica, ahistórica y por lo tanto ausente en las realidades propias de nuestro país.

La *psicoterapia* ha sido una de las prácticas interventivas de la psicología que de manera breve y controversial es presentada por Gonzáles y Piñones (2018) como aquella que tiene la “capacidad de adaptar a los desadaptados” (Pág. 175). Orientado por esta afirmación, la concibo como una tecnología del poder (Foucault, 1990) que pretende la regulación y control sobre la persona con el fin de ajustarla a los criterios de normalidad que fueron instaurados por el paradigma hegemónico y que se mantienen vigentes en la actualidad a partir de criterios como los definidos por la Organización mundial de la salud (OMS, 2018) o la American Psychological Association (APA, 2018) en materia de salud mental, criterios que surgen de los estudios sobre la psicopatología y que se encuentran consignados en los manuales estadísticos y diagnósticos de estas organizaciones. Surgió entonces el segundo componente de mi problema de investigación en el cual identifiqué a la psicoterapia como una práctica instaurada para la regulación del individuo y sus emociones desconociendo y negando prácticas locales en virtud de una idea de científicidad declarada por muchos psicólogos e investigadores como garantía de éxito, salud y bienestar (Rivera y Bernal, 2008; Alba, 2017; Celis, 2019).

El tercer elemento que problematicé para el desarrollo de esta investigación se relacionó con la formación y el perfil de los psicólogos en nuestro país que ha perpetuado los modelos hegemónicos de la ciencia moderna. Los psicólogos hemos sido formados (y lo seguimos siendo) sobre la base de habilidades científicas y experimentales y con la supuesta capacidad de *identificar, describir, predecir, controlar e intervenir* el comportamiento humano en concordancia con el modelo biomédico en el que se inscribe la ciencia. Al revisar el perfil del psicólogo clínico (campo de la psicoterapia) declarado por el Colegio Colombiano de Psicólogos en 2014, me encontré que desde allí se asume que el psicólogo debe “promover el desarrollo, bienestar y eficacia de los individuos, grupos y comunidades”, [así como] “evaluar, diagnosticar, acompañar, asesorar e intervenir en *salud mental* en diferentes escenarios y poblaciones y preparar a las personas, las familias y las comunidades para ser funcionales en sus diferentes contextos” (Colpsic, 2014, Pág. 18). Esto ubica al psicólogo en una posición privilegiada del saber, del dominio y del control sobre el otro, que a su vez está subalternizado, en virtud de la dicotomía normalidad/anormalidad o

funcionalidad/disfuncionalidad y pone a la *psicoterapia* en el mercado capitalista del bienestar que permite a los sujetos ajustarse a las demandas y necesidades de los contextos modernos.

Al respecto, la Asociación Colombiana de Facultades de psicología (ASCOFAPSI, 2016) declara que las competencias científicas que debe formar el psicólogo a lo largo de su profesionalización, se centran en la orientación basada en la evidencia y el conocimiento construido a partir de investigaciones científicas. En palabras de Díaz y Gómez (2016), los programas de psicología responden a la lógica neoliberal del mercado de trabajo y estandarizan los contenidos conforme al perfil profesional. Se asume una lectura de ser humano, bienestar, felicidad y salud guiada por los valores de la modernidad, el capitalismo y del modelo neoliberal y se deja de lado el componente de contextualización e historización del conocimiento. Comparto las ideas de Barrero (2015), según las cuales, se forma para utilizar “el saber psicológico para inducir al consumo y naturalizar el desprecio hacia quienes no caen en ese campo perverso de la mercantilización de la vida cotidiana” (Pág. 20). Así pues, desde nuestra formación como psicólogos y psicólogas nos han producido en el entramado de prácticas y discursos que legitiman un saber científico, descalifican los saberes otros y se funcionalizan seres humanos a favor de una idea de bienestar guiada por el consumismo. Los psicólogos nacimos atravesados desde nuestra formación por la colonialidad del saber y la episteme, desde la cual hacemos la lectura del mundo y sus relaciones, nos narramos sujetos desde esa posición y nos definimos con todos los elementos constitutivos del sujeto que eso implica.

El modelo positivista de la psicología y la psicoterapia al servicio de la modernidad y la formación del psicólogo colombiano para replicar y perpetuar el modelo hegemónico, se demarcan como los componentes que constituyen mi problema de investigación. Ahora, ¿qué antecedentes encontré como respaldo a esta investigación?

En el campo de la psicología hallé iniciativas por romper las hegemonías y dar paso a la configuración de otros saberes, de posturas críticas y de conocimiento localizado. Aquí me orienté por el trabajo de Solís (2011) que plantea desde un estado del arte, la necesidad y pertinencia de un giro decolonial en la psicología; las propuestas de Ignacio Martín-Baró (1998; 2006) sobre la estructuración de una psicología de la liberación con compromiso político para América Latina; los trabajos con comunidades indígenas de México propuestas

por Utrilla (2015; 2018) para el rescate de una psicología popular con militancia contrahegemónica; el trabajo de Orellano y González (2015) sobre el compromiso de humanización y diálogo para terminar con la relación de opresión; y Pinto, García, Rodríguez y Méndez (2016) en su investigación con jóvenes mayas en escuelas y comunidades que abordan la decolonialidad en la psicología desde la posibilidad de reflexividad entre los psicólogos.

En el ámbito de la psicoterapia me encontré con importantes resonancias en los trabajos de Pérez (2019) y Gimeno, Barrio y Álvarez (2018) que coinciden en la necesidad de no centrar la psicoterapia en aspectos de evidencia científica solamente y optar por un rescate de lo humano. Valoro el trabajo de Estupiñán, Hernández y Serna (2017) sobre el compromiso de la psicoterapia con la emergencia de la subjetividad; los aportes de Ceberio (2016) sobre la reflexión de la identidad del psicoterapeuta latinoamericano y el trabajo de Medina (2011) acerca de la constitución de una psicoterapia crítica. No obstante, encontré que continúa prevaleciendo en estos ejercicios investigativos una tendencia a la generación de acoples sobre teorías hegemónicas y poco espacio para otros saberes que puedan ubicarse en el lugar de la doxa entendida por Zuluaga (2016) como aquellos saberes del sentido común, no científicos. Esto para mí puso de relieve la necesidad de incorporar elementos decoloniales² en la práctica psicoterapéutica con el fin de ofrecer nuevas miradas sobre el campo y migrar hacia diálogos de saberes y experiencias polivocales con total participación de los otros y rupturas a las posturas tradicionales de la práctica psicológica.

Frente a este panorama y ante mi problema de investigación, me planteé la siguiente pregunta: ¿qué prácticas configurarían una psicoterapia³ en perspectiva decolonial y autorreflexiva?

Como objetivos de trabajo definí los siguientes:

² Entiendo y asumo lo decolonial como aquellas prácticas y saberes que generan rupturas en la hegemonía y que propician la emergencia del saber subalternizado de nuestra región. Me adhiero a las comprensiones de Silvia Rivera Cusicanqui (2015; 2018) que afirma que lo decolonial implica la práctica, la acción reflexiva y con sentido.

³ El término psicoterapia, como ya veremos más adelante, hace parte de la herencia colonial que intentaré deconstruir a través del desarrollo de este trabajo. Términos como este, hacen parte de concepciones que organizan al sujeto en las polaridades semánticas y dualismos, propias de la configuración del sujeto moderno.

Objetivo General: Identificar elementos constitutivos necesarios para el ejercicio de la psicología en perspectiva decolonial a partir de estudios de caso múltiples en los que se visibilice la yuxtaposición de prácticas y saberes.

Objetivos específicos:

Crear posturas comprensivas de los dilemas humanos que tengan en cuenta la experiencia de subalternidad y la potencia de agenciamiento de los sujetos.

Reconocer de manera reflexiva la yuxtaposición de saberes y prácticas que atraviesan la figura del acompañante y de los participantes.

Implementar prácticas que articulen los saberes propios, rasgos culturales y marcos de sentido en torno al bienestar y a la persona situados en la experiencia de los participantes.

Respecto a la metodología implementé una perspectiva fenomenológica y los métodos de *estudio de caso comparado* y *autoetnografía*. Según Goodrick (2014) un “estudio de caso es un examen en profundidad, que suele llevarse a cabo a lo largo del tiempo”. El estudio de caso comparativo abarca dos o más casos en busca de un conocimiento más amplio e implica hacer “hincapié en la comparación en un contexto y entre ellos” (Pág. 1). La comparación implica la exploración de similitudes, diferencias y dinámicas con base en unas características compartidas que para el caso de esta investigación sería la identificación de prácticas en perspectiva decolonial en el desarrollo de cada proceso de acompañamiento. Por otro lado, la autoetnografía es entendida por Blanco (2012) como un género de escritura e investigación autobiográfico que combina lo personal con lo cultural, es decir, implica problemas y campos de investigación en donde el investigador no puede diferenciarse fácilmente de la situación estudiada y por lo tanto implica un alto grado de reflexividad sobre sus acciones, sus comprensiones, sus relatos y su sistema de creencias. Agrega Blanco (2012) que los autores/investigadores cuentan relatos sobre su propia experiencia vivida, lo que plantea una relación permanente entre el mundo personal y el mundo cultural. A esta afirmación sumo la propuesta de Denzin (2015) sobre la responsabilidad de la autoetnografía con las temáticas centrales de self, raza, género, clase, sociedad y democracia. Es decir, una autoetnografía con un claro compromiso político.

Para recopilar la información, me apoyé en tres tipos de técnicas: documentales, discursivas y observacionales. Como técnica documental realicé revisión de historias clínicas de los procesos, consignadas en la herramienta “Software médico”⁴ en la que se encuentra información general sobre cada uno de los procesos y las sesiones adelantadas. Como técnica discursiva usé la entrevista a profundidad que permitió adentrarme en las descripciones profundas de los participantes sobre sus dilemas y sobre las estrategias que les permitían el avance en el proceso. Finalmente, como técnica observacional y acorde con la perspectiva de este estudio, acudí a la observación participante en el encuentro conversacional dentro del consultorio y en otros contextos en los que se desempeñan los participantes. Como instrumento de recolección de información y como principal fuente autoetnográfica, utilicé el diario de campo que según Celigueta y Solé (2014) es un “instrumento [para] registrar, formalizar y ordenar la información relacionada con las investigaciones” (p.69). Agregan que el diario de campo tiene un carácter totalmente subjetivo donde se mezclan impresiones obtenidas y estados de ánimo y que “tiene mucho de diario personal, de instrumento individual de autocontrol” (Pág. 69).

Este estudio de caso múltiple contó con la participación de dieciocho personas: quince hombres y tres mujeres con edades entre los 5 y 37 años y con un nivel socio económico medio-alto (estratos 4, 5 y 6). Diecisiete son residentes de la ciudad de Bogotá y uno reside fuera del país. Trece de los casos fueron remitidos por instituciones educativas y cinco casos acudieron a consulta de manera espontánea. Con todos se desarrolló un trabajo de acompañamiento involucrando otras personas de la red familiar y social y generando objetivos de proceso diferentes a los declarados en las remisiones institucionales. Las dieciocho personas asistieron a consulta en mi espacio de atención particular e hicieron un proceso de más de 5 sesiones de trabajo. Los motivos de consulta, objetivos y duración de los procesos se describen a continuación en la tabla 1 de acuerdo con el nombre asignado a cada participante para fines de esta investigación.

⁴ Esta es la herramienta que como psicólogo particular utilizo para el registro de historias clínicas. Dado que la psicología clínica se ubica en el campo de las ciencias de la salud en nuestro país, la estructura del software está organizada de acuerdo a las necesidades del paradigma biomédico. Sin embargo, logré que se generaran ajustes al diseño más acordes con lo que requería para mi labor. Lamentablemente, el nombre del software no lo puedo cambiar.

Nombre asignado	Motivo de consulta	Objetivos	Duración del proceso
Laura 5 años	La niña y su familia son remitidos por parte del colegio debido a “problemas con el comportamiento”.	Comprender las expresiones emocionales y comportamentales de la niña en el contexto escolar.	12 sesiones.
Alex 5 años	El niño es llevado por sus padres quienes refieren “es insoportable, no sabemos qué hacer”	Permitir una nueva forma de organización de las relaciones familiares en las que Alex se sienta más cómodo.	16 sesiones
Felipe 8 años	El niño es remitido por el colegio por tener “problemas comportamentales”	Transformar la imagen del niño frente a su familia y ante el colegio.	18 sesiones
Jhon 5 años	El niño es remitido por el colegio debido a “bajo rendimiento académico y emocionalidad plana”	Escuchar las expresiones del niño y entenderlas desde lógicas diferentes.	18 sesiones.
Jaime 12 años	El niño es remitido por la pediatra debido a “recurrentes episodios de enfermedad relacionada con factores psicológicos”	Expresar emociones y lograr explicar las situaciones que generan malestar en el niño y la familia.	13 sesiones.
Jimmy 20 años	El joven es llevado por sus padres porque “no habla, no va a la universidad, nos dice mentiras todo el tiempo”	Tomar decisiones sobre el futuro y hacer cosas diferentes en la casa y el colegio. Lograr tener amigos.	28 sesiones.
Eric 6 años	El niño es remitido por la neuropsicóloga porque “se requieren ajustes en las pautas de crianza”	Permitir una nueva forma de relación en casa en donde “la esencia de Eric no se vea afectada”.	21 sesiones.
Alfredo 14 años	El joven es remitido por la psiquiatra tratante por “trastorno oposicionista desafiante”	Dar un nuevo significado al diagnóstico y entender el comportamiento del joven en el contexto del colegio y de la familia.	19 sesiones.
Danny 27 años	Danny solicita la atención por un diagnóstico de “trastorno de ansiedad” y por “miedo a todo”	Comprender el sentido de lo que siente para así poder tomar decisiones sobre el futuro.	35 sesiones.

Sandra 25 años	Sandra solicita la atención por “un proceso de duelo no resuelto”	Encontrar rutas de expresión que le permitan a Sandra sentirse mejor consigo misma y con las situaciones que atraviesa.	32 sesiones
Jorge 16 años	El joven es remitido por el colegio porque “se requiere apoyo en su proceso de adaptación”	Definir las alternativas escolares de acuerdo con los deseos de Jorge y de los papás.	21 sesiones.
Alejandro 5 años	El niño es remitido por la terapeuta ocupacional debido a “necesidad de regular comportamientos de fuente emocional”	Conversar, jugar, expresar y reír para ser felices.	15 sesiones
José 20 años	El joven es remitido por la nutricionista para “acompañamiento en el proceso de bajar de peso y regulación de la ansiedad”	Sentirme bien, estar bien conmigo mismo y lograr la meta que me he propuesto.	10 sesiones.
Daniela 16 años	La joven es remitida por el servicio de psiquiatría de una clínica por “depresión leve”	Volver a ser feliz y estar bien con mis papás.	11 sesiones
Marcos 11 años	La madre solicita atención por un “proceso de separación difícil”	Permitir que Marcos se exprese y ayudar a que se sienta tranquilo en medio de todo el proceso legal.	8 sesiones.
Diego 5 años	El niño es remitido por el colegio debido a “problemas con el comportamiento y las rutinas”	Encontrar una nueva manera de relacionarse con la familia para estar más felices.	17 sesiones
Javier 19 años	El joven solicita la atención por tener “una pésima relación con mi mamá” y un diagnóstico “de ansiedad y depresión”	Arreglar las cosas con mi mamá.	7 sesiones.
Ariel 11 años	El niño es remitido por el colegio debido a “insinuaciones de quitarse la vida”	Estar tranquilos y poder expresar todo lo que queremos.	6 sesiones.

Tabla 1. Descripción de los procesos de los participantes.

Para el análisis de la información se usaron las técnicas de codificación de la teoría fundamentada (Strauss y Corbin, 2002). La codificación abierta arrojó 23 códigos. La codificación axial evidenció 5 categorías, estos son evidenciados en la tabla No. 2. El número que se encuentra al lado de cada código corresponde al número de participantes que

informaron el código y permitieron la organización de la codificación selectiva que se presenta en la columna No. 3 y que hace referencia a 16 códigos que orientaron la organización y presentación de los resultados.

CODIFICACIÓN ABIERTA	CODIFICACIÓN AXIAL	CODIFICACIÓN SELECTIVA
Adaptabilidad social (17)	Formas de subalternidad	El buen comportamiento: disciplinamiento en casa y otras instituciones.
Formación del cuerpo (6)		
Ideas frente a la vida y la muerte (8)		
Mantenimiento de la clase social (10)		
Violencias de género (7)		
Raza (1)		
Enfermedad mental (10)		
Lugar de procedencia (11)	Formas de transgresión	Sujetarse a la clase y mantenerse como sea
Fuera del consultorio (13)		El mandato patriarcal
Vinculación (15)		Diagnostícame luego existo
No directividad (13)		Entre la provincia y la capital
Rituales (13)	Formas de diagnóstico	Más allá de las paredes
Explicaciones coloquiales (17)		Construyendo vínculos
Explicaciones “terapéuticas” diferentes (18)		Transformando relaciones de poder
Espiritualidad (6)	Invención situada de las prácticas	El lugar de la doxa
Imagen (15)		Explicando desde otras perspectivas
Narrativas (7)		A través del cuerpo
Reflexividad (9)		La imagen y la palabra

Objeto y sujeto (6)	Prácticas de sí	Reflexividad: el
Espejo del otro (7)		terapeuta como espejo del otro
Fracturando relaciones de poder (15)		Fracturando las
Rol del experto (10)		relaciones de poder
Rol del psicólogo (15)		Un giro en el rol del psicólogo

Tabla 2. Códigos y categorías de análisis.

El documento con la presentación y discusión de los resultados lo organicé en cinco capítulos así. El capítulo uno, “Las formas de subalternidad: Transitando el terreno conocido del sufrimiento”, describe las diferentes formas de subalternidad identificadas con las personas participantes en los espacios de acompañamiento. El capítulo dos, “el giro hacia la autorreflexividad” presenta los resultados relacionados con la experiencia de autorreflexividad en los participantes y el acompañante. El capítulo tres “La configuración del espacio de acompañamiento y los diálogos desde la subalternidad” presenta formas emergentes de reorganización del espacio de acompañamiento con énfasis en las perspectivas decoloniales y de los estudios de la subalternidad. El capítulo cuatro, “Configuración de un espacio de acompañamiento en perspectiva decolonial” presenta la discusión de los resultados a la luz de las fuentes primarias, secundarias y teóricas; y, finalmente, el capítulo cinco expone las conclusiones y recomendaciones que se derivan del ejercicio de investigación.

La tesis que busco sostener con este trabajo es que las transgresiones a los modelos hegemónicos de la psicoterapia moderna marcan la ruta para la configuración de prácticas decoloniales que permitan la organización de un encuentro de acompañamiento entre el acompañante y los participantes en el que se permita el diálogo de saberes y la constitución de nuevas formas de la experiencia de las personas desligadas de las ontologías del sujeto de la modernidad. Desde allí se permite una aproximación hacia un giro decolonial en la psicología en Colombia.

Capítulo 1.

Las formas de subalternidad: Transitando el "terreno conocido del sufrimiento"

"Mi terreno conocido es estar triste, sufrir, ser la víctima... yo soy la que se siente mal... Eso me lleva a la necesidad de sentir que existo"
(Sandra, 25 años)

Este capítulo responde al primer objetivo específico: Crear posturas comprensivas de los dilemas humanos que tengan en cuenta la experiencia de subalternidad y la potencia de agenciamiento de los sujetos. A lo largo de éste abordó comprensiones derivadas de los relatos de los participantes que me permitieron identificar las formas de la experiencia de subalternidad y las vías que asumieron para su reconocimiento. Para mí fue y es claro que las personas llegan en busca de un espacio de acompañamiento y apoyo, con un dilema por resolver, el cual describen con sus palabras o a través de discursos ajenos que han sido incorporados en sus interacciones con las instituciones que las remiten. Sin embargo, exploré la forma como estos dilemas se conectan con experiencias profundas de subalternidad, sus características sociodemográficas y las expectativas que tienen los sujetos de movilizarse de ese lugar de enunciación. Así, como base comprensiva fue necesario partir desde el reconocimiento de un enfoque interseccional⁵ que me aproximó a la complejidad de la experiencia de subalternidad de las personas.

A través del diálogo en el marco de cada encuentro conversacional, emergieron experiencias de la subalternidad que se ubicaban más allá de los dilemas o problemas con los cuales se aproximaban los sujetos en solicitud de ayuda. Desde la visibilización de estas experiencias de subalternidad se podría construir conjuntamente la estructura del

⁵ Según Viveros (2016) "la interseccionalidad se ha convertido en la expresión utilizada para designar la perspectiva teórica y metodológica que busca dar cuenta de la percepción cruzada o imbricada de las relaciones de poder" (Pág. 2). Esto implica tener en cuenta dentro del análisis interseccional, aquellas categorías o características que se convierten en fuentes de desigualdad tales como la raza y el género. Aquí, asumo que existen características como género, edad, raza, posición social y lugar de origen, que tengo en cuenta a la hora de pensar las formas que asume la subalternidad. Tengo presente también que el discurso desde la subalternidad y la desigualdad implica un deseo de movilizar un cambio en la organización social y posicionar una voz diferente. En efecto, Viveros (2016) agrega que un análisis desde esta perspectiva permite la reflexión continua sobre "la tendencia que tiene cualquier discurso emancipador a adoptar una posición hegemónica y a engendrar siempre un campo de saber-poder que comporta exclusiones y cosas no dichas o disimuladas" (Pág 15).

acompañamiento así como la identificación de la potencia y capacidad de agenciamiento de cada sujeto.

Eso me llevó a la primer reflexión que resulta del proceso de investigación y que tiene que ver con la forma como nos nombramos quienes participamos en el espacio de conversación. Desde el modelo biomédico se habla de doctores y pacientes, otros modelos desde la psicología hablan de terapeuta y consultantes; no obstante, esclarecí que desde ambos posicionamientos, se mantiene la dualidad, la jerarquía y la relación de dependencia/poder del uno sobre el otro, aspectos de la perspectiva tradicional que interpelo desde este trabajo. Por ello, de ahora en adelante en este documento y a partir de la comprensión de la experiencia de subalternidad, hablaré de los participantes o los sujetos acompañados y el facilitador o acompañante. Terapeuta y consultante son categorías que se han construido dentro de la configuración del sujeto moderno y que participan en la perpetuación de la condición de subalternidad en la relación que se establece en el marco de las prácticas de la psicología, por lo tanto, desde el lenguaje hice un ejercicio por nombrarnos de manera diferente buscando rupturas y acercándome a nuevas posibilidades performativas.

Este capítulo entonces trata de la experiencia subjetiva de la subalternidad desde los participantes y desde el facilitador e incluso, la propia situación de la disciplina psicológica que ha estado marcada por el eurocentrismo y por comprensiones epistemológicas importadas que se han posicionado como colonialidad del saber. Encontré que la experiencia de subalternidad de las personas se comprende mejor desde un enfoque interseccional, entendiendo que se configura a partir de las diferentes formas como se encarna dicha experiencia en relación con la edad, el género, la clase y la raza. A partir de esto, identifiqué cuatro formas de la subalternidad que presento en este capítulo y que se hicieron explícitas en las características y discursos de las personas que asistieron a los espacios de acompañamiento ya que hablaban de sus vulnerabilidades desde el lugar del subalterno que ocupaban.

El buen comportamiento y la preservación de la imagen: Disciplinamientos sobre el cuerpo en casa y otras instituciones.

En este apartado describo la experiencia de subalternidad⁶ a partir de la necesidad de disciplinamientos sobre el cuerpo manifiesta por las instituciones remitentes y por los participantes mismos, que permiten la construcción de una imagen social adaptada a los cánones de normalidad física y comportamental. La psicoterapia⁷ como dispositivo de control del ser, la asumo como una tecnología orientada a promover estos ajustes y por lo tanto mantener el buen funcionamiento de la sociedad con individuos *adaptados, sanos, normalizados y obedientes*⁸. Incluyo aquí las comprensiones acerca de los buenos comportamientos de niños, jóvenes y adultos en diversos entornos, la expansión de estereotipos alrededor del cuerpo, la belleza, la salud física y *el bienestar*, y la homogeneización de los discursos y creencias alrededor de la preservación de la vida y la evitación de la muerte. A lo largo del apartado presentaré algunos relatos de los participantes centrados en la descripción de la información que aportan a la comprensión del buen comportamiento y la preservación de una imagen social mediados por los mandatos que sobre el control y adecuación del cuerpo se hacen en casa y otras instituciones.

Comienzo por decir que la sociedad está llena de ejercicios de disciplinamiento que se ejecutan a través de instituciones como las familias, las escuelas, los servicios de atención social, los servicios de salud, los medios de comunicación o los centros de desarrollo deportivo. Los sujetos están inmersos en estos entornos y por lo tanto las *remisiones* de sus procesos, que generalmente vienen dadas por instituciones, demarcan la necesidad de que el acompañamiento se oriente a “*ayudar a adaptarse*”. Así es comprendida por agentes institucionales y las personas que se encargan de los procesos de formación, educación y regulación de la salud, otros dispositivos de control ampliamente difundidos y posicionados.

⁶ Según Massimo Modonesi (2010), la subalternidad “surge para dar cuenta de la condición subjetiva de subordinación en el contexto de la dominación capitalista” y agrega que la condición de subalterno obedece al “despojo relativo de la calidad subjetiva por medio de la subordinación” (Pág. 26). Pensar en definir los conceptos de subalterno o subalternidad es una pretensión demasiado esencialista, pero bien vale la pena, siguiendo a Modonesi, recordar que la subordinación es planteada como relación, una experiencia, una condición social y política del sujeto, que se encuentra en las lógicas de la modernidad y el capitalismo a partir de las reglas de dominación social política de una clase sobre otra (Modonesi, 2010).

⁷ Ha resultado para mí difícil desprenderme del término psicoterapia, sin embargo, como parte del ejercicio autorreflexivo que desarrollé, en algunos apartados puedo hablar de espacio de conversación, sesión de conversación, espacio de acompañamiento o encuentro conversacional, como alternativa para deconstruir el término y configurar maneras otras de nominar la relación entre las personas del psicólogo y los sujetos que buscan apoyo.

⁸ Para hacer énfasis en las categorías modernas del modelo salud/enfermedad que interpele, las demarco con cursiva, de tal forma que para el lector sea claro que se trata de palabras y constructos puestos en cuestión a lo largo del proceso de investigación y del documento.

El colegio actual insiste en que se debe mantener un proceso de intervención externo para lograr que A "se adapte al colegio". Lo perciben como "un joven de riesgo" no solo para él mismo sino para los compañeros a quienes aseguran les hace bullying y ofende (Remisión de A por parte de la psicóloga escolar recibida el 6 de junio de 2019).

Desde el inicio de los procesos, los participantes se ubicaron en el lugar del subalterno, que fue remitido por presentar un “problema” definido por quien los remitió o por ellos mismos y que se constituyó en el aspecto que requería un cambio y que definía en sí el objetivo del *proceso de intervención*. Fue a partir de estas necesidades explícitas que se configuró sutilmente una relación entre el *terapeuta y los consultantes*, marcada por la experticia, el ejercicio del poder y la dominación. Pero el poder no solo se instauró en la figura del psicólogo, que es quien se asume que *tiene el conocimiento*, sino que se descubrió una relación de poder previa establecida entre las personas y quien(es) han definido o descubierto el supuesto problema. La necesidad de adecuación y regulación fue concebida como evidente en quien remitió, infiriendo que a través de la *psicoterapia* se podía lograr la configuración de una forma generalizada de comportamiento e imagen social adaptada a los entornos.

Los discursos institucionales fueron tan fuertes que percibí el impacto sobre la modificación del relato de los participantes a tal punto de convertirse en verdades desde las cuales es posible la definición de la vida y las identidades:

"No puedo parar de moverme". (Laura⁹, 5 años. Octubre 13 de 2019).

"Debo hacer caso... no debo pegar... debo quedarme quieto... no me puedo salir del salón... Debo hacerle caso a Clarita" (Alejandro, 5 años. Octubre 9 de 2019).

"No hago caso... no debo rapar las cosas ni golpear... debo respetar el turno... [soy] malo y desobediente... No soy capaz de controlarme" (Felipe, 8 años. Noviembre 21 de 2019).

Los niños, niñas y adolescentes han asumido las expresiones de los adultos como obligaciones comportamentales que les permiten el éxito en las actividades académicas y el correcto desempeño en sus interacciones. El uso de los verbos deber y poder marcó la

⁹ Los nombres de todos los consultantes escrito al lado de sus relatos han sido cambiados con el fin de proteger la identidad de las personas.

condición de obligatoriedad de los mandatos de la sociedad transmitidos por los padres o profesores. Los adultos se han posicionado así como traductores de los niños, niñas y adolescentes, que han sido subalternizados en la concepción del sujeto de la modernidad, lo que acrecienta como lo diría Gayatri Spivak (1988), su condición de subalternidad.

Se han construido expectativas de lo que es socialmente aceptado y de lo que se espera de un buen ciudadano. Estas expectativas atraviesan las emociones y los pensamientos e intentan unificar a los seres humanos en formas correctas de existencia, de vinculación y de expresión. La necesidad de modulación de las emociones es algo que apareció de manera recurrente en las demandas hechas sobre las personas y figuró como uno de los aspectos en los cuales se cree que el acompañamiento debía enfocarse ya que, de acuerdo con el mandato social, alguien que logra el control sobre las emociones, tiene el control sobre las expresiones de su cuerpo. Desde los discursos de los adultos y de las instituciones se asumió que el desborde en la expresión de las emociones no es adaptativo y no permite adecuadas relaciones interpersonales, por lo tanto, es susceptible de ser corregido:

"No hay nada que no se pueda conseguir llorando" (Laura, 5 años. Octubre 13 de 2019).

"Ariel tiene explosiones de rabia". (Padres de Ariel, 11 años. Noviembre 22 de 2019). Refieren que "preocupa la seguridad del niño y la de los compañeros" ya que "Pedro hace cosas raras y aprieta los puños como si fuera a golpear... ha agredido a profesores y compañeros... Le tienen miedo". (Sobre Pedro, 11 años. Septiembre 2 de 2019).

"Tiene dificultades con su comportamiento de manera recurrente... No quiere hacer nada... se niega a escribir, no expresa emociones, se porta mal y hace comentarios inapropiados en la ruta" (Remisión de Colegio de Jhon, 7 años. Septiembre 13 de 2019).

"Sus comentarios tienen un tono agresivo, vulgar e irrespetuoso... y son sexualizados... si él cambia, es por miedo a que lo echen" (Remisión de Colegio de Felipe, 8 años. Octubre 1 de 2019).

Alrededor de la expresión de las emociones y del manejo de los vínculos se han construido muchos discursos que buscan que las personas se ajusten a códigos compartidos

socialmente. Sobre quienes se distancian de los códigos esperados recaen juicios y sanciones que buscan que se acceda a nuevas regulaciones del comportamiento. Y dentro de esos sistemas de expectativas aparecen las exigencias que se le hacen a las familias (y que se sostienen por las mismas familias). Aunque Colombia ha avanzado en el reconocimiento de la diversidad familiar, es claro que aún se mantienen tendencias hacia la normalización de las dinámicas familiares y de las funciones que los padres como representantes de esta Institución deberían cumplir. Alrededor de esto, me encontré con discursos que hablaban de la idealización de las familias y de las exigencias de regulación del comportamiento de los hijos que recaen sobre los padres. Así, se generan expectativas de autoridad y control por parte de los padres sobre los hijos, que llevan a experiencias familiares y subjetivas de subalternidad en el momento en que no se logran cumplir y quedando expuestos a señalamientos por parte de otros padres, de instituciones educativas o de servicios de atención social.

"Quisiera que las situaciones del ámbito familiar quedaran en la privacidad terapéutica que lleva con nosotros, pues usted sabe que ese colegio nos capitaliza todo y además no quiero que ellos se entrometan más en nuestras vidas" (Madre de Jorge, 16 años. Abril 25 de 2020).

"Mi sueño es casarme y tener hijos como una familia normal... además quisiera ganarme un oscar, pero sé que no es posible"'. (Dany, 37 años. Noviembre 13 de 2019).

"Él es agresivo, es a enfrentarnos, para todo tiene una disculpa... es jarto con los compañeros, es el sapo... no asume que tiene 12 años, nos tiene preocupados... como padres no queremos estar en boca de nadie... quiere manipular lo que él diga y la abuela no le pone límites" (Padres de Jaime, 12 años. Abril 1 de 2020).

"No sabemos cómo manejarlo, del colegio lo van a terminar sacando... [allá] le tienen mucha paciencia... y el problema es que no acepta el no". (Padres de Alfredo, 15 años. Octubre 30 de 2019).

"Si me separo, no me alcanza la plata, yo sola no puedo, tendría que cambiar los chinos de colegio... me muero del susto... Siempre hemos tenido nuestro rollo en la crianza" (Mamá de Alex, 5 años. Abril 6 de 2020).

En mi diario de campo hice algunas observaciones sobre aspectos que me llamaron la atención alrededor de las idealizaciones de los seres humanos y de las concepciones tradicionales de las familias que llevaron a la emergencia de un código que no había contemplado relacionado con los procesos de adopción. Al parecer, las exigencias sociales que recaen sobre las familias se amplifican cuando hay procesos de adopción de por medio, ya que existe una permanente incertidumbre sobre la genética y las experiencias previas a la vinculación del niño o la niña con el núcleo familiar, discursos que son legitimados y reforzados por otros profesionales que han consultado las familias, por personal de los centros de adopción, por la televisión e incluso, por algunos documentos de investigación. Dos de los casos revisados tenían la característica de haber incorporado miembros a través de la adopción, reflejando la existencia de algunos prejuicios que marcaban posiciones subalternas en los hijos y en las maneras como se construyen y exponen las relaciones con los contextos. Para estas familias, fue claro que el nivel de incertidumbre tiende a aumentar en la medida en que no pueden ejercer control sobre el comportamiento de los hijos, siendo necesaria la fuerza discursiva de explicaciones desde la biología.

“Fue adoptado desde bebé. Eso resulta para ellos también problemático y creen que puede haber alguna condición genética permeando su comportamiento. Han estado en varios psicólogos que les han mantenido las ideas alrededor de la adopción, la genética, los diagnósticos y todas las etiquetas que los padres sienten que necesitan para librarse de la responsabilidad que les asusta de poderse ver como “unos malos padres”. (De mi diario de campo, sobre Alfredo, 15 años. Marzo 25 de 2020).

“Daniela se siente una carga para sus padres desde que fue adoptada por ellos, y en cierta medida es así como se estructura la relación ya que sus padres han tenido que hacer renunciaciones o aplazamientos de sus sueños por estar acompañándola” (De mi diario de campo, sobre Daniela, 16 años. Febrero 18 de 2020).

Los mandatos alrededor del buen funcionamiento familiar y del adecuado ejercicio de los roles al interior de las familias se encuentran en expresiones como “no saben ser papás”, “no hay familia”, “es porque se están separando”, “esa mujer trabaja mucho”, “les quedó grande”, “no la logran” o “no sabemos qué hacer”. Existen pues, juicios sobre la manera adecuada como debería desarrollarse la dinámica de relaciones de las familias, la

crianza y en general el disciplinamiento sobre el comportamiento de los hijos. Parece que un indicador del éxito de los padres dentro de su función parental está dado por la capacidad de regulación que tengan los hijos sobre el comportamiento y la capacidad de construir una imagen de “*familia modelo*”.

Me surgieron preguntas sobre la procedencia de estos mandatos y de los estándares desde los cuales pareciera que se generaran normatividades del buen comportamiento y de las condiciones de una persona disciplinada y ajustada a lo que la sociedad necesita. Pero ¿cómo se han construido, difundido y mantenido estos códigos sociales del disciplinamiento de los sujetos? ¿En qué momento aceptamos ajustarnos a los sistemas normativos y normalizadores del comportamiento y de la emoción? Encontré relación entre el mandato de tener un buen comportamiento, que pasa por el dominio del cuerpo y de las emociones, y la construcción de una imagen ante los otros que corresponda con el estándar de control sobre el cuerpo, belleza y cuidado que a su vez denota *bienestar*. Es así que la configuración de una identidad “*normal*” se ajusta a patrones de características explícitas y visibles en las que el cuerpo cumple un papel fundamental al ser la existencia encarnada que confirma (o no) el bienestar.

Resulta así que las condiciones de la subalternidad se edifican sobre mandatos del deber ser que se articulan a los estereotipos de belleza y del cuerpo, y en ese sentido impactan la relación de cada persona con su corporalidad y con la forma como se muestran ante los demás, para agradar o encajar.

"Soy buena persona, soy bondadosa... pero siempre he tenido sobrepeso" (Sandra, 25 años. Agosto 20 de 2019).

[Quiero bajar de peso para] "callarle la boca a quienes no creen que pueda... [ya que] desde que recuerdo he sido gordo" (José, 19 años. Abril 17 de 2020).

"Me molestan por ser pequeño y muy flaco" (Jaime, 12 años. Febrero 28 de 2020).

"No me gusta mi barriga, mi cuerpo, ni mi manera de ser" "Soy virgen" (Se compara con las exigencias sociales y se ve muy por debajo de lo que un joven de su edad "debería" hacer). (Jimmy, 20 años. Octubre 8 de 2019).

"No puedo controlar mi cuerpo ¿no entienden?". (Felipe, 8 años. Marzo 4 de 2020).

Los mandatos sobre el cuerpo encarnan la subalternidad de los sujetos y para ellos se hace evidente en rasgos observables y susceptibles de comparación con otras personas o con los patrones sociales. El disciplinamiento opera como un mecanismo en el que las mismas personas incorporan las formas esperadas de ser, convirtiéndose en agentes de control y revisión del cumplimiento del mandato social. Y esto comienza a ser problemático a la hora de encontrar una importante diferencia entre la expectativa de belleza y lo que evidencian en sus propios cuerpos. Se construye así la subalternidad al no sentirse en calidad de iguales a los demás y ante la necesidad apremiante de acudir a profesionales que les puedan brindar apoyo al respecto.

La psicoterapia y la psicología aparecen como dispositivos de mantenimiento de la subalternidad (González Casanova, 1969, Re ed. 2006) operado inicialmente desde el conocimiento y la epistemología dominante. En el cuerpo y la mente del subalterno habita aquel que ejerce la dominación, perpetuada por el mismo subalterno o por dispositivos como la *psicoterapia*.

Ahora bien, si existen mandatos explícitos sobre el cuerpo también aparecen aquellos imaginarios sociales que se configuran sobre abstracciones, sobre ideas o formas de concebir la vida o la muerte. Desde el mandato se asume que el cuidado de la vida, su preservación en condiciones óptimas y la lucha permanente por el *bienestar* son premisas que deben orientar el recorrido vital del ser humano, temiendo a la muerte y evitando la enfermedad. Estos mandatos se constituyen en acciones y en descripciones de comportamientos esperados por parte de los adultos, que cuando se desvían de la norma, generan preocupación y una necesidad enorme de ser regulados. Es para muchos inconcebible que los niños o jóvenes alberguen ideas radicales frente a la vida y la muerte que son relacionadas con el suicidio o con el homicidio. La ausencia de un sentido de vida en los niños, niñas y adolescentes, la poca capacidad de tolerar frustraciones, la experiencia de no sentirse amado, la sensación de no pertenecer a un grupo, el bombardeo de información a través de las redes de comunicación y la inmediatez con la que se consiguen las cosas materiales son algunos elementos que aparecen como posibles desencadenantes del deseo de morir o del desapego a la vida. Esto, sumado a las exigencias fuertes de construcción de una imagen social que se adapte a lo que “*el mundo necesita de ellos*” en la que se ejercen presiones de belleza, salud, academia y por

supuesto, buen comportamiento, configuran una red compleja de tensiones que recaen sobre niños y adolescentes.

Ariel tiene "el deseo de morirse". (El niño tiene 10 años y sus expresiones alrededor del suicidio han sido asumidas por los padres y el colegio como motivo de mucha preocupación). (Ariel, 11 años. Noviembre 22 de 2019).

Los comentarios de Jorge incomodan en el colegio ya que está en contra de las libertades y de los pensamientos que denomina de "izquierda" en los que incluye "el feminismo y los gays". Afirma: "qué pasaría si llegara con un arma" "los declaro objetivo militar" [Además] "No me gusta que me hablen, no me gusta que me obliguen a pensar como ellos" (Jorge, 16 años. Mayo 9 de 2020).

"Tengo miedo a ser pedófilo, psicópata o suicidarme". (Dany, 37 años. Septiembre 25 de 2019).

"He pensado varias veces en suicidarme" (Sandra, 25 años. Agosto 8 de 2019).

[Hay un deseo explícito de] "no crecer" por sentir que a medida que avanza en la vida y se ganan responsabilidades que son vistas como cargas para la vida. "Si yo crezco, ellos van a morir... y yo solo quiero ser libre". (Jaime, 12 años. Marzo 11 de 2020).

"No habla, no dice nada... Queremos saber qué le pasa" Dicen los papás. Javier afirma: "Me quiero ir, irme lejos de ellos, de todo". (Jimmy, 20 años. Julio 30 de 2019).

En conclusión, es posible afirmar que los disciplinamientos sobre el cuerpo, la emoción y el comportamiento en la familia y en las diferentes instituciones, se convierten en una fuerza muy potente que impacta la formación de los sujetos y los lleva a subordinarse a quienes definen los patrones o las condiciones que tendrá el *buen comportamiento, el buen ciudadano, el buen niño, la buena niña, la buena madre, el buen padre* y que en estos casos están representados por los adultos, profesores, psicólogas y psicólogos escolares vistos como figuras de autoridad. Es desde allí desde donde emergen las directrices para que se desarrollen las adecuadas pautas de comportamiento y se cumplan con los ideales de persona esperados por la sociedad. La condición de subalternidad se alimenta de la constancia con la que se mantienen los controles en la relación de poder establecida entre el subalterno y

aquellos que dominan su comportamiento que a su vez están también atravesados por la experiencia de subalternidad.

El proyecto de la modernidad ha instaurado una ontología del sujeto que se construye desde categorías como capitalista, dualista, antropocentrista, racializado, masculinizado, desarrollista a las cuales busca a lo largo de su vida ajustarse y que definen su existencia. Al ver que no puede alcanzar estas metas definidas como demandas sociales, aparece el malestar y la problematización de su propia vida, y con la operación de dualismos como el de normalidad/anormalidad queda atrapado en el lugar del subalterno. Un subalterno que no es portador de su voz, que no puede hablar porque está subalternizado por múltiples condiciones (Spivak, 1988) y cuya voz necesita de un diccionario que permita la traducción de sus palabras (Yepez, 2018). Un sujeto incompleto en busca de la articulación de su totalidad que acude en busca de ayuda para resolver sus problemas pero que está, de alguna manera, condenado a la subalternidad y que lucha, como lo plantea Fanon (1963), por alcanzar el lugar que le fue negado. Pero su experiencia de subalternidad y colonialidad no viene solo desde afuera como lo plantea Aníbal Quijano (2000) en sus disertaciones sobre la colonialidad del ser, el saber y el poder¹⁰, sino que es el mismo sujeto quien podría llegar a ejercer sobre sí mismo una dinámica de colonialismo interno en el que mantiene su condición de subalternidad.

Sujetarse a la clase: reflexiones sobre el mandato patriarcal y el deseo de blanqueamiento.

En este apartado presento los relatos de los participantes que hacen referencia a las acciones de las personas para mantenerse sujetas a condiciones que les permiten salir, o por lo menos creer que pueden, de las dinámicas de subalternidad demarcadas por la clase social, la raza o la jerarquización de las relaciones soportadas en el mandato patriarcal. El patriarcado permea las estructuras del poder y de las violencias detrás de las instituciones y

¹⁰ Para Anibal Quijano (2000) “la colonialidad es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista” e identifica tres ámbitos en los cuales se puede hablar de procesos coloniales: La colonialidad del poder atravesado por la racialización, la colonialidad del saber expresada en el control del conocimiento y la colonialidad del ser que muestra el control sobre la subjetividad. Estas dinámicas se constituyen a partir de diferenciaciones entre el colonizador y el colonizado.

de las acciones naturalizadas en la sociedad. Se relaciona con el deseo de estar ubicado jerárquicamente en una posición privilegiada y desde allí experimentar la ilusión del poder sobre los otros y de los beneficios que trae estar ubicado en ese lugar. Los participantes están ubicados en posiciones sociales privilegiadas dado que han logrado un alto poder adquisitivo en términos económicos, accedido a muy buenas posibilidades académicas y laborales, se han adaptado a las dinámicas de las grandes ciudades y han desligado la historia racial de su origen para acoplarse a una configuración moderna y blanca. Sin embargo, esto parece no ser suficiente para creer que sus condiciones de subalternidad se encuentran minimizadas, por el contrario, encontré que en esa “exclusiva” posición se hallan grandes sensaciones subjetivas de subalternidad, pues mantenerse en el lugar del privilegiado y encontrar el equilibrio entre las tensiones económicas, sociales, culturales, políticas y relacionales en un país como el nuestro, es difícil y da paso a quiebres en la ilusión inalcanzable de bienestar moderno.

Un primer elemento en el que me quiero detener se relaciona con las dinámicas de maltrato o violencia intrafamiliar de índole físico y psicológico. En la necesidad de preservar una imagen social y ajustarse a las *demandas de felicidad* del mundo moderno, las personas participantes mostraron cómo soportan dinámicas fuertes en las que se posiciona el hombre por encima de la mujer como supremacía de poder en la relación, subalternizando la figura femenina al interior de las familias. También observé la configuración de acciones de castigo hacia los hijos en las que se hace evidente la violencia como forma de validación de la autoridad¹¹. Los hijos entonces también entraron a hacer parte de la misma pauta de interacción, en la que de alguna forma ha sido validada la violencia como herramienta de expresión, posición y mantenimiento de la jerarquía. Se acepta el maltrato patriarcal y se sostienen ideas machistas al interior de las relaciones en las que no se encuentra otra opción

¹¹ Para Jimeno y Roldán (1996) “las nociones de ‘corregir’ y de ‘enderezar’, en el sentido de inculcar patrones de conducta o de evitar la repetición de conductas que los violan o de comportamientos que remotamente puedan transgredirlos, son reiterativas y centrales para padres e hijos” (Pag. 70). Se instauran en el seno del hogar y tienen una línea difusa hacia actos brutales y arbitrarios sin que obedezcan a conductas del todo manifiestas. Dadas las características del vínculo, ni siquiera la huida se configura como una opción válida para el agredido quien “lo vive como sufrimiento, pero quien «por respeto» aminora o detiene su respuesta” (Pag. 70). Agrega la autora sobre la autoridad arbitraria, que se trata de una fuerte herencia colonial que en el siglo XX encontró su principal choque en las ideas y principios en defensa de la libertad (Jimeno, 2019).

que soportar y permitir que se vulneren derechos y que se limiten las posibilidades de “libertad y voluntad”¹².

"Estamos discutiendo mucho y ella termina colgando siempre... Normalmente son problemas de dinero o actitud, o de que yo solo le exijo... la odio por hacer eso" (Javier, 20 años. Enero 22 de 2020).

"No saben todo lo que hay detrás del abuso sexual que viví" (Dany, 37 años. Noviembre 15 de 2019).

"No me pueden obligar a quererlos... A esa vieja la odio" refiere Jorge. La madre dice "contesta feo, hiriente y el decir es que lo dejemos tranquilo...yo me le siento al lado a veces para hacerle charla o buscar compañía... pero es bastante tosco y termino enojada con él.. no sé cómo actuar de verdad, siento que el vínculo de madre e hijo se perdió.. él dice que yo soy débil y lloro por todo, que soy una dramática y que él nunca sería como yo... me hiere bastante". (Mamá de Jorge, 16 años. Abril 25 de 2020).

"Su historia está marcada por violencia, tensiones, dolor y sufrimiento, y puedo ver que los dos se enmarcan en el lugar del subalterno desde sus propias perspectivas. Llevan tres años entre demandas, medidas de protección, acusaciones y episodios de maltrato que son vivenciados por el niño y que se niegan a dejar atrás" (De mi diario de campo, sobre Diego, 6 años. Febrero 3 de 2020).

"El hijeputa loco (refiriéndose a su ex esposo) los manipula porque es un psicópata integrado que me los quiere quitar pero voy a pelear por ellos... y lo peor, Marcos se está volviendo igual a él" (Madre de Marcos, 11 años. Octubre 8 de 2019).

Las dinámicas del maltrato se mantienen como un secreto resguardado en la profunda intimidad de la familia, a la que no hay acceso por parte de otras instituciones y en la que se asume tal violencia como parte de un precio que hay que pagar para mantenerse en la clase social y para contar con los beneficios y privilegios de estar allí.

¹² Me referiré a los constructos de libertad y voluntad a partir de lo que las personas participantes han referido como una necesidad reflejada en los objetivos de los procesos de acompañamiento. No intento hacer una disertación sobre las bases ontológicas de la libertad o la voluntad, sino expresar lo que para los participantes se constituye en una necesidad y en objetivos de los procesos: sentirse libres, poder hacer ejercicio de la voluntad y tomar sus propias decisiones.

"Esto es un maltrato y no me puedo quedar callada con esto... Tengo miedo... Me confronto con mi papel como psicóloga y como mamá... Estoy muy confundida [sin embargo] me da un poco de vergüenza, pena... la gente cree que uno está bien... tanto tiempo con este señor y no tengo nada... [si me separo] voy a vivir ahorcada". (Madre de Alex, 6 años. Abril 6 de 2020).

"Si me separo, ¿De qué voy a vivir?" (Madre de Jorge. Septiembre 17 de 2019).

Cuando se llega a hacer público el problema del maltrato y la violencia, se inician verdaderas guerras en las que los padres intentan demostrar la superioridad desde el dominio económico y legal, se contratan los mejores abogados, se acude con los más prestigiosos jueces de familia y se hace uso de todo recurso que les permita "ganar la pelea". En los casos acompañados, las dinámicas de violencia tienen un componente de género ya que es ejercida por parte de los hombres hacia las mujeres. No se trata solamente de los esposos sino también de los hijos, en los que se estructura una postura de superioridad masculina que permite pasar de un lugar de subalterno a un lugar dominante de la relación. Padres e hijos se debaten entre los deseos y exigencias de superioridad y en el límite donde muere el privilegio concedido por la posición social emerge la dinámica de la familia marcada por acciones violentas que generan un ambiente tenso mantenido en la esfera de lo privado y lo íntimo. Es allí donde la subalternidad es dolorosa y temida, y entra en juego con la necesidad de rescatar aspectos de la vida en los que no se ubiquen en ese lugar.

Un segundo aspecto que quiero presentar es la vida en la élite. Las clases sociales marcan un desequilibrio estructural en la sociedad en la que quienes cuentan con mayor poder adquisitivo acceden a más privilegios sociales y a reconocimiento, lo cual repercute en el bienestar de sus hijos y en oportunidades de crecimiento y mantenimiento. No siempre estas familias estuvieron en esa condición de superioridad económica, muchos construyeron su posición a través de trabajo y sacrificios, y es por eso que para ellos se hace necesario mantenerse y sujetarse a la clase como sea. Vivir en un buen sitio, tener un staff de empleados domésticos, matricularse en un reconocido colegio o universidad, hacerse socios de los mejores clubes, cambiar los gustos, ir a los mejores restaurantes y viajar fuera del país en las vacaciones, son algunas de las características que identifiqué de la vida de la élite. Desde allí se puede enmascarar y resarcir la historia de subalternidad que vivieron en sus propias

familias de origen, un lugar al que no se quiere regresar y por eso hay que lograr mantener la clase a cualquier precio.

"Queremos que J (el hermano de Laura) sea un gran tenista, y queremos que ese sea también su sueño". (Padres de Laura, 5 años. Enero 27 de 2020).

"Le hemos dado todo... Alfredo ha tenido todo lo que ha querido" (Padres de Alfredo, 16 años. Julio 29 de 2019).

"Todos los bienes y dinero fueron incautados y congelados" (Hay un enorme temor a perder las condiciones privilegiadas y eso les lleva a preocupaciones permanentes) "no sé cómo voy a hacer, estamos con un solo ingreso... debemos retirar a los niños del colegio". (Madre de Ariel, 11 años. Marzo 7 de 2020).

"Hay dificultades económicas por el problema del comercio... (que sean comerciantes no es bien visto por el colegio quienes afirman que:) "en los locales de los papás el niño escucha muchas cosas, no es un ambiente para un niño" Agregan los padres: "Es rechazado [por eso] en el colegio". (Padres de Felipe, 8 años. Marzo 9 de 2020).

"Queremos que él encaje [en el colegio]". Los padres decidieron que el niño naciera en los Estados Unidos para poder contar con la nacionalidad y tener mejores oportunidades. (Padres de Diego, 6 años. Septiembre 11 de 2019).

Los dilemas humanos están pues atravesados por la experiencia de subalternidad y por el deseo de moverse del lugar del subalterno. Construir y mantener una imagen es indispensable para las personas ya que será esta la herramienta que les permita sostenerse en un mundo de oportunidades y privilegios. Renunciar a ese lugar no es una opción que contemplan pero genera una dinámica de acciones que se debaten entre la necesidad de *bienestar* y el temor a perder los privilegios de clase.

"Los amigos se han alejado desde que la noticia salió en los medios, los papás y los niños hacen señalamientos" (Madre de Ariel, 11 años. Noviembre 22 de 2019).

"Siempre he sido la niña diferente... Qué fracaso soy yo... Tal vez estudié lo que no quería, pero lo que da plata... [aunque] lo mío es el teatro". (Sandra, 25 años. Agosto 8 de 2019).

"Quería que mi hijo estudiara en el mejor colegio y la mejor universidad" (Madre de Javier, 20 años. Febrero 6 de 2020).

"Soy un mantenido, mi profesión no me da plata... [risas] pero vivo en el Chicó". (Dany, 37 años. Abril 9 de 2020).

La necesidad de sujetarse a la clase se justifica detrás de la preocupación y el dolor que puede generar el hacer parte de los subalternos, conecta con el deseo de estar en el lugar del privilegiado y compartir el espacio del colonizador y no del colonizado. Los dilemas de las personas participantes que las llevan a buscar ayuda, están relacionados con la creencia de que a través de este espacio será más fácil encontrar maneras para mantenerse en la clase. De hecho, la *psicoterapia* en sí, hace parte de esos espacios privilegiados a la que tienen acceso solo los que se encuentran en un lugar de beneficios.

“Dígame qué tengo”: Diagnósticame luego existo. Discursos subalternizantes desde la salud mental y la nosología psicopatológica¹³.

Las etiquetas diagnósticas definidas por el campo de estudio de la *salud mental* se han convertido en una forma de encapsular la identidad ya que establecen dictámenes fijos y estáticos de las características de la persona. Pretenden generar explicaciones reduccionistas a los malestares de las personas y los unifican desde criterios universales en descripciones patológicas de la *personalidad* o en grupos sintomáticos que definen la *enfermedad*. Estas etiquetas se convierten en formas de la verdad que le brindan a la persona un terreno conocido, una explicación a lo que le

¹³ Este apartado refleja los constructos del modelo biomédico que interpele con este trabajo: diagnóstico, salud mental, cura, bienestar, tratamiento, fármacos, experticia, criterios, objetividad, enfermedad mental. Aquí hago uso de estos conceptos porque hacen parte de las estructuras de saber de las personas participantes y por supuesto de las mías como psicólogo con la clara conciencia de que pertenecen a las categorías que pretendo deconstruir en el ejercicio de la práctica profesional.

pasa y un camino “seguro” hacia el cambio ya que se definen desde el dualismo salud/enfermedad o cordura/locura propios de la racionalidad moderna.

Las personas acuden entonces en busca de ayuda porque existe la sensación de que algo no funciona bien en la mente o en los procesos psicológicos y necesitan contar con un “diagnóstico experto” que les indique la verdad sobre lo que les pasa y sobre las acciones que deben seguir para recuperarse y para recuperar el *bienestar*. Pero, ¿qué pasa cuando las etiquetas diagnósticas se convierten en el único referente para narrarse a sí mismo o en el más poderoso factor descriptivo del ser? La colonialidad del ser permite comprender que las descripciones explicativas que se imprimen sobre la persona se convierten en los discursos dominantes de la definición de cada persona y por ende, aplica un reduccionismo sobre las formas como cada quien se conoce entregando el poder al supuesto experto que puede comprender “*objetivamente*” lo que ocurre y la manera como en el futuro va a comportarse la persona.

El diagnóstico funciona como un medio para la existencia humana, una forma de ocupar un lugar, el del subalterno que ha sido diagnosticado, pero que tiene la opción de existir desde este lugar y por lo tanto puede ocupar un espacio en la amplia estructura de las relaciones humanas. Se subalterniza al ser humano a través de la implantación de una etiqueta que le define y que le brinda la respuesta a la incansable pregunta ontológica del ¿quién soy? o ¿cómo puedo existir?, consignas que se ubican bajo las categorías ontológicas que atraviesan al sujeto moderno. El diagnóstico reemplaza el apellido o el nombre de la persona y lo posiciona en un lugar en el que puede perder privilegios o puede ganar otros, con el sacrificio de vivir la experiencia como subalterno entregando su subjetividad al colonizador del ser.

"El problema soy yo... no tengo forma de resolver... soy tímida y tengo baja aceptación de la frustración" (Sandra, 25 años. Septiembre 23 de 2019).

"Ya sé que tengo una autoestima baja y depresión". (Javier, 20 años. Febrero 5 de 2020).

"Vengo porque tengo un cuadro de ansiedad... soy ansioso y tengo fobias y ataques de pánico" (Dany, 37 años. Septiembre 6 de 2019).

“No lo sostengo, pero puede tener autismo” (Profesional del colegio de Alejandro, 5 años. Diciembre 10 de 2019).

“Soy negativista y desafiante y no me puedo controlar”. (Alfredo, 16 años. Diciembre 21 de 2019).

“Tiene depresión leve y es ansiosa” (Padre de Daniela, 16 años. Febrero 22 de 2020).

El diagnóstico no es solo la etiqueta sino todas las comprensiones, análisis y explicaciones que de él se derivan. Se convierte en una palabra que encierra una serie de características, por lo general negativas, que hacen una amplia lectura de lo que le pasa a la persona y que toma sentido cuando se contrasta con acciones o situaciones de la cotidianidad a través de las cuales parece confirmarse. Actúa en varias direcciones y una vez determinado el diagnóstico es fácil para la persona comenzar a identificar más y más hechos fácticos que le mantienen ahí y que se convierten en la evidencia de la única verdad: el diagnóstico como punto de partida y punto de retorno.

“Jorge tiene una enfermedad, por eso actúa así... tiene trastorno de desatención con hiperactividad, además lo veo depresivo” (Madre de Jorge, 16 años. Septiembre 17 de 2019).

“Creo que eso [el trastorno de ansiedad] hace que el sexo con mi pareja siempre haya sido malo” (Dany, 37 años. Septiembre 20 de 2019).

“Cada vez que llega una nota del colegio es porque algo le está pasando... su rebeldía no es normal” (Madre de Alfredo, 16 años. Diciembre 21 de 2019).

“Parece que tuviera alucinaciones, por eso la rabia y el descontrol” (Profesional del colegio de Pedro, 10 años. Junio 6 de 2019).

“La vieja está loca, por eso está así” (Padre de Diego al referirse a su ex esposa. Agosto 21 de 2019).

“La forma como habla, como se expresa, es de un psicópata” (Madre de Marcos al referirse a su exesoso. Septiembre 10 de 2019).

La persona entrega el control de sí mismo al *especialista o al tratamiento* que muchas veces puede estar apoyado en el suministro de fármacos. Es como si se hiciera una renuncia a la posibilidad de construirse como sujeto asumiendo un propio proceso de diferenciación y con posibilidades de dominio sobre el propio territorio del cuerpo. Aceptar el diagnóstico es a la vez aceptar vivir la vida en función de lo que implica su *tratamiento*.

"El psicólogo me dijo que no me gusta que me reconozcan, tal vez ¿yo no me merecía que me amaran?" (Sandra, 25 años. Marzo 16 de 2020).

"Esta semana no me pude controlar... la pastilla no está haciendo efecto" (Alfredo, 16 años. Diciembre 13 de 2019).

Y es importante el *prestigio* de la persona que genera el diagnóstico ya que para la psicología, una de las características de un buen clínico es la capacidad de generar diagnósticos acertados, es decir, la agudeza con la que es capaz de leer las situaciones que se le presentan a la persona para encajarlo dentro de una categoría diagnóstica y por ende, desde allí dar inicio a un tratamiento.

"El psiquiatra me diagnosticó Trastorno obsesivo compulsivo y me mandó unas pastillas, fui a otro psicólogo y busqué en Google... pero ese es mi problema, yo les creo" (Dany, 37 años. Enero 15 de 2020).

"La psiquiatra de la clínica donde estuve interno lo diagnosticó con Trastorno negativista desafiante y Trastorno de hiperactividad y desatención... y le mandó tres pastas... sin eso él no funciona" (Madre de Alfredo, 16 años. Marzo 13 de 2019).

"Me preocupa que Daniela no y esto [según el psiquiatra] es un indicador claro de depresión". (Madre de Daniela, 16 años. Febrero 28 de 2020).

Y detrás del diagnóstico, el miedo de la persona que ha sido etiquetada con éste. Al ser una forma de posicionarse desde el lugar del subalterno, es fácil imaginar que implicará desventajas en el desempeño de las acciones cotidianas. Hay entonces un temor propio de cargar con una marca que no deberían hacer pública y que no se convierte en motivo de orgullo frente a la sociedad. Hay un estigma creado alrededor de los diagnósticos en salud mental y tal vez hace parte del sacrificio del subalterno.

Como el negro que no puede desprenderse del color de su piel, una vez impuesto el diagnóstico, será muy difícil desprenderse de lo que significa y de las posibilidades que se merman en las relaciones con el mundo.

“No queremos que sea etiquetado por el resto del colegio por el diagnóstico que tiene” (Papás de Alejandro, 5 años. Febrero 6 de 2020).

"No, a él no se le puede suspender el medicamento" (Madre de Alfredo, 16 años. Enero 22 de 2020).

Finalmente, en la construcción del diagnóstico participan varios profesionales. Esto se convierte en una condición de absoluta veracidad del dictamen y por lo tanto, aleja la posibilidad de que se trate de un producto de la subjetividad de quien realiza la evaluación. Así, los diagnósticos se apoyan en los conceptos de los médicos, psicólogos, psiquiatras, fonoaudiólogos, terapeutas ocupacionales, docentes, psicopedagogos, neuropsicólogos, nutricionistas, fisioterapeutas y hasta abogados. Y desde mi punto de vista, no se trata de un trabajo interdisciplinario consciente, sino de la necesidad de ampliar una red discursiva que tendrá mayor validez en la medida en que sea compartida por más personas de *prestigio profesional*.

“Lo remitieron a terapia ocupacional, fonoaudiología y quieren una valoración de neuropsicología” (Mamá de Alejandro, 5 años. Junio 17 de 2019).

“El colegio exagera, pidieron llevarlo a la psiquiatra... quieren un diagnóstico” (Padre de Pedro, 10 años. Julio 9 de 2019).

“Primero me dijeron que era un TAB [trastorno afectivo bipolar], luego depresión y el último psiquiatra me diagnosticó con distimia. Yo creo que ninguna de esas” (Mamá de Daniela, 16 años. Febrero 22 de 2020).

“Finalmente el juez dice que la loca soy yo” (Mamá de Marcos, 11 años. Enero 15 de 2020).

Al final, las personas y su círculo social cercano quedan marcadas con la fuerza del diagnóstico que funciona como un determinante de su comportamiento y de las expectativas que se hacen frente a la vida. Les dota de identidad y de un lugar

en el mundo al poderse reconocer y ser reconocidos desde la etiqueta. Al final, el diagnóstico lo explica todo.

Entre la provincia y la capital. Discursos “soterrados” de privilegios urbanos.

Un último componente de las formas de la subalternidad que encontré entre los casos acompañados en esta investigación, es la diferencia históricamente instalada entre las personas nacidas y criadas en la capital de Colombia frente a las personas nacidas y criadas en las regiones, ciudades intermedias, municipios y ruralidades. Al parecer se cree que por ser oriundo de Bogotá se cuenta con mayores privilegios económicos, laborales y sociales que las personas que arriban a la capital en busca de oportunidades académicas o laborales.

Bogotá es una ciudad con una alta recepción de población proveniente de las regiones u otros departamentos ya que ofrece mayor variedad de alternativas en ofertas académicas y laborales para muchas personas. Se cree que es el centro de *desarrollo* del país por estar aquí ubicado el gobierno central y las principales oficinas empresariales, aunque no precisamente concentre el mayor sector industrial y comercial del país.

Al ser una ciudad receptora de población de otras regiones, pareciera existir una “desventaja”, disfrazada, para las personas que vienen en busca de nuevas oportunidades para su futuro. Se marca entonces una tendencia urbano/capital centrista que define patrones frente a la forma como se pueden posicionar aquí las personas provenientes de otros lugares, y sin duda, se convierte en una forma de subalternizar al otro, extraño, ajeno al tiempo que uno mismo queda atrapado en la trama de la subalternidad y se siente subalternizado en un territorio al cual no se pertenece.

“Es porque somos de Barranquilla, y no entienden que la niña es así, de carnaval, de fiesta, inquieta” (Mamá de Laura, 5 años. Enero 27 de 2020).

“Mi mamá es por allá de Tolima o de Ibagué, no sé, es una vieja que no ha hecho nada” (Jorge, 16 años. Octubre 12 de 2019).

“Ella es de un pueblito de Boyacá, de allá son todos... y a ella no se le ha quitado eso” (Padre de Diego al referirse a su exesposa. Julio 25 de 2019).

“Uff, es complicado vivir aquí... somos paisas pero los niños nacieron aquí” (Padre de Felipe, 8 años. Julio 31 de 2019).

Bogotá ofrece dinámicas que podrían ser similares a las que ofrecen otras ciudades como Medellín, Cali, Barranquilla o Bucaramanga, sin embargo, existe la creencia altamente difundida de que hay una gran brecha entre el estilo de vida de las otras ciudades y el que se adquiere al ser un ciudadano de la capital. Desde la propia experiencia como persona proveniente de una ciudad intermedia, me conecto con lo que reportaron las personas a lo largo de los procesos, respecto a lo difícil que fue adaptarse a las condiciones de esta ciudad y a las demandas que se crean desde las dinámicas sociales y laborales, así como lo que implica un mayor grado de dificultad que es mantenerse en una clase social y a la vez sentir que hay algo que no podrán borrar nunca y es su lugar de origen. De alguna manera al final, sienten tranquilidad porque sus hijos han tenido el privilegio de nacer y criarse aquí y parece que eso les puede abrir más posibilidades en el futuro, aunque se trate solamente de una ilusión.

En las personas participantes en los procesos de acompañamiento, aparece la característica importante de ser en su mayoría provenientes de las regiones y en algún momento haber sentido la desventaja de no ser capitalinos. Se generan prejuicios y estigmas alrededor de las características aparentemente universales atribuidas a las regiones y que en su mayoría hablan de las carencias o los “modos inadecuados” de comportarse en la sociedad. Una premisa de exaltación de la gran urbe con todos sus atributos pasando por la negación de las posibilidades y las características que se traen desde las regiones e ignorando que entre todos hemos hecho parte del proyecto de construcción de esta ciudad.

“Nuestras familias son boyacenses y nos hemos hecho aquí a pulso” (Madre de Ariel, 11 años. Diciembre 10 de 2019).

“Yo soy paisa y él de Cali, y ha sido difícil Migue, ha sido difícil” (Madre de Alex, 6 años. Agosto 23 de 2019).

“Nos vinimos a Bogotá para que él estuviera cerca de su familia, pero habían muchas cosas fuertes... como si los niños aquí fueran más avanzados” (Madre de Javier, 20 años. Febrero 6 de 2020).

“El papá es de Boyacá, yo tampoco soy de aquí, y no nos gusta la ciudad pero aquí está el trabajo” (Madre de Daniela, 16 años. Febrero 22 de 2020).

“Yo soy de Cali y aquí no tengo a nadie... éramos los 4 y ahora estoy sola” (Madre de Marcos, 11 años. Septiembre 21 de 2019).

He mostrado algunas de las formas que asume la subalternidad entre las personas participantes partiendo de la premisa de que aquellos dilemas humanos y *problemas identificados* se estructuran sobre experiencias de subalternidad, interconectadas y compartidas por nosotros. La subalternidad se constituye así como parte de una experiencia colectiva de nuestra región y de nuestra época, uno de los componentes comunes que tenemos participantes y acompañante. El “terreno conocido del sufrimiento” hace alusión a que transitamos por caminos que de alguna manera han estado presentes en la configuración de nuestra vida como sujetos, como parte de una herencia colonial que nos ha puesto en el lugar del subalterno, condición que se ha prolongado por las dinámicas del colonialismo interno. Así, el lugar conocido es aquel en el que nos hemos sentido subalternizados desde diversas vertientes y del cual es difícil movernos por nuestros propios medios. Sin embargo, las ilusiones de la modernidad nos han llevado a creer que estamos en lugares privilegiados o que es posible estarlo a partir del distanciamiento con las condiciones incómodas de la subalternidad. Tal vez todos somos subalternos.

Muchos no alcanzamos a ser conscientes de la experiencia de subalternidad hasta no tener una aproximación a la autorreflexividad. Los trabajos de Frantz Fanon (1952; 1963) dan luces sobre el lugar y la importancia de la reflexividad en los estudios de la subalternidad que asumí como una invitación a preguntarme por mi lugar subalternizado como *psicólogo* así como por las condiciones de subordinación que hacen parte de la constitución de los participantes como sujetos. Encuentro una conexión entre la subalternidad y la subordinación de la que habla Butler (1997) en los Mecanismos psíquicos del poder, en tanto la sujeción alude al “sometimiento [que] consiste en esta dependencia fundamental ante un discurso que no hemos elegido pero que, paradójicamente, inicia y sustenta nuestra potencia” (Pág. 12),

es decir, reconoce que en el devenir sujeto se hace necesaria la experiencia de subordinación que le dota de una paradójica condición de existencia. Desde la posición de subalterno que demarca una experiencia subjetiva, nos establecemos y nos posicionamos en las relaciones con los otros, con los contextos y con el mundo. Quienes buscamos un espacio de conversación y acompañamiento, lo hacemos porque sentimos un malestar, sentimos que “algo” no funciona bien y que necesitamos movernos de ese lugar. Ese lugar incómodo y problemático, es el de subalterno. La reflexividad permite un vuelco hacia la conciencia y al reconocimiento de ese “terreno conocido del sufrimiento”.

Capítulo 2

El giro hacia la autorreflexividad

En mi proceso de formación como psicólogo me enseñaron que ejercer la psicología desde los paradigmas tradicionales implicaba marcar un distanciamiento con el otro y conmigo mismo en virtud de las garantías de *objetividad* de los procesos que no se deberían ver contaminados con las versiones de la propia experiencia. Para el ejercicio de la *psicología clínica*, los programas de formación recomiendan un “trabajo sobre sí mismo”, que se limita a asistir a un proceso de *psicoterapia*, soportados en la supuesta garantía de la *integralidad y equilibrio* del futuro terapeuta.

Pero, ¿qué profundidad y qué impacto tiene este trabajo sobre cada profesional en formación? Particularmente considero que el trabajo sobre quien se forma para el ejercicio de la psicología debería ir más allá de la participación en psicoterapia individual tradicional y debe instaurarse una vuelta sobre el sí mismo de manera permanente que permita interpelar constantemente la acción, la actitud y las miradas que generamos sobre el mundo. Para el desarrollo de este trabajo, me centré sobre la tesis de la necesidad de un cambio en la praxis del *psicoterapeuta* con el fin de favorecer la emergencia de prácticas de corte decolonial en la relación y en el proceso con el otro, es decir, la configuración de un acompañante de procesos que esté abierto a la experiencia polivocal de la conversación de saberes. En la medida en que la persona puede hacer un ejercicio reflexivo, podrá acompañar a los otros por el camino de la autorreflexividad para que se puedan construir prácticas de sí en todos los participantes del encuentro polivocal, es decir, prácticas de autocuidado que rescaten la dimensión ética y estética y que permitan la emergencia de la sensación de gestión sobre la propia experiencia.

Asumo que el ejercicio sobre el acompañante no debe enmarcarse en el fin único de rescatar la objetividad o garantizar su ubicación en el rol de experto, por el contrario, considero que es fundamental que se dé un vuelco hacia la subjetividad, tal como lo plantea Estupiñan, Hernández y Serna (2017) al afirmar que:

“la subjetividad es la expresión de un self que opera como observador de las experiencias conscientes del sujeto... de la mano de la reflexividad, la cual se refiere

a la capacidad de autoobservación de la propia experiencia individual y de construcción de sentido en la conversación consigo mismo y con los otros” (Pág. 45).

Sin embargo, encuentro en la categoría de “*emergencia de la subjetividad*” planteada por estos autores desde la psicología sistémica, el sostenimiento de las categorías coloniales pues se asume que un sujeto encarna la responsabilidad de definir la ruta de acción para que *emerja el consultante/sujeto*, lo que mantendría la tendencia de la psicología moderna hacia una relación unidireccional sobre el objeto de estudio. Así, sin hacer una renuncia a la categoría de subjetividad y construcción del sujeto, me encuentro ante la necesidad de comprender qué es lo que los participantes y yo hemos permitido que se configure como ruptura de las dicotomías salud/enfermedad o normalidad/anormalidad. Y me encuentro aquí con la demanda de los participantes por poder construir una **experiencia de libertad** en la que, desde mi perspectiva, se articula la posibilidad de desligarse de las categorías definitorias del sujeto moderno y de las dualidades a las que nos sometemos desde la experiencia de la colonialidad. El sí mismo se enuncia pues desde su condición de ser libre y desde la posibilidad de participar en la construcción de un espacio de intervención en el que se movilizan procesos autorreflexivos en múltiples direcciones y que pasa por el reconocimiento del sí mismo y de la alteridad.

Sin embargo, la experiencia de libertad no emerge como si se tratara de una característica que aprende el sujeto (participante y acompañante) sino que parte del acto de reconocerse subalterno (histórica, social y políticamente) para accionar rupturas sobre los lugares que le han sido otorgados y así, migrar hacia la **toma de decisiones** sobre los dilemas que les han llevado en busca de acompañamiento. El espacio se redefine desde el acompañamiento hacia el reconocimiento de la subalternidad y las perspectivas sobre la vida, para encontrar las rutas que le aproximarían a la experiencia de libertad. Esto implica la renuncia a las categorías que definen al sujeto moderno desde las dicotomías o desde las expectativas del “deber ser” para centrarse en la experiencia del ser libre.

Así las cosas, este capítulo pretende mostrar cómo se generaron los movimientos en los participantes y el facilitador hacia la autorreflexividad y la experiencia de libertad como ruptura de la categoría de bienestar de la modernidad.

Prácticas de sí: Hacia una construcción de libertad, voluntad y decisión en el sujeto.

Partiendo de la relación que se establece entre el acompañante y los participantes que se basa en la confianza y la construcción de un vínculo que permite la generación de un espacio de intimidad y seguridad, asumí que en algún momento cada participante habría encontrado las respuestas a sus preguntas y las posibles soluciones a los dilemas que le llevaron a consultar.

Identifiqué que en la conexión con la experiencia de subalternidad de cada uno de los participantes sumado a las reflexiones que desde allí se desplegaron en el espacio de conversación y permitieron la construcción de prácticas en favor de los objetivos de cada uno de los procesos, se movilizaron los participantes hacia lo que ellos mismos puntuaron como un tránsito hacia una “*sensación de libertad*”. La libertad, tomada como una palabra que expresaron los participantes, apareció representada por diferentes elementos y conectada con diversos niveles de la experiencia subjetiva de cada una de las personas.

Por ejemplo, para Jhon la libertad fue poder conseguir que en su casa le dieran un cuarto para él solo y tener la opción de decorarlo como quería; Jimmy, prepara un viaje de larga permanencia en el exterior; Sandra tomó la decisión de romper algunos vínculos con familiares y comenzar a proyectar el futuro de su relación de pareja; la familia de Alex inició un proceso de separación definitiva; Jorge optó por un cambio de colegio al igual que Felipe; Alfredo decidió junto con sus padres suspender el medicamento. El tener la posibilidad de gestionar decisiones o poder poner temas sobre la agenda del debate familiar, ha permitido a varios de los participantes conectarse con nuevas formas de ser sujetos y con posibilidades de reorganización de la vida en la que se sienten el centro de algunas dinámicas y pueden hacer sus vidas visibles, no por los problemas, los síntomas o los diagnósticos, sino por otras características que asumen connotaciones positivas para los demás.

“La verdad, es mejor así, yo decido cuándo llamar a mi mamá” (Daniela, 16 años. Marzo 5 de 2020).

“Tengo una lista de cosas que debo mejorar de mí para estar mejor... no las que me dice la carta [de matrícula condicional] sino otras, las mías” (Felipe, 8 años. Febrero 4 de 2020).

“Que ellos hagan lo que quieran. Yo no voy a estudiar allá. Y voy a estudiar ciencias políticas.” (Jorge, 16 años. Marzo 21 de 2020).

Las prácticas de sí rescatan en el sujeto las posibilidades de asumir una postura frente a sus vidas y desarrollar herramientas de autocuidado a la vez que pueden cuidar de los otros. Es un paso hacia la renuncia de la condición de subalternidad, limitada en el caso de los niños y los adolescentes, a los espacios en los que tienen la posibilidad de ser escuchados, pero siendo conscientes de la forma como se han establecido relaciones que les resultan incómodas. Se distancian de posturas deterministas y rescatan las posibilidades que cada uno tiene para “hacerse cargo” de la vida y moverse hacia lugares que resulten más satisfactorios.

Este proceso está atravesado por la posibilidad de generar acciones reflexivas dotadas de significado en las que se ubican en el centro de las dinámicas de cambio y asumen una responsabilidad sobre lo que para cada uno representa el bienestar.

Las experiencias de subalternidad de los participantes dan cuenta de la sensación de sometimiento a la que han estado expuestos a lo largo de su vida. Cuando Pedro de 10 años refiere que ha sido un “*esclavo*” de los adultos retrata la experiencia de estar supeditado a la voluntad del adulto y deja ver su sentir del acallamiento de su voz para ceder a las expectativas y mandatos del adulto. Para la psiquiatra tratante se trata de un trastorno, para este proceso sus expresiones fueron concebidas como una demanda de libertad y la necesidad de desatarse de las voluntades del otro para simplemente ser escuchado. En el momento en que puede expresar frente a sus padres lo que desea y necesita, se generan movimientos en las relaciones familiares que desembocan en una forma diferente de ver a su hijo y de entender que como sujeto puede expresarse y participar en la construcción de sistemas de pertenencia diferentes.

El objetivo del proceso de acompañamiento a los participantes podría estar ligado al descubrimiento desde la profundidad de su experiencia de subalternidad, de alternativas para romper las ataduras de su sufrimiento o de sus dilemas, en las que puedan reconocerse como sujetos y tomar las decisiones que les permitan resignificar su forma de existencia.

“¿O sea que yo puedo darme las respuestas a mí mismo?” pregunta Dany mientras hablamos de la necesidad que siente de consultar con un especialista cada vez que va a tomar decisiones que considera trascendentales en su vida y que cree que están movilizadas por el viejo diagnóstico de trastorno obsesivo compulsivo. “*Al final siempre sé qué debo hacer. Y hago lo que quiero (Risas)*” complementa, mientras se le nota despejado y tranquilo a medida que han avanzado las conversaciones.

Diez de los casos tuvieron continuidad durante el tiempo de aislamiento social por la pandemia del Covid 19 que representó una forma visibilizar su capacidad de reorganizar la vida y de asumir nuevas perspectivas ante los proyectos y ante los desafíos que les planteaba el distanciamiento de las personas y los cambios de hábitos. Fue allí donde emergieron algunos elementos como los reportados por Sandra al referir que *“entendí que estaba haciendo parte de una pauta de mi familia y que no quería seguir ahí”*. Y así fue, en el caso de ella, decidió moverse hacia la realización de proyectos que estaba aplazando y que había limitado por una necesidad de mantenerse en los lugares que le fueron adjudicados por su historia personal y social.

Sin embargo, pensar en procesos de acompañamiento en perspectiva decolonial que permita la configuración de prácticas de sí que posibiliten la interpelación de las condiciones sobre las cuales se ha estructurado el sujeto, no se trata simplemente de establecer una fórmula que diga que la solución a todos los problemas es moverse del lugar del subalterno. Puede ser difícil movilizar el cambio del lugar del sujeto, pero poder volver a la conciencia y reconocerse de manera permanente como subalterno puede ser una buena vía de inicio para la construcción de cambios en las personas y en sus sistemas de relación.

Del pensar “objetivo” a la reflexividad: El lugar del acompañante.

“Me pregunto si lo estaré haciendo bien, si cumpla las expectativas de los consultantes, si les estoy permitiendo la suficiente experiencia de libertad y contribuyo a la ruptura de la condición de subalternidad en la que se han mantenido... me pregunto todo el tiempo y no encuentro las respuestas”

De mi diario de campo.

A lo largo de todos los procesos cada vez se hizo más marcada la conversación conmigo mismo desde la cual surgían interrogantes sobre la forma como me estaba posicionando. A pesar de haberme movido por paradigmas más flexibles y más cercanos a la subjetividad (una categoría “inexistente”, en los términos de las ciencias sociales, dentro de la psicología hegemónica en Colombia), a veces es inevitable que emerjan preguntas sobre el cómo, el qué y el por qué de las acciones en el encuentro con el otro. De la misma forma

que a veces aparecen cuestionamientos sobre lo moral, que replican las enseñanzas de la religión sobre el pecado, lo bueno y lo malo, las dudas epistemológicas, éticas y académicas sobre el quehacer de la psicología, han estado presentes todo el tiempo.

Y me he dado cuenta de que esa especie de conversación conmigo, se da durante las sesiones de conversación y durante el resto del día, lo que me hace pensar en que estoy logrando un ejercicio de acceso a la conciencia de manera casi permanente. Así, la primera característica que voy a subrayar del ejercicio de la reflexividad en el acompañante es la capacidad de ubicarse en una conversación personal, sin prejuicios, sin límites y con una postura crítica permanente sobre el dualismo normalidad/anormalidad. Hablar conmigo mismo fue una forma de hacer explícitas las preocupaciones y las reflexiones, así como las lecturas que hacía sobre cada uno de los casos reconociéndome como un sujeto involucrado totalmente.

“... me hacen pensar que a veces tiendo a dominar hacia el deber ser... me doy cuenta que mueve dentro de mí fibras hacia lo que para un niño se configura como exigencia. Eso me preocupa... atenderlos me moviliza hacia el afecto y amor por los niños, los acompaño a navegar por un mundo de bonitas fantasías...” (De mi diario de campo. Febrero 6 de 2020).

Darme la oportunidad de conversar abiertamente, llevó al plano de la conciencia muchos aspectos de la vida personal y permitió hacer elaboraciones sobre significados y sentidos que asumo para la vida. Fue el momento y la ruta para acceder a aspectos de la construcción histórica que he tenido como sujeto y la apertura a reconocermelo como ser humano, limitado y vulnerable, a ser consciente de mi propia condición de subalterno, aspecto que me impactó en un primer momento y que me llevó a cuestionarme sobre lo que sería para mí la posibilidad de moverme de ese lugar y dialogar desde la subalternidad.

“L me preguntó si yo tenía hijos, le dije que no, pero me quedé pensando en si eso afectará la forma como me perciben, o cómo sería mi vida con hijos... nunca he querido tenerlos, con relacionarme por horas con ellos, me es suficiente. Hasta creo que sería un mal padre. Preguntas como esa me despiertan inseguridades y me cuestionan sobre mi rol en el campo de las expectativas sociales. En algún momento decidí romper el mandato y no tener hijos...” (De mi diario de campo. Agosto 13 de 2019).

En toda mi formación como psicólogo, he tenido clara la necesidad de generarme cuestionamientos y “trabajar” sobre mis procesos personales. Ha sido para mí clara la necesidad de interpelar el lugar y el posicionamiento del psicólogo dentro del desarrollo de la *psicoterapia*, abriendo espacio para la reflexividad y toma de conciencia sobre sí mismo, es decir, abriendo las posibilidades a la estructuración de un espacio diferente. De esto han hablado enfoques psicológicos como la gestalt o el sistémico que si bien no se adscriben a corrientes de pensamiento decolonial, intentan generar un quiebre en la estructura tradicional de la psicología. Elkaïm (1989) por ejemplo, afirma que “toda situación en la vida es autorreferencial, comprendida la psicoterapia” (Pág. 113), es decir que se hace imposible desprenderse de la interacción entre lo observado y quien observa, en la circularidad de los sistemas observantes descritos por el modelo sistémico y la complejidad. La invitación a un ejercicio constante de autorreferencia, descrita por Garzón (2008) como una “postura epistemológica referida al proceso recursivo de observar las observaciones [de tal modo que] de cuenta de la reflexividad en contexto para adquirir conciencia de sí mismo, del otro y del nosotros que emerge en los encuentros humanos” (Pág. 162) es una de las claves que desde la disciplina me ha preparado para interpelar mi rol y las bases epistemológicas y prácticas de la psicología.

La forma como llegué a posturas autorreflexivas fue desde el establecimiento de conversaciones autoetnográficas que registré en mi diario de campo, tejidas desde preguntas constantes sobre situaciones que resonaban con mis experiencias de vida. Creo que allí radicó una de las fuertes ventajas del ejercicio reflexivo: poder desprenderlo del quehacer de la investigación o la profesión y generar conexiones con otras dimensiones históricas de mi humanidad. Al reconocer a los otros como iguales, puedo ver que me es más fácil aproximarme a sus realidades y conectar con lo que sienten o lo que piensan.

“Tan pronto me di cuenta de mi actitud [controladora y dominante] ante el niño me moví hacia el lugar del aprecio y el reconocimiento. Me parece un niño adorable, que me moviliza muchos sentimientos de cuidado y que me lleva a pensar de una manera constante en que no puedo ni debo dar continuidad a eso que encuentra en el colegio, al señalamiento y la tendencia a regularlo”. (De mi diario de campo, sobre Felipe. Febrero 27 de 2020).

La conversación guía la acción y mantiene un canal de retroalimentación sobre el sentir del acompañante. Y aunque acepto que, como humano, no siempre me es posible contar con las respuestas a las preguntas que me planteo, me ayuda a conectarme con mi humanidad más allá de la condición de “experto” que me ha sido entregada. En el fondo, mi historia, mis raíces y mis problemas, no son diferentes de los que convocan a los participantes al espacio de acompañamiento y juntos podemos conversar desde el lugar de la subalternidad.

“Me moviliza mucho este caso. Y en algunos momentos me ha dado miedo porque puedo ver el nivel de estrés que manejan en la relación [de pareja] y en la forma como asumen las decisiones. También me llena de satisfacción la forma como el niño se vincula conmigo y como expresa su afecto en los diferentes momentos”. (De mi diario de campo sobre Diego. Diciembre 13 de 2019).

Entonces considero que la reflexividad del acompañante está dada por su capacidad de conversar consigo mismo sobre lo que le preocupa y sobre los pensamientos que surgen de los casos y que se extienden a la vida cotidiana. Es el punto de partida concreto para la organización de una postura reflexiva ante la vida y para comprenderme como sujeto que conversa con otros sujetos, como espejo del otro quienes a la vez son espejos míos.

En esa conexión creada con el otro, emerge un segundo aspecto en el que me quiero centrar: la experiencia subjetiva de subalternidad. Anteriormente hablé de las formas de subalternidad desde los participantes y la manera como se expresan en el espacio de conversación. Ahora bien, es el punto de referir que a través de la reflexividad se accede al contacto con la propia experiencia de subalternidad que atraviesa al acompañante y que permite descubrir la historia de subalternidad sobre la que se ha construido sujeto. Es un aspecto diferencial de lo que las corrientes tradicionales asumen en los procesos autorreferenciales o de transferencia pues aquí hablo del paso al reconocimiento como subalterno, en la vida y en la práctica, es decir, el punto de partida para la configuración de las prácticas decoloniales en el espacio de acompañamiento está dado por el reconocimiento de la ontología del sufrimiento desde la subalternidad y no una simple reflexión sobre la forma como ejerzo mi rol.

En mi caso, resultó revelador identificar cómo la subalternidad se integra en mí y aun más, reconocer que hay posiciones que no puedo eliminar de mi vida o que no dependen de mí. Se convirtió para mí en un proceso en el que el dolor y la frustración están presentes

porque es conversar con las dificultades que he atravesado en carne propia y que han participado en mi construcción como persona en el tránsito por los procesos de identidad que me constituyen.

“Me conecto con él [con Jhon] desde mi propia experiencia infantil, todas las carencias que desde mi perspectiva existieron en esa etapa que debió ser bonita, pero que en mi caso no... [recuerdo las carencias que definieron mi infancia y las dificultades por las que atravesé] y disfruto volver a ser niño en el juego sintiendo cómo mi vida se devuelve muchos años y puedo ser de nuevo feliz” (De mi diario de campo sobre Jhon. Diciembre 19 de 2019).

Reconocerme en el lugar del subalterno me permitió conectarme con la experiencia de las personas participantes y establecer una estrecha vinculación con otros momentos de mi vida. ¿En dónde se estructuraron estas experiencias? ¿Cómo me he visto afectado por estar en el lugar del subalterno? Comenzando por mi profesión y pasando por mi lugar de procedencia, mi estatura, mi orientación sexual, mi nivel socioeconómico, mi historia con la salud mental, mi afiliación política, mis experiencias de infancia, mis creencias religiosas, mis reducidas habilidades deportivas, puedo encontrar muchas formas como se ha construido la subalternidad en mí.

“Comienzo a explorar mi vida y veo que son muchas las condiciones que me han permitido experimentar el lugar del subalterno y que por ende me permiten conectarme con lo que sienten los consultantes, los niños y cualquier otra persona que viva, hable y sienta desde este lugar. Abrir la puerta a pensarme me lleva a reconocer que mi vida ha estado impactada por muchos otros hechos como el de haber sido víctima de agresiones sexuales en la infancia, haber estado diagnosticado con enfermedad mental en la juventud, optar por una identificación con una orientación sexual diversa o haber decidido no tener hijos ni configurar una familia nuclear heteronormada. Romper paradigmas y cánones de comportamiento hegemónico sin duda me ubica en una fluctuación entre la sensación/necesidad de libertad y la opresión de la subalternidad. Es desde allí que hablo y trabajo como psicólogo, desde las condiciones de vulnerabilidad que he tenido a lo largo de mi

vida y que solo puedo hacer conscientes a través de este ejercicio de reflexividad...”
(Del escenario auto etnográfico No. 4. Noviembre de 2019).

No se trata de crear una lista de ideas o creencias sobre sí mismo que resulten frustrantes o que le den un toque fatalista a la vida, sino de identificar que en nuestra región, la vida de muchos de nosotros está marcada por profundas experiencias de subalternidad y violencia¹⁴, y en eso somos parecidos acompañantes y acompañados. Al detenerme en el momento actual de mi vida puedo observar la coexistencia de la subalternidad que juega con las veces en que me ubico en el lugar opuesto, del saber, del experto. No anhele el estar ubicado en el lugar del colonizador, entiendo que en la vida podemos movernos de un lugar a otro, dependiendo de las circunstancias, como una especie de compensación de fuerzas que no se van pero tampoco se enfrentan, como la yuxtaposición, en la que esos opuestos permanecen. Pero, ¿qué hay del otro lado de la subalternidad? Descubro en mí una experiencia que también ha estado marcada por el lugar del colonizador, como docente, como “experto” en psicología, como portador de verdades sobre la disciplina, como consejero de muchas personas, o referente de opinión y de salud mental. Aprendo que no está mal poder ubicarse en el otro lugar, sino la forma como se asume la experiencia y la responsabilidad.

“Me dicen experto, me llaman, me entrevistan, a veces siento que no debo hacerlo por un sentido de coherencia con lo que digo sobre los subalternos, pero en otro momento pienso que es necesario estar en el lugar que tiene la voz para poder

¹⁴ En los trabajos de Virginia Gutiérrez de Pineda (1968) se habla de las huellas coloniales presentes en los procesos de aculturación de las organizaciones hacia los patrones normativos hispánicos de tendencia dominante patriarcalista, en los que por ejemplo persiste que la cooperación económica de cada miembro de familia determina su posición jerárquica en ella traduciendo en sumisión la parte menos aportante y contribuyendo al mantenimiento de dinámicas de violencia legitimada al interior del seno familiar. El trabajo de Martha Gutiérrez (2008) retrata realidades de las familias en Bogotá en donde se reconocen como espacios donde se construyen antivalores, “se enseña la sumisión, la dependencia, la violencia y la precariedad” (Pag. 122). Finalmente, vuelvo a los trabajos de Myriam Gimeno (2019) que resalta la existencia de la autoridad arbitraria y las dinámicas de violencia que se desprenden desde viejos códigos patriarcales instaurados en creencias de nuestra sociedad.

transmitir el mensaje y hacerlo llegar a quien necesita escucharlo. Pero es un debate permanente en mi cabeza” (De mi diario de campo. Marzo 15 de 2020).

Pierdo la prevención a estar en ese lugar y entiendo que tal vez es necesario ubicarse a veces allí, no para blanquear la historia de subalternidad, sino para acceder a las estructuras de comunicación o información desde donde se pueden proponer cambios.

Y de la reflexión, tal como lo explicitan las posturas decoloniales, es necesario pasar a la praxis con el fin de instaurar una postura que marque rupturas y cambios en el curso tradicional de las cosas. La praxis decolonial que surge de la reflexividad en el acompañante se caracteriza por permitir la construcción de caminos que permitan la aproximación a la experiencia de libertad del otro (y tal vez de uno mismo) así como el reconocimiento de la alteridad, en donde hacemos referencia a las resonancias propias en el cuerpo y la conciencia del otro, a partir de las cuales nos hacemos partícipes de la construcción de un proyecto colectivo que puede ser para este caso, narrarnos desde la experiencia de la subalternidad para encontrar rutas que permitan el paso a un sentir distinto, movilizante, dinámico que al final desestabiliza y no puede ser nominado desde las categorías del sujeto de la modernidad.

Es aquí donde veo que tiene sentido atravesar un proceso de reflexividad donde se haga consciente mi experiencia como subalterno. Ha de ser movilizante y permitir la transformación de la subjetividad de manera que las identidades no se queden como instancias fijas sino que se organicen como dinámicas, un proceso, un recorrido que hacemos por las diferentes formas de interpretar la existencia encarnada, enunciarnos en la vida y de asumir las circunstancias que nos corresponde vivir. De ahí, que el espacio de conversación desde esta forma de posicionamiento del acompañante sea útil para que el cambio opere en múltiples direcciones, incluyendo el cambio sobre uno mismo, sobre la forma como ejerzo la profesión, como me produzco y como estructuro mi saber. Así como los participantes poseen saberes provenientes de otras perspectivas, como acompañante también soy portador de conocimientos tipo doxa que se han configurado desde mis relaciones con la familia, las tradiciones y las mitologías compartidas por grupos sociales. Estos saberes se relacionan con todo el conocimiento que se va organizando en mí como psicólogo y que proviene de la ciencia, la teoría y los paradigmas de la disciplina. La praxis invita a que se permeen los

saberes, científicos y populares, para crear posturas incluyentes en la observación de la realidad.

Fracturando las relaciones de poder.

El ejercicio de la reflexividad me lleva a darme cuenta de una forma particular de transgresión de los principios de la psicoterapia tradicional: la transformación de las relaciones de poder. Desde la mirada del acompañante se participa de una nueva configuración del poder que parte de la renuncia misma que hago, de mi lugar de “experticia y dominio profesional”.

Mi punto de partida fue la conciencia de la necesidad de moverme del lugar de experto para que los saberes del otro puedan hacerse visibles y que puedan participar del diálogo que se construye en el escenario de conversación. Fue una renuncia consciente en la medida en que logré reconocer los momentos en los que me posicioné desde el dominio del conocimiento con la intención de direccionar el saber y el actuar del otro. Es decir, rompí la calidad de experto para que los consultantes pudieran expresar todo su conocimiento acerca de las situaciones y los dilemas que los llevaban al espacio de acompañamiento.

“Siento su profundo deseo de salir del lugar del subalterno y de poder tomar las riendas de su vida. Y a eso estoy dispuesto a ayudarlo. Una vez más se inicia el semestre, y esta vez me acerco más desde un acompañamiento progresivo para casi ubicarme en un rol de padre y orientador de lo que necesita. Logra hacer amigos, conectar con algunas personas, disfrutar sus clases, rendir académicamente y responder a sus padres que mantienen una enorme presión sobre sus resultados y so monitoreo de cumplimiento de sus clases” (De mi diario de campo sobre Jimmy. Febrero 11 de 2020).

Fue difícil renunciar a la intención de ayudar, salvar, apoyar y suplir las necesidades del otro. Reafirmé que no estaba en el espacio de conversación para tomar las riendas de las vidas de las personas, sino para caminar junto a ellos en un proceso de descubrimiento de sus propias posibilidades, proceso que podría llevar tiempo. La renuncia puede estar mediada por una sensación de ineficacia, ya que la relación con el participante inicialmente se organiza sobre una condición contractual en la que se crea un supuesto compromiso de ayuda. ¿Cómo

transformar esta relación para acompañar sin opacar los recursos del otro? Vuelve a aparecer la noción de yuxtaposición en donde los esfuerzos del facilitador se ubican al lado de los esfuerzos y recursos del participante para construir juntos el proceso del cambio.

“Conecto mucho con Jimmy y con la forma como la subalternidad se ha posicionado en su vida. Ha ido poco a poco moviéndose hacia un lugar que le resulta más cómodo y en el cual puede sentir que es él y que experimenta eso que hemos llamado libertad y voluntad. Tal vez a lo largo de su vida muy pocas veces había sentido lo que era ser libre y capaz de tomar decisiones y me llena de satisfacción el poder ver que ahora puedo acompañarlo a vivir esa experiencia” (De mi diario de campo sobre Jimmy. Febrero 18 de 2020).

Al respecto Jimmy escribe que su experiencia de libertad se ha enmarcado en pequeñas acciones de las cuales no era conciente, e indica:

“Ir a comer con J almuerzos normales, empezar a hablar con Vanessa, recomendar canciones para japonés y hacer actividades con los amigos de la universidad en los seis bloques del viernes” y agrega “quiero que mis papás me dejen en paz” (Jimmy, 20 años, Marzo 14 de 2020).

A lo largo de las sesiones de acompañamiento pude probar moverme de varias formas ocupando varios lugares, esperando encontrar el que resultara más cómodo entre la sensación de renuncia y la atención a las demandas del otro. Pero existen presiones que son más difíciles de soltar y son las representadas por la institucionalidad de los colegios, las universidades o las comisarías de familia, por ejemplo. Al tratarse de entidades que generan remisiones a la espera del cumplimiento de expectativas y objetivos dentro de un proceso, relacionados especialmente con el ajuste normativo y comportamental, se hace más difícil la renuncia o la desobediencia. ¿Cómo se puede fracturar la relación de poder si hay una estructura rígida que genera una presión permanente desde afuera?

Aquí he probado acudir al mismo encuadre de *experticia* por el cual me han enviado la remisión del caso. Es decir, asumo que mi criterio tiene validez para la institución, y atendiendo a ello establezco mi postura frente al proceso a seguir con cada caso, su problematización o las perspectivas de cierre. Algunas veces dio resultado y en otras ocasiones no fue tan fácil. Lo que es claro es que implica el reconocimiento de las otras perspectivas para que sean sometidas a discusión.

“Esta es la encrucijada del terapeuta que debe asumir demandas que no reconoce como propias y que llevan a pensar en el lugar desde el cual provienen las necesidades. El problema es problema para el colegio pero tal vez no para los otros contextos... El caso de Pedro significó un reto por la presión del colegio y de la psiquiatra tratante. "Está en buenas manos" fue una de las expresiones que se usaron para generar esa responsabilidad del psicólogo externo y de la familia con el proceso y con el cambio. Son esas expresiones las que llevan una carga de responsabilidad y compromiso para el cumplimiento de unos objetivos que puedan satisfacer a todas las personas involucradas en el caso”. (De mi diario de campo, sobre Pedro. Enero 10 de 2020).

“Insisto en las conversaciones con el colegio que como Institución deben cambiar hacia una postura de reconocimiento de los pequeños aciertos del joven y brindarle retroalimentaciones que vayan más allá de las quejas o las demandas por las cosas que no logra cumplir. Insisto en que es urgente que se construyan vínculos con el joven, pero esto al colegio y a sus maestros no les interesa porque consideran que él es quien debe ajustarse al contexto del colegio. Mi relación con la institución también está quebrada y considero que no validan mis acciones de intervención debido a las constantes diferencias de opinión sobre la forma como han manejado el caso en la institución” (De mi diario de campo, sobre Jorge. Marzo 27 de 2020).

La fractura en las relaciones de poder y la organización de formas alternas de relación implica insistencia y mantenimiento de una postura de apuesta al cambio. Pero me resulta un poco frustrante ver que el alcance de mis acciones no logre impactar del todo la estructura rígida de la institucionalidad que perpetúa las condiciones de subalternidad de las personas y pareciera que su objetivo se tratara de eso, de normalizar y enmarcar en unas expectativas atravesadas por el patriarcado, la jerarquía, el poder, el dominio y la experticia que representan. La voluntad del acompañante y del participante aún no llega a generar un impacto sobre la figura de las instituciones, pero sí sobre algunas personas que representan la institucionalidad. El alcance de este trabajo no llega a contemplar rutas de cambio y reflexividad sobre la estructura compleja de los colegios, las universidades, las comisarías de familia o los juzgados, pero sin duda, el contacto con algunos profesionales inmersos en esas dinámicas puede ir poco a poco aproximándonos como seres humanos con una historia de

subalternidad compartida. Y me quedan así preguntas que tal vez puedan abrir nuevas rutas de investigación sobre: ¿cómo visibilizar prácticas decoloniales desde el lugar institucional? ¿Cómo conectar a la institución con la experiencia de la subalternidad de quienes allí laboran? ¿Qué vías de colaboración se pueden activar entre la Institución y los espacios de acompañamiento? La reflexividad sobre la praxis es importante porque ayudará a que se mantenga clara la ruta y el objetivo e irá promoviendo resonancias en otros contextos en los que se mueve el sujeto.

Un giro en el rol del psicólogo.

“En casa de herrero, azadón de palo”

Hacer un permanente ejercicio reflexivo lleva a pensar en la necesidad de plantear un giro en el rol del psicólogo y a romper las creencias que se han construido alrededor de nuestra figura como profesionales equilibrados, capaces de resolver nuestros propios problemas, expertos y con respuestas para todas las necesidades de las personas. Alrededor del rol del psicólogo se han construido muchos estereotipos que nos ponen en el foco de la exigencia de las personas y nos presentan como “salvadores” de la humanidad.

Ese estereotipo lo podemos creer e intentar mantenerlo vigente con nuestra práctica pero con seguridad acumularemos fracasos consecutivos al darnos cuenta que ante todo somos humanos y que, aparte de contar con conocimiento sobre el comportamiento, las emociones o las relaciones humanas, somos iguales a las demás personas. La reflexividad me permitió observar y comprender mis limitaciones, mis problemas y mi ausencia de capacidad para albergar todas las respuestas que el país necesita. Desconozco si ocurre lo mismo con otros profesionales en especial de las ciencias sociales, pero de lo que sí estoy seguro, es que sobre una falsa expectativa se ha construido una serie de demandas a los psicólogos que hemos aceptado y que sobrepasan nuestras capacidades.

Y no se trata de hacernos al margen de las problemáticas sociales o individuales. Se trata de ser conscientes de la estructura de nuestras capacidades, del alcance de nuestras acciones y de los escenarios posibles derivados de los conflictos/oportunidades del sujeto subalterno. Si seguimos ubicados en la posición de los expertos, las exigencias de los

consultantes seguirán siendo de gran tamaño. Si logramos mostrar nuestra vulnerabilidad como seres humanos, el mundo dejará de creer que nuestra vida está resuelta.

Traigo en este apartado reflexiones sobre la forma como estructuro mi rol como psicólogo y lo complemento con la experiencia de participantes psicólogas, ya que en 8 de los 18 casos acompañados la madre ejercía esta profesión, y en 14 de los casos existía un psicólogo o psicóloga escolar preocupado por descubrir sus limitaciones para el manejo de las situaciones. Esto me podía indicar el conocimiento de la disciplina por parte de los participantes así como las expectativas puestas sobre el acompañante que rebasaban cualquier posibilidad de equivocación. Además, daban cuenta de la condición de subalternidad desde la experticia con la propia profesión o la pericia para el manejo de ciertas dificultades y que como lo manifestaba la mamá de Alex *“me quedó grande el chino, la psicología no me sirvió aquí”*. Y es que tal vez las expectativas creadas sobre la profesión y la creencia en una limitada posibilidad de error son tan grandes que llevan a acrecentar la condición de subalternidad pues quien se supone debería tener herramientas para el manejo de múltiples dificultades, se declara incapaz de hacerlo. Pero puede tratarse también del reconocimiento del alcance de dominio sobre las dificultades que se ve limitado por la condición de humanidad acompañado de una sensación de necesidad de apoyo por parte de una tercera persona.

Desde mi experiencia reconozco que la psicología, importada de Europa o Estados Unidos, nos ofreció una ilusión inacabada de conocimiento del ser humano que no es aplicable a todas las situaciones. Nos ofrecieron la ilusión de encontrar personas con trastornos mentales cuando la realidad muestra personas con dilemas, crisis o problemas que sobrepasan sus recursos y les llevan a buscar ayuda en el profesional.

Durante el desarrollo de este proceso de investigación ocurrieron en mi vida situaciones que se articularon con las reflexiones que venía adelantando y que nutrieron mi postura sobre el rol del psicólogo.

“Llego a mi casa cargado de interrogantes... me doy cuenta que no sé manejar muchas cosas de mi vida a pesar de la profesión, muchos se sorprenden de que sea así y creen que yo debería saber manejar mejor las cosas, eso me frustra. Desde mi familia hasta mis amigos creen que tengo respuestas para todo, especialmente para lo que a mi vida concierne, pero no... en menos de un año he tenido dos terminaciones

de relación de pareja donde se supone que debería ser perfecto; una crisis de ansiedad con ataque de pánico [a la que yo, desde la doxa, llamo la pensadera activada] que me avergüenza [me da pena, no lo cuento a nadie, lo oculto y espero poder manejarla]; retomé mi psicoterapia y acudí a otras formas de atención para que me ayudaran. Hubo un momento en que no sabía que hacer, y aún a veces lo pienso, ¿de qué me sirve ser psicólogo?” (De mi diario de campo, Mayo 10 de 2020).

Como profesionales de la psicología nos creímos la historia de que podíamos ayudar a la gente y cambiar el mundo empezando por nosotros mismos. Y en este punto me doy cuenta, que aunque es un discurso que se sigue sosteniendo en muchas instancias del gremio, no corresponde al mundo en el que vivimos. Allí debería comenzar un cambio en el rol del psicólogo, desde los discursos que se han construido alrededor de la experticia.

Cuando la mamá de Alex en una sesión me dijo “me confronto con mi papel como psicóloga y como mamá” al no poder encontrar las rutas para formar a su hijo, pensé que en el fondo todos nos confrontamos, y eso está bien, es necesario. Pero lo que nos asusta es que estamos inmersos en el discurso de la experticia y la sabiduría del psicólogo y escuchar expresiones como “y dizque psicólogo” “no debería ser psicóloga” “la psicóloga está más loca que yo”, lo acentúan más.

Al final de todo, es posible que la psicología, tal como nos la ofrecieron y como nos formaron no sirve en este contexto, no se ajusta a la lectura de las realidades con las que trabajamos, no responde a las necesidades de las personas de esta región, no conecta con historia colonial ni con las ontologías de humanidades mestizas más allá de la hibridez biológica como lo afirma Marisol de la Cadena (2007). Es una psicología que puede ser útil en otras latitudes pero aquí no, aquí necesitamos construir nuestra propia psicología, que integre y reconozca la voz de los otros, que valide otros saberes y que nos permita renunciar con tranquilidad al lugar de expertos y a las ontologías del sujeto eurocéntricas para disfrutar nuestra condición de seres humanos.

De la psicoterapia moderna a los diálogos desde la subalternidad.

A lo largo de este capítulo se ha interpelado el modelo de la psicoterapia tradicional y en repetidas ocasiones se hace alusión a la misma como parte de una herencia colonial¹⁵ de occidente y del pensamiento moderno. Se convirtió en una forma de perpetuación de las condiciones de subalternidad de los sujetos y se edificó sobre las ideas dualistas de la configuración del sujeto que persigue una idea, al parecer inalcanzable, de bienestar. En ese sentido, hablar de psicoterapia en perspectiva decolonial a lo largo de este ejercicio de investigación me lleva a la necesidad de repensar la forma como se denota a esta práctica, pues se estaría cayendo en una postura incoherente, que si bien da cuenta de la yuxtaposición que configura un mestizaje de saberes que coexisten, decolonizar la *psicoterapia* y sus prácticas debe trasegar por una nueva organización nominal para la misma.

Es por esto que al cierre de este capítulo y después de comprender que detrás de los dilemas humanos de las personas que consultamos en un espacio de acompañamiento (me incluyo aquí como parte de mi ejercicio autorreflexivo) se encuentra la experiencia de subalternidad que atraviesa nuestra construcción como sujetos más allá de las pretensiones de la modernidad, surge una manera nueva para denominar a esta práctica. Considero pertinente pensar en la psicoterapia en perspectiva decolonial como **“un espacio de acompañamiento en el que se dialoga desde la subalternidad”**, en la que somos convocados para develar y descubrir nuestra profunda experiencia como subalternos que nos conecta en una enriquecida condición de humanidad.

La psicoterapia moderna se conformó como un dispositivo en el que entran en juego, por un lado, la relación subordinada y por otro la condición de subalternidad, siguiendo los avances de Foucault en torno a la ciencia como un mecanismo de poder. Pero el subalterno (participantes y acompañante), a través del ejercicio reflexivo, ha de conectarse con su

¹⁵ Según la literatura el origen de la psicoterapia como término se ubica a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX con los trabajos de Charcot sobre la hipnosis (Feixas, 1993, Gómez 2010) y de Freud sobre el psicoanálisis (Botella y Figueras, 1995). La práctica, sin embargo, es ubicada por algunos autores como Lain (1958), Fraguas (2007) y Cañal (2011) en las tradiciones sobre el uso de la palabra, las premisas de conocimiento de sí mismo y el reconocimiento del malestar de la persona en la Grecia de la época Antigua. Más fuerte es la postura de García, Cabanas y Loredo (2015) para quienes el estadounidense Phineas Quimby fue el fundador de la psicoterapia moderna. Como sea, luego de la instauración de la psicoterapia en el siglo XX, llega a Colombia como una práctica de la psicología occidental de tradición cognitivo-conductual.

historia de subalternidad para poder movilizarse hacia una transformación de la relación. Es a partir del reconocimiento de la subalternidad como pueden emerger las prácticas que no solo decolonicen el encuentro de conversación y acompañamiento sino que permitan una nueva experiencia de vida en la que la libertad y la voluntad se constituyen como pilares. Así como Fanon (1952) se adentró en el reconocimiento reflexivo de su experiencia de subalternidad y transitó hacia el mundo blanco para desde el psicoanálisis y la psiquiatría darle fuerza a sus argumentos y conocer a profundidad la forma como se organizaba como subalterno, me moviliza la posibilidad de deconstrucción de modelos hegemónicos desde adentro, pues como lo afirma Derrida (1971) “los movimientos de deconstrucción... sólo son posibles y eficaces... habitando estas estructuras”(Pág. 32). Habito la estructura de la subalternidad y del saber científico de una disciplina que ha sostenido la condición de subalternidad, propia y de muchas personas, y es desde ese lugar de enunciación desde donde ahora promuevo un giro en las prácticas tradicionales para conectarnos reflexivamente desde la experiencia como subalternos. Tomamos así “de una herencia los recursos necesarios para la deconstrucción de esa herencia misma” (Derrida, 1989; Pág. 388).

Capítulo 3.

La configuración del espacio de acompañamiento y los diálogos desde la subalternidad: “Buscamos una terapia diferente”

*“El niño sonríe, se acerca, me abraza y con voz suave dice: No quiero dejar de verte, disfruto mucho hablar contigo”
De mi diario de campo sobre Jhon de 7 años.*

El siguiente capítulo informa los objetivos específicos dos y tres en los que se pretende “reconocer de manera reflexiva la yuxtaposición de saberes y prácticas que atraviesan la figura del acompañante y de los participantes” e “implementar prácticas que articulen los saberes propios, rasgos culturales y marcos de sentido en torno al bienestar y a la persona situados en la experiencia de los participantes”. En ese orden de ideas, el capítulo pretende centrarse en la forma como atravesaron las personas sus procesos de acompañamiento y en algunas prácticas que se hicieron visibles a lo largo de los mismos y que pueden dar cuenta de la configuración del encuentro como un diálogo de saberes.

Inicialmente, en este apartado describo el modo como tomó forma la transgresión de los parámetros universales y tradicionales de la *psicoterapia* desde la puesta en práctica de mecanismos que facilitarían la emergencia de saberes otros y la posibilidad de establecer diálogos con ellos en la configuración de un espacio de acompañamiento. Estos saberes muestran cómo es posible migrar hacia nuevas formas de hablar sobre los problemas o los dilemas, es decir, cómo se puede aproximar la doxa al *diagnóstico tradicional* y desde allí desplegar nuevas versiones de los *síntomas* que tal vez resulten más fáciles de comprender por todos. En segundo lugar, pretendo ubicar la mirada sobre las prácticas que surgen en el proceso de acompañamiento y que dan cuenta de la yuxtaposición de saberes. Las acciones propuestas por las personas participantes se tuvieron en cuenta para la configuración de prácticas que toman distancia de las hegemonías y que demarcan rupturas en las maneras tradicionales de intervenir desde los enfoques de la psicología. Así, las relaciones jerárquicas se invierten y se cede ante la experticia que tienen las personas sobre sus propias vidas y sobre las maneras de afrontar los problemas.

Describo las transgresiones que emergieron desde el acompañante y desde los participantes a los parámetros oficiales y tradicionales de las *intervenciones* desde la psicología, dejando visible la posibilidad de generar rupturas que involucren otros saberes en el desarrollo de los procesos de acompañamiento. Los siguientes dos apartados hablan acerca de las formas que asumen los diagnósticos desde otras perspectivas. Finalmente a lo largo de dos apartados presentaré las prácticas que se identificaron a lo largo de la investigación y que se ubican como claves para comprender elementos constitutivos de un proceso de acompañamiento en perspectiva decolonial.

Espero que el lector a través del capítulo pueda conectarse con la vivencia de los participantes y con la forma como se movilizaron las experiencias subjetivas de subalternidad a través de los saberes otros, la doxa y las acciones situadas en los marcos de sentido que han sido traídos al espacio de conversación por las personas. Este capítulo permitirá interpelar las condiciones universales de los paradigmas dominantes de la psicología y la psicoterapia y mostrar que es posible despojarse de saberes científicos, de ideales de experticia que reafirman la ontología del sujeto moderno y de relaciones de poder para dar paso a otras formas de construcción de los procesos de cambio. Un insumo importante para la construcción de este capítulo, además de los relatos de cada uno de los casos puestos en conversación, fue mi diario de campo, en el cual consigné mis movilizaciones y mis experiencias como parte de cada uno de los procesos que aquí presento.

Más allá de las paredes. El reto de “sacar la psicoterapia del consultorio”.

Eran las 5:50 de la mañana y yo llegaba al sitio de nuestro encuentro. Un bonito conjunto de apartamentos contruidos en ladrillo brillante de esos que se usan para dar una sensación de calidez y elegancia. Con mi chaqueta negra, mis lentes de marco azul y un gorro negro para disimular el frío que hacía aquel día, me ubiqué justo al frente de los edificios sobre un muro que protegía el jardín, a esperar. Le escribí anunciando mi llegada, muy puntual por cierto, con la curiosidad de si me permitiría entrar o me recogería en el lugar en que estaba. Hacía frío y aún así, la esperé por más de 10 minutos hasta que se abrió con un fuerte chillido la puerta del parqueadero y en una camioneta 4x4 de color oscuro salió ella con sus dos hijos. La consultante M me cumplía la cita y estaba a punto de

emprender una forma diferente de consulta que nunca antes había hecho. Durante varias semanas atrás, M me había estado hablando de lo difícil que era controlar a su hijo, de la magnitud de las pataletas y los gritos, de su incansable llanto y del desespero que sentía como madre por no poderlo controlar. Me había hablado de una escena que para mí parecía imposible pues cada vez que hablaba con Alex lo veía en el máximo esplendor de su ternura y su buen genio, su sonrisa era permanente así como su disposición para realizar todas las actividades de la psicoterapia. “No lo conoces” me decía M. “No me lo aguanto, si pudiera, lo devolvía”. Con tan solo 6 años, me preguntaba por qué una madre podría estar tan cansada y si el amor no sería razón suficiente para soportar hasta el más grande de los berrinches. Por eso estaba esa mañana ahí, acordamos conocerlo en otro momento del día y en una interacción “real”. A las 6 de la mañana todos los días salía M con sus dos hijos rumbo al colegio en el que estudiaban a las afueras de Bogotá, en la sabana que queda hacia el norte y que está copada de colegios, que por cierto educan a la élite capitalina. Esa mañana cuando parqueó la camioneta frente a mí noté su rostro desencajado, sin peinarse y con facciones de estrés, amargura y desesperación. La puerta del carro se abrió y subí. “Ya están peleando” dijo señalando a los niños a quienes saludé amablemente mientras notaba su cara de sorpresa por verme fuera del consultorio. “¿Vas a ir con nosotros al colegio? Preguntó Alex. M respondió por mí, y le pidió que se portara bien, ya que yo estaría en el recorrido del carro con ellos. Un recorrido que se esperaba durara alrededor de una hora. No habían transcurrido 10 minutos desde que iniciamos el trayecto cuando el niño comenzó a gritar y a llorar porque su hermana lo estaba molestando. Sus gritos eran muy fuertes y agudos, la verdad, desesperantes. M intentaba sin descuidar el volante mediar en la situación entre los hermanos, pero todo lo que hacía era inútil. Nada calmaba a Alex y cada vez escalaba su llanto y sus gritos a niveles extremos. Su hermana se reía a carcajadas mientras insistía en provocarlo. En algún momento yo estaba envuelto en un mundo ininteligible de gritos, quejas y llanto. M me miró entre desesperada y avergonzada y dijo: “Así es todos los días, en todo lugar”. El trancón de la autopista estaba más denso que otros días, lo que me obligó a soportar la amarga situación por más tiempo. Durante todo el camino Alex hizo lo mismo una y otra vez, M llegaba a niveles de histeria muy elevados y temí por mi seguridad en algún momento, pues entre conducir y controlar a sus hijos, había un alto riesgo de sufrir un accidente. En algún momento pensé “¡Dios! ¿Cómo los

aguanta?”. Jamás habría imaginado el nivel de conflicto y de pataletas que se vivían en esa familia. Cualquier descripción que pudiera darme M sobre la situación con su hijo sería insuficiente para que alguien pudiera hacer una imagen mental de la realidad que vive. Entendí que cuando decía: “¡No sé qué hacer!” lo hacía desde la profunda frustración, frustración que ahora yo compartía pues a lo largo del recorrido no supe qué decirle o qué inventar para que el niño dejara aquel drama. Hasta deseé bajarme del carro y salir corriendo pues como una enfermedad que se contagia, el estrés y la desesperación se apoderaban de mí. Puedo decir que sentí en mi propio cuerpo lo que siente esta madre todos los días, lo soporté por un poco menos de una hora, pero fue suficiente para comprender la realidad de una madre cansada y abrumada por situaciones que la superan. Llegamos al colegio y siguió llorando. Se calmaba por intervalos no mayores a un minuto y cualquier cosa hacía que rompiera en llanto de nuevo. Lo vi alejarse mientras se limpiaba las lágrimas al tiempo que notaba en M un aire de tranquilidad por no tener que soportar más la crisis. “En la tarde es lo mismo, y al llegar a la casa sigue”. Se peinó, se maquilló, sacó unos tacones y regresamos a Bogotá. Había cumplido con mi aproximación a una realidad hasta ahora ajena a mi alcance desde el consultorio. Pude acceder a esta situación, gracias a la posibilidad de sacar la psicoterapia del consultorio. Romper las paredes e involucrarme en la vida de aquellos con quienes trabajo.

De mi diario de campo sobre Alex. Agosto de 2019.

Transgredir normas y patrones establecidos y aceptados por la profesión se convirtió en un reto para mí a lo largo de este ejercicio investigativo. He escuchado a muchos psicólogos, sobretodo en el campo social, hablar de la necesidad de sacar la psicología de los consultorios para poder conectarse con las comunidades o con realidades sociales de poblaciones con las que trabajan. Sin embargo, no había alcanzado a imaginar cómo podría proponer acciones concretas que desde mi quehacer, marcaran la ruptura de la “asepsia y la sacralidad” del consultorio. En situaciones como la descrita al inicio de este apartado pude encontrar que es posible transgredir las prácticas tradicionales y que de hecho, en el desarrollo de los procesos existieron múltiples momentos y maneras de quebrar los mandatos tradicionales desde lo que literalmente he planteado como “sacar la psicoterapia del consultorio” y que se constituye en la base de lo que presentaré a continuación.

La psicoterapia tradicional¹⁶ desde cualquiera de los enfoques ha estado centrada en una intervención al interior de los consultorios o en espacios previamente preparados como laboratorios, cámaras de gesell o ambientes institucionales. No obstante, desde el desarrollo de este trabajo encontré alternativas para movilizar los procesos hacia otros escenarios, no como algo planeado por mí, sino con la sugerencia de los participantes para construir otros espacios. Es así que en respuesta a sus solicitudes, accedí al desarrollo de sesiones de conversación en lugares en los que cada participante era protagonista ya que se encontraba en su territorio.

Un primer escenario, que tal vez podría ser el más común, fueron las instituciones educativas. Conozco de experiencias de psicólogos que asisten a los colegios para brindar informes de los procesos o para desarrollar un ejercicio de mercadeo de sus servicios. Sin embargo, el perfil que intentamos construir con los participantes fue el de un involucramiento más profundo en las dinámicas de los colegios, estableciendo sesiones conversacionales con personas cuyas voces serían importantes para la comprensión de los casos. Así, sostuve sesiones con directores de colegios, profesores, psicólogos escolares, profesionales de terapias de los colegios, coordinadores académicos o de bienestar y por supuesto, contando con la participación de las familias y los niños. Adicionalmente encontramos espacios para ingresar al aula a compartir con los niños y compartir el almuerzo o las onces en los comedores escolares. Aquí lo importante no fue salir del consultorio solamente sino el enfoque de la mirada con la que se ingresaba al contexto escolar. Es decir, no se trató solamente de seguimientos o reuniones de reporte sino de la verdadera inmersión en las dinámicas escolares y la construcción conjunta de estrategias y herramientas que fueran útiles

¹⁶ La comprensión general de la psicoterapia tradicional está enmarcada en la definición que hace de ella la American Psychological Association APA (2019), institución que se encarga de los lineamientos y regulación general de las prácticas de la psicología y que ha sido ampliamente difundida y acogida por las corrientes psicológicas de Colombia. Para la APA: “la psicoterapia es un tratamiento de colaboración basado en la relación entre una persona y el psicólogo. Como su base fundamental es el diálogo, proporciona un ambiente de apoyo que le permite hablar abiertamente con alguien objetivo, neutral e imparcial”, el psicólogo y el consultante trabajan juntos para identificar y cambiar los patrones de pensamiento y comportamiento que le impiden a la persona sentirse bien. Agrega, “por medio de la psicoterapia, los psicólogos ayudan a las personas a llevar adelante vidas más felices, saludables y productivas” (APA, 2019; Pág. 1).

para cada proceso. De los 18 casos seleccionados, este tipo de sesiones se realizaron con 12 de ellos, en los cuales hubo una excelente acogida por parte de los colegios, las familias y los niños o jóvenes.

Un segundo escenario que descubrí fue la vivienda de los participantes. Asistir a sus casas y conocer de cerca las dinámicas que se viven en la familia, con invitación de ellos, y con la definición de los parámetros de la sesión por parte de los participantes de la familia, fue revelador en el sentido de poder conversar sobre temas que a veces no surgen en el consultorio. Compartir un desayuno o un café fue parte de ubicarme desde otro lugar no solo físico sino relacional, pues en el terreno de las familias, son ellas quienes definieron los pasos a seguir en la sesión. Además me permitió adaptarme a sus tiempos y a sus necesidades, aspecto que considero indispensable para poder deconstruir la postura tradicional.

“Estás invitado a nuestra casa, el sábado a las 6, mi esposo estará allí y será rico que podamos conversar con él en la casa... perdonarás el desorden” (Madre de Ariel, 11 años. Marzo 7 de 2020).

El tercer escenario fue el configurado en el mundo virtual mediado por las tecnologías de la información y la comunicación (TIC). Movilizar las sesiones hacia espacios virtuales también fue parte de un proceso de adaptación a los recursos tecnológicos que nos ofrece esta época y que impuso la pandemia del Covid 19 (paralela al momento de desarrollo de este trabajo). Fue posible coordinar sesiones a través de múltiples plataformas digitales como zoom, teams, hangouts, skype, duo, facetime o whatsapp que se caracterizaron por ser sesiones en las que hubo una absoluta renuncia al control, especialmente con los niños, ya que la novedad del encuentro les llevó a marcar pautas de desarrollo de las sesiones. En mi concepto, y después de haber tenido muchas sesiones a través de las cámaras, considero que la información que se puede conocer y percibir es valiosa, pues a través del dispositivo tecnológico se accede al espacio de las personas, sus casas, sus cuartos, sus mascotas, su rutina. Fue como estar haciendo una sesión en la casa de la persona, pues me transporté a su espacio e ingresé en su cotidianidad a través de una cámara. Siento que puedo hacer parte de lo que les ocurre en su día a día.



Figura 1. La renuncia del control, la renuncia de la directividad.

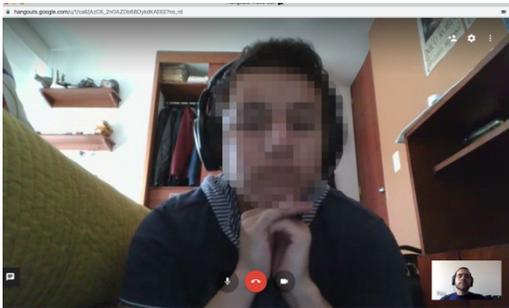


Figura 2. Acceso a distancia.

Desde los diferentes escenarios en los que las sesiones se realizaron fuera del consultorio pude comprender que se puede romper con el esquema tradicional y encontrar otras formas de conectarse con las vidas y las realidades de las personas entregándoles la directividad para que se generen nuevas formas de desarrollar los encuentros en los que ellos actuaron como gestores de prácticas de contención y transformación de sus dificultades. La curiosidad por conocer otros contextos me movilizó así hacia el desarrollo de formas otras de aproximarme a lo que ha sido definido como problemático o difícil.

El esquema tradicional de la psicoterapia se soporta sobre definiciones como la de Torrales y Britz (2017), para quienes se trata de:

“la relación profesional y humana de un paciente con un terapeuta experto, que utiliza determinados procedimientos psicológicos y conocimientos sobre el psiquismo, para promover el cambio psíquico, buscando aliviar un sufrimiento o favorecer el desarrollo de la persona y de sus vínculos” (Torrales y Brítez 2017, pág 158).

Hago énfasis en las palabras “experto, procedimientos, conocimientos, promover, aliviar y desarrollo” me hacen caer en cuenta de la presión y responsabilidad que la humanidad le ha entregado al psicólogo al confiar que es a través de él que se puede adaptar a las personas a los ideales que necesita la sociedad para construir el proyecto inacabado de los individuos modernos. Es claro que se necesita, según esta definición, una relación de poder que atribuya experticia y dominio al psicólogo, así como un sufrimiento explícito sobre el cual se modelen formas adaptativas de bienestar y felicidad. Sin embargo, lo que me encontré al permitir la salida del consultorio fue completamente opuesto porque implicaba el distanciamiento con lo conocido, con lo normado y llevándome a la exploración y descubrimiento de formas otras de ejercer la profesión. Las rupturas que comenzaron a vislumbrarse sobre las formas tradicionales, me aproximaron a las praxis liberadoras de las que hablaba Martín-Baró o a las potencias de la acción decolonial que espera Rivera Cusicanqui, ya que encontré que la ruta para marcar quiebres en las hegemonías está organizada sobre la posibilidad de generar acciones consensuadas con significado.

A través de las palabras de Silvia Rivera Cusicanqui (2015) recibo una invitación a transformar la forma de los encuentros desde la propuesta de la sociología de la imagen. Según la autora:

[la sociología de la imagen] supone una desfamiliarización, una toma de distancia con lo archiconocido, con la inmediatez de la rutina y el hábito. [En la sociología de la imagen el observador] observa aquello en lo que ya de hecho participa; la participación no es un instrumento al servicio de la observación sino su presupuesto, aunque se hace necesario problematizarla en su colonialismo/elitismo inconsciente. [La sociología de la imagen] considera a todas las prácticas de representación como su foco de atención (Rivera, 2015, Pág. 21).

Al promover las rupturas en las formas habituales de desarrollar el encuentro con los otros pude dar cuenta de la posibilidad del distanciamiento con lo “archiconocido” que en mi caso sería el dominio de las técnicas, instrumentos y procedimientos de la psicología hegemónica. Saqué los procesos del consultorio y esto no solo me distanció del espacio físico sino que permitió avanzar en la configuración de nuevas dinámicas en la relación con los participantes. Pude conectarme con otras realidades a las que no podría acceder desde el

espacio “seguro y cerrado” del consultorio y me aproximé a la vivencia de una real participación. No estuve afuera observando la realidad de las participantes sino que hice parte, participé. En ese contacto con el otro me acerqué a mi experiencia de subalternidad que se yuxtapone con el rol de “experto” que me ha sido adjudicado por la formación en la disciplina.

Construyendo vínculos: “Un amigo de la familia quiere ayudarnos”

Este acápite hace referencia a una ruptura que ha sido fundamental en los procesos que he acompañado y que habla de la forma como se construye una relación entre el acompañante y los sujetos participantes. De mi proceso de formación recuerdo muy bien las prescripciones que me eran dadas por los profesores sobre la importancia de mantener un grado de “distancia con los pacientes” con el fin de no generar involucramientos personales y privilegiar las miradas objetivas en defensa del estatus científico de nuestra labor y las condiciones de superioridad del psicólogo sobre las demás personas de la sociedad. Recuerdo las palabras de un docente quien insistía en que “la psicología estudia, predice y controla el comportamiento humano”, una frase que retrata la importancia de la diferenciación entre objeto y sujeto, y la búsqueda de la objetividad de la ciencia.

Una vez ingresé en el campo laboral noté la enorme dificultad para evitar que las situaciones, problemas y dilemas que atravesaban las personas me impactaran de alguna manera pues al fin y al cabo, nuestra labor se trata de un encuentro entre seres humanos y existen aspectos de la vida del otro que generan resonancia con mi propia experiencia.

Pensé entonces en abandonar poco a poco esa postura con la fortuna de ubicarme en un enfoque que de alguna manera permitía una poco más de acercamiento a las problemáticas de los otros y desde una postura autorreferencial poder reconocer que no podemos declararnos ajenos a las circunstancias difíciles que soportan las personas con las cuales trabajamos.

Pero fue en este proceso de investigación, en el que pude identificar que también me ubico en el lugar del subalterno y que eso me hace más cercano a la experiencia que viven los consultantes y que los lleva a buscar “ayuda profesional”. Desde ese lugar reconocí la importancia de dar un giro a la relación entre participantes y acompañante para permitir la construcción de vínculos más allá de la relación profesional o de la contratación como

prestador de servicios de ayuda a las personas o las familias. Y estoy seguro que mi experiencia es la misma de muchos psicólogos que encuentran, como yo, la necesidad de favorecer la construcción de una relación que se hace fuerte en la medida en que podemos reconocer que estamos vinculados con el otro y que no podemos renunciar a esa conexión mediada por las historias compartidas de sometimiento configuradas en virtud de las categorías hegemónicas del mundo moderno y que se va poniendo de manifiesto a medida que hacemos parte de la vida relatada por los participantes.

En este apartado muestro la experiencia de la construcción de vínculos, no solo desde mi perspectiva, sino desde la posición de los participantes niños, niñas, adolescentes y adultos que han confiado una parte de su existencia y que esperan que, en virtud de sentimientos y emociones, se de forma a una relación diferente, que trasciende las barreras profesionales y la ilusión de la objetividad.

Pero ¿cómo identifico que se ha construido un vínculo diferente al esperado en la relación tradicional?

Se hace difícil poder llegar a una descripción con palabras ya que se trató de una movilización interna que se fue experimentando y que tiene que ver con la posibilidad de cercanía, contacto físico, expresiones de cariño o algunas expresiones verbales. Como Alejandro de 5 años que refiere: *“No quiero que esto se acabe”*, ante un anuncio de la posibilidad de terminar nuestro proceso. O la visita inesperada de él mismo con su mamá argumentando *“Alejandro estaba loco por verte [risas]”*. Los padres refieren que la figura de Miguel se ha vuelto importante para la familia, como en el caso de los padres de Alfredo que manifiestan *“queremos agradecerte, Alfredo te cree y se abre contigo... y tú sabes tantas cosas de nuestra familia que no sé si saludarte de beso o de mano”*. La forma más profunda de los vínculos es el ingreso a la connotación de familia, es decir, cuando las personas expresan que es como si fuera de la familia es porque han identificado un vínculo muy cercano, privado, íntimo y de confianza.

Las expresiones verbales respecto a la forma como se referían a mí también fueron marcando una transformación del vínculo. En las primeras sesiones era natural escucharlos referirse a mí como *“el doctor Miguel”* pero a medida que fue transcurriendo el tiempo los consultantes generaron nuevas formas de nombrarme, como el caso de Laura de 5 años que dice *“eres el loquito”*, Pedro de 10 años que me dice *“Migue”* al igual que Alex, Diego,

John, Marcos y Ariel. Sienten que existe el permiso para un trato más cercano como Alfredo que me dice “*Miguel Eustaquio*”, “*Miguelín*” o “*Miguelucho*”, y se sintieron cómodos al percibir que no hubo sanción social que indicara que así no debían referirse a mí. Las familias comenzaron a referirse a mí como el “*amigo de la familia*”, “*Miguel*” o “*Migue*” y desde mi interpretación ese fue un indicador de cercanía, de vínculo y de permiso para acceder a nueva información o aspectos privados del mundo familiar.

Identifiqué además algunas acciones enmarcadas en la espontaneidad con la que los niños y los adolescentes se expresaron y en las que se involucraba la corporalidad, la cercanía e incluso el contacto. Los abrazos fueron la manifestación más común de los participantes en los momentos en que la emotividad les llevaba a mostrar el afecto, el aprecio o el agradecimiento. De los 18 casos aquí presentados, en 10 de ellos hubo manifestaciones de este tipo, siendo para mí una manera de hacer visible la construcción de un vínculo que trascendió lo profesional. Aquí resalto la espontaneidad de estas expresiones pues se trata de acciones que surgieron desde la necesidad de expresar por parte de los niños y jóvenes y no enmarcada en un guion preestablecido de lo que se debía hacer en el encuentro de acompañamiento.

De la mano de estas expresiones corporales espontáneas, encontré la sonrisa, las risas y los chistes que me hablaban de la cercanía y de la conexión tejida con los participantes. Permitir que se generaran expresiones casuales de este tipo, dio cuenta de la configuración de confianza en el vínculo. Adicionalmente, existieron otras expresiones que se hicieron explícitas tales como mensajes escritos o verbales, dibujos o regalos que cargaron el mensaje de agradecimiento y afecto. Es el caso del mensaje escrito por Felipe de 8 años y que habla de una continuidad en el proceso desde lo percibido por el niño.

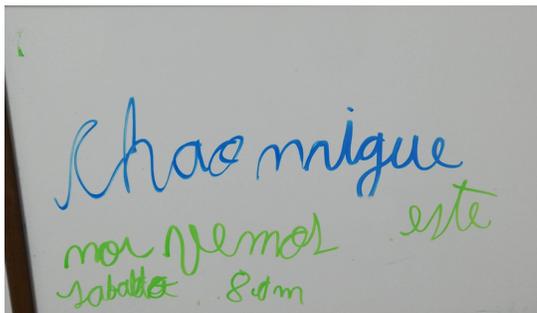


Figura 3. Mensaje de despedida de Felipe.

El espacio terapéutico así concebido no reproduce las lógicas del adultocentrismo¹⁷ sino que se abre al reconocimiento de los niños, niñas y adolescentes como agentes activos que participan en la construcción de escenarios de interacción sentidos como propios. Así, se concibe a los niños, niñas y adolescentes como sujetos expertos en sus problemas y dificultades y como seres humanos capaces de gestionarlos con lo cual me permito aproximarme a nuevas formas de comprender las categorías de infancia, adolescencia y juventud con la atribución de un mayor posicionamiento político, sobre el cual no profundizaré en este trabajo. Su voz como sujetos se abrió camino en medio de la tendencia al sometimiento de los adultos, las instituciones y los criterios de profesionales expertos, para visibilizar su condición como agentes de cambio individual y colectivo que merecen las mismas condiciones éticas y profesionales con las que se resguarda la información de los adultos. Permití así una aproximación a los quiebres de una “estructura socio-política, cultural y económica en la cual el poder es ejercido por el mundo adulto, mientras que la niñez y la juventud son sometidas a un lugar subordinado y de opresión” (Morales y Magistris, 2019; Pag. 5). La configuración de un vínculo creó un sistema de pertenencia al espacio de acompañamiento por parte de los niños, niñas y adolescentes y las posibilidades de una relación participante en la que su voz pudiera ser descolonizada como lo refiere Yezep (2018) y así escapar a las lógicas de la traducción del adulto.

Las transgresiones a lo esperado en la configuración de la relación con el participante están atravesadas por el permiso que me di de acercarme a las personas y de ingresar a los escenarios familiares, a la intimidad de las situaciones que ocurren en los hogares y a aceptar que al encontrar y construir una conexión diferente con ellos es posible ceder y cambiar la estructura jerárquica que debería marcarse desde la postura tradicional. Finalmente, como lo expresa la madre de Daniela de 16 años, “*un punto para el psicólogo*” está dado a partir de la posibilidad de articular cambios en la forma como se construyen las relaciones a lo largo

¹⁷ Me oriento aquí por las ideas de Morales y Magistris (2019) para quienes el adultocentrismo no debe hacer referencia únicamente a la centralidad de lo adulto en nuestras sociedades sino al reconocimiento del “carácter conflictivo de las relaciones entre las generaciones en tanto vínculo asimétrico que contiene y reproduce autoritarismo y desigualdad” (Pág. 4). Esta problematización aparece como un hecho político y académico necesario para la visibilización de la infancia y sus derechos.

del proceso de acompañamiento. Si bien he retratado ejemplos de los procesos adelantados con niños, niñas y adolescentes, con los adultos que participaron en los procesos el permiso para involucrarme en las dinámicas familiares y en la cotidianidad fue otorgado y de igual manera sentido como importante para el avance de los procesos. Tal como lo presento en el ejemplo planteado al inicio de este apartado, a veces las palabras no son suficientes, incluso en los adultos, para describir la magnitud de las situaciones. Así, algunos padres se valieron de recursos como los videos, las grabaciones y los mensajes digitales para dar cuenta de las experiencias que vivían más allá de las paredes del consultorio y para llevar la psicoterapia a un nivel que trasciende las dimensiones de espacio y tiempo. Ya no se trata del psicólogo con el que se conversa una vez por semana sino de una persona con la que se pueden compartir aspectos que se van presentando en el desarrollo de la cotidianidad.

La construcción de vínculos con los consultantes tuvo que ver con formas de participación en los contextos con los cuales se trabaja y con el reconocimiento del otro (niño, niña, adolescente o adulto) como un interlocutor que puede expresar sus posiciones acerca de los problemas y dilemas que le afligen y decidir sobre ellos. Me conecto con la definición de Garciandía (2008) sobre la psicoterapia como espacio de participación de las voces que construyen el nosotros, la experiencia polivocal que trae a este escenario la cultura, la historia y la experiencia subjetiva de terapeuta, consultantes y del mundo social externo (e internalizado por el sujeto a través del proceso de socialización). Una verdadera experiencia polivocal debe estar atravesada por la posibilidad de reconocer al otro, de acercarse a su experiencia y de permitir la emergencia de una conexión vincular entre los participantes. Se desiste de la pretensión psicológica de objetividad y del ideal dualista moderno que separa objeto y sujeto. El vínculo aproxima a la renuncia de la hybris del punto cero, a las condiciones asépticas, no contaminadas y objetivas del conocimiento y a la “pretensión ilustrada de colocarse como observadores imparciales del mundo” (Castro-Gómez, 2005), y en su lugar plantea una relación de involucramiento, el abandono de la búsqueda de estatus científico y de toda pretensión de control. Allí, el encuentro con los participantes toma otro orden y sentido que se conecta con lo que mostraré en el siguiente apartado.

Transformando el ejercicio del poder. “Estás invitado al matrimonio de mi mamá”

La relación tradicional está diseñada sobre la premisa de la jerarquía del dualismo psicólogo/paciente, en donde la persona que consulta se ubica desde el comienzo en la posición pasiva del subalterno que requiere de la orientación y guía de un profesional *experto* en el manejo de los problemas que le aquejan. En esta relación se respetan los límites del saber y de la profesionalización, dejando claro que el paciente “no sabe” y el terapeuta posee el conocimiento necesario para diagnosticar y tratar la problemática existente. Sin embargo, como parte de este trabajo de investigación, para mí fue fundamental permitir la transformación de esa jerarquía del saber y del hacer hacia formas otras de organización de la relación del acompañante con los participantes.

Considero que movilizar la estructura del ejercicio del poder es indispensable para dar un giro a la psicoterapia y favorecer la emergencia de las prácticas decoloniales. Esto nos lleva a repensar lo humano por ejemplo desde la performatividad de Judith Butler (2006) en la que el sujeto se produce a sí mismo, rompiendo las versiones dicotómicas o binarias que le han definido en la modernidad para permitir la emergencia de otras configuraciones que se alejan de las categorías coloniales. En ese camino, me encontré con movimientos en los lugares de la autoridad y en el posicionamiento del saber del participante, como agente experto de su propia vida rompiendo la relación dialéctica entre experto y paciente. Parto de la premisa de que nadie más sabe acerca de su vida que aquel que la vive, es decir que cualquier pretensión de conocimiento absoluto o dominio del otro por parte del psicólogo quedaría desestimada para dar lugar al conocimiento de los participantes.

La tradición psicológica ha defendido la directividad y el protagonismo del psicólogo con el objetivo de cumplir con las funciones de “evaluación, pronóstico y tratamiento de las disfunciones personales en los diferentes contextos de la vida” así como del “diseño, ejecución, dirección y control de programas de diagnóstico, evaluación e intervención psicológica en las distintas áreas de la psicología aplicada” (Ley del psicólogo en Colombia, Colpsic, 2006; Pág. 25).

Así las cosas, el punto de partida para mí, fue la visibilización y participación de las personas dentro del proceso de acompañamiento de manera que emergieran las posibilidades de agenciamiento de cada uno de los sujetos.

La mamá de Javier, por ejemplo, me dijo “¿qué le parece si hacemos un ritual de sanación en el patio de la casa de Chía? Eso podría funcionar” lo que me indicaba que en

su mente había clara una ruta hacia el punto de llegada o de cumplimiento de los objetivos, los cuales iban encaminados a la reorganización de la dinámica familiar en la que se pudieran aproximar a la reconciliación con los errores cometidos en la relación madre/hijo. Jhon, de 7 años, a las sesiones individuales llegaba con una actividad en mente e iba más allá, pensaba en un objetivo para la actividad *“hagamos una casa... hoy traeremos los muñecos... Hoy te voy a aplicar un examen de español”*. Los objetivos de su proceso estaban centrados en la búsqueda de vías alternativas de expresión de emociones y de relacionarse con el mundo, de esa manera, sus intenciones siempre giraban alrededor de la necesidad (percibida por él) de tener amigos y poder evitar los problemas que se presentaban en el colegio. En todas estas expresiones para mí fue claro que en la medida en que los participantes contaban con posibilidad de directividad sobre el proceso, podían sentirlo como propio y por lo tanto repercutiría en el compromiso con el desarrollo de este. Felipe, cuyo proceso buscaba un cambio en la manera de interactuar con sus padres, su hermano y sus amigos, o como él mismo lo definía *“cambiar mi imagen con los demás”*, afirmaba *“hoy te tengo dos preguntas... trabajaremos con el tablero... tú te encargas de manejar el tiempo”*, y cada vez que asumía un rol “importante” en las sesiones se notaba a gusto y conectado con lo que allí se estaba trabajando. Para mí como psicólogo entregar la directividad y la responsabilidad de manejo de las sesiones a los participantes, más cuando se trataba de niños, niñas o adolescentes, se constituyó en un reto, pues implicaba la ruptura de la relación jerárquica defendida por la psicología moderna y me permitía ubicarme en el lugar de un acompañante.

Transformar el ejercicio del poder pasó por la renuncia al control sobre el espacio de la sesión y aceptar así otras dinámicas que en la postura tradicional no estarían contempladas. Trabajar con la luz apagada, estar toda la sesión sentados en el piso, poder pararse sobre las sillas, trabajar sin zapatos, compartir algo de comida, ver información de las redes sociales fueron algunas de las acciones que propusieron los niños y jóvenes y que se direccionaron a rupturas en la configuración de las relaciones y que tenían que ver con los apartados anteriores ya que implicaba dar un aire diferente al espacio y permitir la configuración de vínculos. *“Hoy traje pizza”* decía Alfredo cuando llegaba a algunas sesiones con una gigantesca pizza de sus favoritas con la seguridad de que allí se podría comer mientras conversábamos o hacíamos alguna actividad. La relación se conectaba con una serie de actos aproximados a lo performativo en la medida en que rompieron las definiciones normadas del

dualismo experto/paciente, los guiones preestablecidos y movilizaron hacia procesos que involucraron el cuerpo, el espacio y el tiempo.

A pesar de una transformación en el ejercicio del poder, no se podría afirmar que se perdía el respeto, en pocas palabras, no operaba una lógica del “todo se vale” o “aquí nada importa”, por el contrario, se resignificó el escenario y se convirtió en un espacio que durante 45 minutos o una hora no era el consultorio de Miguel sino un lugar construido por quienes allí nos convocábamos para disfrutarlo y cuidarlo. De alguna forma se asumía como propio también para ellos y eso desplegaba un sentimiento de compromiso y cuidado con el espacio.

Pensando en la posibilidad de transformación del espacio, pensé en su diseño, que fuera fácil de acomodar, de limpiar y de reorganizar, en el que no existieran jerarquías demarcadas y no se diera paso a diferenciaciones desde la ubicación espacial. En la figura 4 muestro la forma como diseñé un espacio de encuentro de acompañamiento en el que se hace un juego con los colores y las similitudes de las sillas para no demarcar jerarquía alguna. No existe un “puesto fijo” para los que participamos y está abierto a la posibilidad de reorganización en cada uno de los encuentros.



Figura 4. Modelo propuesto de consultorio.

Creo que para facilitar el giro en las formas que asume el poder en la relación con los participantes es posible iniciar por la creación de espacios que permitan organizaciones variables y que sin perder la comodidad, garanticen la opción de modificación y apropiación

de los elementos. No obstante, para algunos colegas, resulta difícil entender por qué no hay un sofá, una sala, un escritorio o una ubicación diferente para el psicólogo. Ellos, leen el espacio desde las estructuras tradicionales en las que el “experto”, aún en el espacio de atención, conserva privilegios frente a las personas.

Asumir que las personas son expertas en sus propias vidas, implicó garantizar un ejercicio de escucha permanente y respeto por la palabra, sin juicios, sin prejuicios y sin desarrollar la conversación como una lista de chequeo de posibles causas del problema. Abandonar esa postura permitió la emergencia de comprensiones de cada uno de los participantes y que sintieran así que tenían clara la descripción de la problemática para encontrar entre sus saberes opciones para resolverlo. Reivindico la relevancia de las zonas de autonomía y emancipación de nuestras prácticas individuales y colectivas (Rivera Cusicanqui, 2015), aspecto que invita a la reflexividad como eje de la construcción de prácticas decoloniales, y comprendo que el psicólogo acompaña desde su visión del mundo.

Sin embargo, no se trata de un abandono del participante a su propia suerte sino la posibilidad de compaginar con otros saberes más allá del *científico*. Migrar hacia esta forma de relación contribuyó al alcance de los objetivos en cada uno de los casos pues reafirmó la capacidad de cada persona de poder lidiar con sus propias dificultades o las de sus familias y favoreció la confianza en la intuición, la impulsividad, la toma de decisiones o las estrategias “caseras”. Esto implicó un distanciamiento de las categorías modernas de *bienestar* como ausencia de crisis, problemas o dificultades, o como el logro de un estado equilibrado de salud física y mental. Aquí se trataba de permitir la redefinición del bienestar desde las perspectivas de los participantes, que en 15 de los 18 casos se relacionaron con la experiencia de **libertad y voluntad**, de la que hablé en el capítulo anterior. Al sentirse “libres”, podrían asumir el control de sus vidas y tomar distancia de las exigencias sociales, los mandatos y las jerarquías que les ponían en el lugar del subalterno; y a su vez, el ejercicio de la libertad no podría desarrollarse sin la posibilidad de tener una iniciativa reconocida por el otro y que denominaron voluntad.

Asumo que en ese camino de prácticas decoloniales es necesario comprender las diversas formas de representación de la vida, del mundo, del bienestar y de la espiritualidad que comparten diferentes comunidades, sectores o personas. Reconocer las prácticas decoloniales en el espacio de acompañamiento, es un ejercicio que pasa por la identificación

de aspectos que se yuxtaponen, que coexisten, en los procesos por parte de los participantes o el acompañante, así como por la acción reflexiva desde el supuesto lugar privilegiado de enunciación.

Por ejemplo, Javier, al tomar el control de su caso y en su afán de recuperar la relación con su mamá, toma la decisión de generar estrategias que considera que pueden funcionar: *"Ayer le dije que tratáramos de no huir y respirar hasta 10 para no colgar y solucionar los problemas en la llamada. La estoy tratando de llamar casi a diario aunque no quiera"* (Javier, 20 años). Dany, al reconocer que lo que le falta en la vida es la sensación de libertad que ha anhelado desde que era un niño reconoce que *"el control sobre mí es importante, y siento que lo pierdo... como fruto de la ansiedad que me domina... Necesito organizar mucho mi cabeza"* (Dany, 37 años). Sandra insiste en que necesita libertad y con pesar en su mirada refiere: *"Me di cuenta que nunca he sido libre, no lo soy, nunca lo fui"* (Sandra, 25 años). Y José, que asume una responsabilidad gigante sobre su proceso ligado al trabajo de bajar de peso (que ahora asume como una meta personal y no como parte de una presión social) *"la gracia de hacer trampa [romper la dieta] es disfrutarla... Hice la prueba y ya no me puedo comer 6 hamburguesas, a la segunda estoy que me vomito..."* (José, 19 años).

Entonces, romper las comprensiones del poder y el control en el espacio de acompañamiento implicó invertir la lógica de las relaciones para que pudieran escucharse las voces de los consultantes que proponían, comprendían, explicaban y actuaban frente a la solución de los dilemas que les habían llevado a solicitar el espacio. Implicó construir conjuntamente una forma de relación que privilegiaba la heterarquía por encima de las jerarquías rígidas declaradas en las versiones dualistas modernas. Sólo a través de la renuncia se podría generar un espacio para la visibilización del saber otro.

Al encontrarme con la idea de "Libertad y voluntad" me remito a las propuestas de Ignacio Martín Baró, psicólogo español radicado en El Salvador, quien propuso la psicología de la liberación cuya premisa fundamental fue la configuración de psicologías contextualizadas y con compromiso político para América Latina (Martín-Baró 1998). Es decir, psicologías comunitarias con énfasis en la transformación social y el uso de métodos participativos (Burton, 2004) y psicologías con prácticas que emergen del pueblo y con el pueblo (Utrilla, 2015). Encontrarme con que los participantes quiebran el ideal de bienestar

y felicidad de la modernidad y nombran la libertad como un conjunto de experiencias que pueden llegar a construir para desanclarse de las expectativas sociales, me llevó a cuestionarme sobre la forma en que la psicología ha contribuido al mantenimiento de ese orden social en el que el fin único de la vida es una idea generalizada de bienestar. Rastreo la noción de prácticas liberadoras y me encuentro que para Calviño (2015) son entendidas como las acciones que ayudan a “develar aquellos dispositivos ideológicos que hacen del conocimiento otra forma más de sometimiento y control” y en ese sentido, de la mano de la psicología de la liberación de Martín-Baró, los psicólogos estaríamos llamados a pasar del activismo y la queja a “comprender plenamente las condiciones de existencia material, psicológica y espiritual de nuestros pueblos” (Barrero, 2015, Pág. 19), que debe ser diferente de la promulgada por el proyecto de la modernidad.

Identificar las prácticas y los saberes del otro para que se hagan visibles y partícipes de la construcción del espacio de acompañamiento permitirá que se estructure un valioso diálogo polivocal de saberes, que como nuestro en el siguiente apartado tienen un carácter explicativo, crítico y comprensivo del funcionamiento de las relaciones y los dilemas humanos.

“La metamorfosis” de la doxa. Formas alternativas de los diagnósticos desde los saberes otros.

Ricardo fue un compañero de mi época de estudios en la Universidad. Al escribir este apartado recordé una experiencia que ocurrió con él en la presentación de un examen de la carrera, en la materia de psicopatología. La clave de la asignatura era poder hacer diagnósticos con precisión y tener la capacidad de establecer el diagnóstico diferencial de los casos que se nos presentaban. En el examen, nos presentaron un caso de trastorno por conversión con algunos elementos que podrían configurar la fase maniaca de algún trastorno afectivo. El caso era largo y detallado. La profesora, indignada al finalizar la presentación del examen, puso en evidencia lo que llamó una falta de respeto y una provocación para la psicología. Llamó a Ricardo al frente y delante de todo el grupo leyó su respuesta ante la pregunta por el diagnóstico: Chiripiorca, escribió él. Hoy para mí, en medio de esta investigación, su respuesta tiene un total sentido y su acción me resulta valiente y trasgresora.

Así como Ricardo usó una categoría no científica, pero conocida por todos los colombianos, en el desarrollo de los casos de esta investigación surgieron explicaciones desde los saberes de los participantes que conectan con categorías populares o con creaciones metafóricas alrededor de los problemas o dilemas humanos. En este apartado presento algunas de las expresiones utilizadas por los consultantes para referirse de manera explicativa a sus problemas y que denomino formas diagnósticas desde la doxa.

Veamos las características que identifiqué a partir de los relatos de los participantes para estas formas de explicaciones diagnósticas hechas desde el saber de cada una de las personas.

En primer lugar las expresiones cuentan con una *dimensión histórica* que hace referencia a la configuración de la problemática a lo largo de los diferentes momentos vitales por los que ha atravesado la persona. En ese sentido, no se ubican en el síntoma presente sino que a través de ellos es posible hacer un viaje en el tiempo en el que se conectan diferentes momentos de la vida de cada uno. Sandra de 25 años, por ejemplo, definió su problemática desde la categoría “**niña rara**”. Fue una categoría con un componente histórico que dio cuenta de una construcción que se había dado a través del tiempo y que retrataba la forma como se mostraba en su vida adulta. Haber sido y seguir siendo la “niña rara” le permitía explicar lo que ocurría y que le hacía diferente de las demás personas de su edad “*no socializo, fui la hija bastarda y triste, solitaria... así sigo siendo*”.

En segundo lugar, las construcciones explicativas desde la doxa *son dinámicas* y no operan como etiquetas fijas incambiables en el tiempo. Son formas de hablar de sí mismo en un momento particular de la vida y están sujetas a ser transformadas con el paso del tiempo. Son movilizantes y no se adhieren a la personalidad o a los procesos de identificación como algo que no se pueda transformar. Pedro de 10 años indicaba en varias ocasiones “*soy el esclavo de mis papás y de mis profesores*” como expresión explicativa de lo que le estaba pasando. Una circunstancia que asumió de manera temporal por ser aún un niño pero que a la vez daba cuenta del profundo malestar al encontrarse en el lugar limitado y poco favorecido de inferioridad jerárquica.

Otra característica de esta forma de diagnósticos es su fundamentación en la *experiencia* de cada persona. Surgen de la vivencia personal y de manera reflexiva constituyen marcos de sentido para las situaciones que se presentan. Pueden dar cuenta de

asociaciones causales en sí mismas así como procesos de potencia del sujeto pues lo asumen como maneras de aprendizaje. Daniela por ejemplo refería que la vida “*es una obra de teatro, y yo actúo, hago caras, me río...*”; Jimmy manifestaba al referirse a sus papás “*Ellos me tratan como un niño o como si estuviera loco*”; y Jhon comentaba: “*Mi papá se fue a China y desde ese día no me gusta hablar de emociones*”. La forma como se describe la experiencia por parte de las personas puede ser suficiente para comprender lo que les está pasando y no se hace necesario entrar en interpretaciones o en traducciones del saber.

Los diagnósticos desde la doxa condensan muchas dimensiones de la vida de las personas en una sola expresión. Así, no fragmentan al ser humano en lo afectivo, lo cognitivo o lo social, sino que ofrecen versiones integradoras del comportamiento, la emoción y las relaciones. Además, encierran en una frase múltiples experiencias, voces e interpretaciones de las situaciones. Dany por ejemplo, refería: “*fui un niño muy consentido y me ha tocado una vida más fácil, soy **voluntarioso** y cuando las cosas cambian me desestabilizo... a veces pienso que puede que sea una mala persona en el fondo... he reprimido muchas emociones negativas pero soy una muy buena persona, soy un **merengue***”. Existe una conexión profunda que hace que estas explicaciones sean fácilmente comprendidas porque utilizan palabras que hemos escuchado en nuestras familias o en nuestras regiones y que hace parte de lo que denomino saber colectivo que se constituye en otra características de estos diagnósticos. Hace referencia a los saberes compartidos por un grupo de personas, una región o una cultura, y que son de fácil comprensión porque hemos tenido contacto con ellos aunque no los usemos en escenarios formales. La palabra “**pataleta**” por ejemplo, utilizada por 6 de las madres consultantes se convierte en un referente que todos comprendemos o la palabra “**chiripiorca**” usada por mi compañero de la universidad y por una psicóloga de un colegio para referirse al comportamiento de un niño. Son palabras que no hay que explicar porque se encuentran inscritas en el entramado social y hacen parte del conocimiento colectivo.

Una característica adicional es que estos diagnósticos se configuran como metáforas de los síntomas brindando una transformación figurativa de lo que concretamente puede ser identificado como evidencias de un problema. La metáfora permite que sea más fácil aceptar el malestar y comprender su relación con las dificultades que se presentan. Así José afirmaba:

“Lo que vivo es una *metamorfosis*”; Sandra decía: “Soy una *Lola* todo el tiempo” y Felipe comentaba: “Soy una *taza* que se rompió”.¹⁸

Finalmente, puedo afirmar que los diagnósticos desde la doxa tienen una alta *fuerza explicativa en sí*. Parece que no requieren interpretación ni confrontación, simplemente en la expresión encierran el poder de conectar con nuestras estructuras del saber colectivo por lo que no se hace necesario ir más allá. Para los participantes, encontrar la forma de describir con sus propias palabras lo que les pasa, es la mejor manera para integrar su conocimiento sobre sí mismos en el proceso.

A través de la revisión de las formas diversas como los participantes pueden generar explicaciones “diagnósticas” a sus dificultades desde la perspectiva de otros saberes, concluyo que la vigencia en nuestro contexto de las explicaciones desde la doxa no se puede negar y no puede quedar excluida de los espacios de acompañamiento. La metamorfosis de la doxa hace referencia al reconocimiento de las características que puede tener el narrar las dificultades desde allí y coincidir con ideas diagnósticas que tienen origen en otras raíces culturales que se distancian profundamente de las vertientes científicas modernas. En la figura 5 presento las características de las narraciones diagnósticas desde la doxa, sin la pretensión de generar conceptualizaciones rígidas y convencido que además de estas características existen muchas más que solo podrán ser visibles en la medida en que cada encuentro se convierta en un verdadero diálogo de saberes.

¹⁸ En los casos acompañados me encontré con categorías que no resultaban ajenas a mi historia y a mis saberes, sin embargo, podría darse el caso en que los saberes de los consultantes no se sincronicen con el saber propio del psicólogo y se requiera de un aprendizaje de las formas explicativas del otro. En ese caso, se hará visible la multiplicidad de direcciones que se tejen en un diálogo de saberes de diferente procedencia.



Figura 5. Comprensiones diagnósticas desde la doxa.

No existen las certezas ni los consensos universales sobre la forma como se deben presentar o nominar las dificultades de los seres humanos, por el contrario, la doxa cobra sentido explicativo en la medida en que es incorporada a la experiencia vital y reconocida como parte de la condición humana.

Orellano y González (2015) hacen una invitación a la construcción de un diálogo de saberes como parte de un compromiso de humanización a lo que sumo lo propuesto por Parra y Galindo (2019) quienes refieren que “no es posible medir un saber con la medida de otro saber” es decir que no hay uno mayor o mejor que otro. El reto de la construcción de un diálogo de saberes se construye más allá de incorporar los saberes ancestrales o populares (Hasen, 2012; Vallejo, 2006). Habría que abandonar la idea de homologación, traducción o sustitución de saberes y pensar más en términos de yuxtaposiciones de saberes apelando, según Becerra (2017) a la historización de nuestra disciplina en el marco poscolonial. Una clave para repensar la psicología y a nosotros mismos dentro de la psicología según Pinto, García, Rodríguez y Méndez (2016) es acudir a la reflexividad como personas y como psicólogos, aspecto circunscrito en las propuestas decoloniales.

Al permitir la visibilización de otros saberes y conversar con ellos, se interpela la estructura de la modernidad. Para Dussel (2001) la modernidad “aparece cuando Europa se

autoafirma como el “centro” de una Historia Mundo que ella inaugura; la periferia que rodea este centro es, consecuentemente, parte de esta autodefinición” (Pág. 57). La periferia queda en el lugar del subalterno y entra en el juego de la falacia del desarrollismo según la cual se piensa que “el patrón del moderno desarrollo europeo debe ser seguido unilateralmente por toda otra cultura” (Pág. 60), casi que en perspectiva evolucionista. En el lugar de ese desarrollismo queda incluida la nosología psicopatológica moderna que se soporta y difunde a través de la hegemonía normalizadora institucional de la APA y la OMS y los sistemas de clasificación universal CIE-10 (OMS, 2016) o DSM-V (APA, 2017) que niegan de nuevo el saber local sobre el comportamiento, la enfermedad o el bienestar. Se suma a la idea de modernidad como relación centro/periferia, las pistas que plantea Illouz (2007) sobre el papel del psicólogo moderno en la construcción de la idea de bienestar desde “la capacidad de lograr formas social e históricamente situadas de felicidad” (Pág. 159) que se construyen desde la condición de autorrealización del ser humano. La periferia, el subalterno, conseguirán el bienestar en la medida en que puedan tener la experiencia de estar en el centro, o como lo dice Fanon, en el lugar del colonizador.

Aquí la reflexividad se constituye en la herramienta para que participantes y acompañante podamos dar cuenta de la mixtura de saberes que nos configura, quebrando la tendencia a la predilección que tenemos por aquellos que han sido catalogados como científicos, disciplinares o universales, y poder conectarnos con los saberes provenientes de nuestra experiencia de vida, que tiene puntos de coincidencia al tener raíces compartidas.

Buscando explicaciones en otras perspectivas: “Le pido a Diosito que me ayude a calmarme”

Este apartado hace alusión a las explicaciones que ubico en un punto intermedio entre la doxa y el saber científico. Decidí llamarlo como el conocimiento de otros expertos a los que los participantes acudieron para permitirse aproximaciones explicativas a lo que les pasaba. El mundo actual ofrece un gran número de alternativas a las que se puede acudir para encontrar respuestas a las necesidades que se nos presentan. Es este tipo de conocimiento el que aparece en los relatos de las personas que asistieron a los procesos de acompañamiento dentro de esta investigación.

Inicio por hablar de un referente explicativo bastante fuerte en esta época y que pareciera que tiene vida propia, credibilidad y experticia en lo que tiene para decir. Se trata del buscador de información en la web Google, que es reportado por 15 de los 18 participantes como una fuente de saber bastante efectiva a la hora de querer encontrar respuestas a las preguntas sobre sus problemas. Allí se encuentra desde información de expertos de diferentes disciplinas hasta conocimientos que se ubican tal vez en el lugar de la doxa y otros saberes, pero que en cualquiera de los casos permite la equiparación de la fuente de información y por lo tanto representa para las personas una opción creíble y viable para resolver sus dudas.

Una segunda fuente de información se encuentra en los amigos y la red de apoyo social. A través de la experiencia compartida, las personas encontraron orientaciones sobre los problemas y los pasos a seguir para hallar la solución a sus dificultades. Eso sí, dependiendo de la fuerza del vínculo se hace más creíble la información que se recibe por parte de los amigos. En los casos que asistieron a psicoterapia se encuentra que para la totalidad de ellos, una de las primeras acciones a las que recurrieron cuando se encontraban frente a un dilema fue consultarlo con el grupo de pares o amigos para definir el camino a seguir.

En tercer lugar encontré que la astrología ofrece una gran variedad de explicaciones para las personas con la característica de inmediatez y veracidad que están buscando. Mucho se habla de los procesos de sugestión que se encuentran detrás de la lectura del tarot, el horóscopo o la carta astral, no obstante se configura como un efectivo recurso de ayuda para las personas ya que les marca la ruta “segura” de lo que deberían hacer ante la premisa del determinismo universal. Diez de los consultantes acudieron a este tipo de procesos explicativos para poder tomar decisiones, pero me llama la atención que pareciera de todas formas mantenerse un ligero sentimiento de culpa ya que se considera fuera del campo científico e incluso moral. Se asume que son prácticas oscuras que “no deberían hacerse”. *“No quería creerlo, pero al final uno cree en esas cosas”* refirió Dany al hablar de su experiencia con este tipo de técnicas de apoyo.

Una explicación bastante fuerte se encuentra en la religión. Aunque no todas las familias se declararon practicantes activas de una religión, algunas como la familia de Jhon indicaban que *“se busca la espiritualidad pero no practicamos una religión”*. Sin embargo, al haber nacido en núcleos familiares católicos, y al ser el catolicismo la religión con mayor

fuerza practicante en Colombia, se hace a veces difícil desprenderse de ideas que fueron instauradas en nosotros alrededor de las concepciones del pecado, la creación, la moral, los mandamientos o los rituales que encierra la religión católica. Y es desde allí desde donde surgen explicaciones y rutas de acción para la solución de los dilemas. La madre de Matías me regaló una medalla de San Miguel al inicio del proceso para tener garantía de que *“Dios nos bendice”*, los padres de Jimmy lo llevaban a hablar con sacerdotes para que le orientaran un poco; la madre de Alex acudía a la iglesia los días de la consulta para pedir claridad sobre sus ideas. Esto sumado a otras actividades como los retiros de Emaús o los rituales en casa con agua bendita. Estas acciones las expresaban dentro del espacio de conversación como complemento de las reflexiones que surgían a lo largo de nuestros encuentros. Cuando se agota la credibilidad en la capacidad de agenciamiento o voluntad del ser humano, las explicaciones religiosas se ubican en un lugar privilegiado que puede ayudar a la movilización o limitar la posibilidad de cambio, por ejemplo Eric de 5 años afirmaba *“comportamiento para calmarme y pedirle a diosito que me ayude a calmarme”*.

Pero así como hay rituales y creencias validados por la religión, se encuentran saberes que se ubican al otro extremo, en el lugar de lo “oscuro, del pecado y de lo mundano”. Es el caso de las brujas, los adivinos o las yerbas. Los participantes asociaron estos saberes con la herencia de los esclavos y las comunidades negras. Sin embargo, hay que reconocer que también han estado presentes en la configuración de nuestro mestizaje de saberes. La madre de Diego, cual secreto de confesión me comentaba sobre sus baños con ruda mientras sentía una profunda vergüenza pues *“¡qué tal, yo creyendo en eso!”*. Y su cuestionamiento hacia sí misma tenía sentido en la medida en que su clase social y su nivel académico serían suficientes fuentes coloniales para distanciarse de otros saberes, pero sorprende ver que no era así y que aquí se expresaba una forma bonita de yuxtaposición entre lo que nos inculcaron sobre las explicaciones de Dios y las explicaciones del mundo.

Finalmente, me encontré con otra fuerte fuente de explicación en nuestra época que son las redes sociales. El auge de las redes sociales y la virtualización de nuestras dinámicas nos lleva a ubicar todo tipo de información de la mano de los nuevos expertos: los influencers, gamers, youtubers, tuiteros e instagramers. Todos se encuentran en un nivel de credibilidad muy alto y por supuesto cuentan con una enorme audiencia de diferentes edades, clases sociales o razas. Se constituyen en una fuente para niños, jóvenes y adultos con contenidos

ligeros, pero que logran conectar muy bien con lo humano. Así, Dany, Jimmy, Felipe, Alejandro, Laura, Jorge, Jaime, Pedro, Marcos, Alfredo, Daniela, Ariel y Jhon los refirieron como sus grandes consejeros y de la mano de ellos aprendí sobre las dinámicas de contenido que se mueven en las redes y que marcan la pauta para la comprensión de la generación en la que vivimos. Hay todo tipo de personajes en las redes, ofreciendo información, técnicas, respuestas y orientaciones a todo tipo de público. Ese mundo virtual que es un lugar en el que hay que estar y del que hay que saber.

Estas fuentes del saber existen en el mundo y en la vida de los participantes y colaboran en la construcción de referentes de comprensión del mundo y aquí me surge la pregunta sobre ¿cómo integrar elementos del mundo de las personas y que atraviesan sus marcos de significado al proceso de acompañamiento hacia el desmonte de las categorías hegemónicas alrededor de lo normal y lo anormal? Considero que las fuentes están ahí para ser consultadas y hacen parte de la mixtura del saber que nos constituye como sujetos, nuestros saberes no están escindidos y nuestra configuración cultural no puede ser separada de otras experiencias de vida. Silvia Rivera Cusicanqui (2010) habla de la categoría Aymara de *ch'ixi* para referirse a aquello que está yuxtapuesto, las diferentes realidades que coexisten en nuestras culturas y que permitirán el reconocimiento de las estructuras de relaciones sociales entre grupos culturales heterogéneos. Se trata de reconocer lo que se yuxtapone en nuestra historia, en nuestro presente y en nuestra subjetividad y de aceptar que contamos con una herencia colonial en un mundo globalizado, que puede ser integrada a las vivencias y experiencias que tenemos en el intercambio social desde otros contextos y tiempos. En estas otras fuentes de saber hay múltiples perspectivas que nos acercan a la infinita borrosidad que se instaura entre las polaridades de lo bueno y lo malo, lo normal y lo anormal.

El lugar del cuerpo.

En el proceso de identificación de las prácticas decoloniales en la psicoterapia me surgió la pregunta por el lugar del cuerpo al que considero vehículo y herramienta para los procesos de cambio. A partir del trabajo con los participantes surgieron comprensiones interesantes sobre las formas que adquiere el cuerpo, los significados que guarda y lo que puede expresar más allá de las palabras. Si asumo que las prácticas decoloniales deben trascender la palabra y las expresiones tradicionales en los encuentros de acompañamiento,

es indispensable pensar en el cuerpo como una forma de trasgresión de lo tradicional así como una ruta para la formulación de formas comprensivas de los dilemas humanos. A través del cuerpo se crean nuevas formas de conexión que aún no alcanzan a ser descritas por las técnicas tradicionales y que cobraron sentido en el contexto y tiempo particular de cada sesión. No se pueden universalizar ni traducir al lenguaje técnico de la profesión, mucho menos implementar como parte del guion de *intervención*, son manifestaciones espontáneas.

El primer elemento que identifiqué al hablar de la corporalidad de los sujetos fue el gesto. Me ubico en la perspectiva de que todo acto corporal comunica y que en todo gesto se encierra un significado. Agregó, a partir de lo encontrado en los casos, que es a través del cuerpo como se puede acceder a formas de vinculación con el otro que van más allá de la conversación y de las interpretaciones tradicionales. El sujeto inventa técnicas a través del cuerpo y son sus gestos los que muestran las construcciones de lo no explícito, lo que no puede ser evidente a través de las palabras.

Laura, de 5 años, juega frente a mí sin pronunciar palabras, sólo explora con su rostro todas las posibilidades de gestos y muecas buscando desde allí conectarse conmigo. Sus manos completamente untadas de miel que ha puesto sobre los nuggets que come. Me mira, levanta sus cejas, tuerce su boca, saca la lengua, cierra y abre los ojos, infla sus mejillas, juega con su cara durante 5 minutos, sin hablar. Alejandro, de 5 años, se para frente a mí, se acerca y comienza a hacer gestos con su cara buscando que yo sea una especie de espejo. Suelta enormes carcajadas cuando trato de imitar sus muecas sin el mejor resultado. Pedro de 10 años, cierra los ojos y se deja caer sobre la silla. Hace muchas muecas con su cara pasando por lo que él llama “mis emociones”. No hay palabras, solo ruidos que interrumpe cuando por algunos segundos abre sus ojos para verificar que aún lo observo. Sus manos suben y bajan por su cara. “¿Qué me quieres decir?” le pregunto. Su cara agudiza los gestos sin que haya palabra que me explique su mensaje. Intento adivinar sin conseguir acertar, parece que no hay palabras que puedan acceder a la dimensión explicativa de sus gestos. Alfredo de 16 años, se acuesta en el piso y simula estar dormido. Pasa un tiempo y abre sus ojos, y sin hablar, comienza a hacer gestos y muecas exageradas. “¿Te asusté?” pregunto. No me responde, cierra los ojos y sigue haciendo muecas que acompaña de un

movimiento de su cuerpo hasta ubicarse en posición fetal. Yo simplemente observo lo que ellos hacen... (De mi diario de campo. Marzo 11 de 2020).

Intentar poner el gesto o las muecas de estos niños o jóvenes en una dimensión explicativa, experta, desde la palabra me resulta imposible. Tal vez porque el alcance de la teoría no llega a entender esos códigos que se construyen con la fuerza que tiene el gesto o porque como adultos hemos perdido la capacidad de conectarnos con todo aquello que no está en el terreno de la palabra. No pretendo ofrecer una explicación de lo que significan estos gestos o de la forma como deberían incorporarse para la construcción de formas de vinculación. Lo decolonial en los diálogos desde la subalternidad alude a lo espontáneo, lo no planeado, lo que simplemente surge y se expresa sin una intención manifiesta.

Los adultos acompañan el gesto de la palabra y la palabra del gesto, los niños y jóvenes pueden pasar minutos y minutos sin usar las palabras, permitiendo que su cuerpo y la riqueza de sus facciones expresen contenidos que solo ocasionalmente logramos descifrar. Y de la mano del gesto están otras expresiones corporales que resultaron muy significativas para mí a lo largo de estos procesos: la risa y el llanto.

¿Qué puede ser más expresivo que las palabras si no es la risa y el llanto? Dos manifestaciones que nos conectan con lo profundamente humano y que relacionamos con las emociones o los sentimientos. El llanto tiene un carácter más privado, la risa un carácter más social. Son formas de expresión que nos conectan con el otro y que fortalecen el vínculo que se crea con las personas significativas de nuestra vida.

Puedo afirmar que en todos los 18 casos presentados hubo momentos de llanto en las sesiones. Un llanto que no necesitaba acompañarse de palabras, que simplemente fluyó y liberó un cúmulo de emociones que se expresaban en la relación conmigo. Puede estar asociado a muchas emociones como tristeza, miedo, frustración, rabia, sorpresa o alegría. Y sin importar la emoción que lo provoque, es una hermosa forma de expresión del cuerpo. El cuerpo que materializa en lágrimas lo subjetivo y lo abstracto; que deja que niños y adultos expresen lo que sienten. En el espacio de acompañamiento el llanto no me asustó, al contrario, me conmovió y no intenté bloquearlo o calmarlo. Lo valoré como una conexión con la intimidad y como una forma humana de sentir.

De otro lado está la risa. En los 18 casos hubo momentos de risas, de esas que contagian y que conectan con profundas emociones. Fue un reto para mí permitirme reír en la sesión

sin que esto amenazara la “seriedad” del encuentro. Las sesiones no deben cargarse de formalismo y solemnidad, debe ser un espacio libre y fluir para que se pueda disfrutar por todos los que participan en ellas. Ese es el sentido de la risa en las sesiones, marcar direcciones para disfrutar lo que se hace, lo que se habla y las formas que asume la conversación o el juego.

“No sé qué pasa allá adentro pero sólo la escucho reír” dice la madre de Laura; “Escuché las carcajadas” refiere la madre de Alejandro; “Contigo es otro, se ve muy feliz” reporta la madre de Jhon.

Como sea, parece que la risa generó tranquilidad para las personas, especialmente para los padres de los niños con los que se trabajó, quienes calmaron la expectativa por el espacio de acompañamiento al descubrir que se trataba de un momento de disfrute y que estaba cargado de manifestaciones corporales de seguridad donde la risa era una de ellas.

Identifiqué un tercer elemento de la corporalidad que es la proxemia, es decir el grado de cercanía/alejamiento que se maneja con el cuerpo en la interacción con el otro. En el espacio de acompañamiento, especialmente con niños y adolescentes, se rompieron los esquemas de la terapia tradicional al permitir aproximaciones más cercanas. Algunos enfoques como el Gestalt, humanista o sistémico ya han hablado de la importancia del contacto y de contar con permisos para que haya aproximaciones al cuerpo del otro. Sin embargo, aquí identifiqué que la diferencia está dada por la espontaneidad de la aproximación, es decir, el contacto no se encuentra enmarcado en una técnica sino que hace parte de las construcciones voluntarias y espontáneas del desarrollo de cada sesión.

Así las cosas, encuentro que la distribución del espacio físico favorece el juego de las aproximaciones corporales, dando paso a momentos en los cuales las sillas pueden estar una junto a la otra e incluso con algunos niños compartiendo la misma silla. Al existir también un vínculo cercano y fuerte con los participantes se habilitan posibilidades de abrazos y contacto cercano. Es un permiso concreto de acercamiento al espacio considerado privado, el espacio del cuerpo, con el fin de experimentar sensaciones y conexiones que facilitan o complementan la expresión de lo verbal.

Los abrazos son esenciales en el desarrollo de la sesión. Jhon, quien muchas veces ha referido no querer hablar de emociones, ha ido mostrando el proceso de cambio en la medida en que sus aproximaciones corporales son más cercanas. Para mí se ha

convertido en un especial indicador de “avance hacia los objetivos del proceso [enmarcados en el logro de su expresividad emocional espontánea]” pues aunque ha sido claro en no hablar de las emociones, no se niega a la posibilidad de experimentarlas y expresarlas a través del cuerpo. La madre se muestra sorprendida cuando al cierre de la sesión él se despidió con un abrazo. Ocurre algo parecido con Alex, quien al terminar la sesión me dio un beso en la mejilla y se despidió. Su mamá dijo “te quiere mucho, habla de ti”, algo que más allá de lo satisfactorio por la construcción del vínculo, da cuenta de la forma como el cuerpo y el contacto expresan. Es difícil a veces enmarcar estas manifestaciones afectivas en la lógica del vínculo terapéutico, y me suenan ideas tradicionales relacionadas con el género, con la distancia o con la objetividad que se debe mantener con los casos intervenidos. Dany, de 37 años, se acerca y me abraza mientras dice “Gracias Miguel, hablar con usted me ayuda mucho”. (De mi diario de campo. Febrero 21 de 2020).

Utilizar el cuerpo y el manejo de la distancia corporal dentro de las sesiones me ha permitido además construir formas para que los consultantes utilicen más este recurso con las personas que les rodean. El contacto físico calma, contiene y comunica. Esta es una tesis que he empezado a manejar a la hora de dar prescripciones a los niños, jóvenes y adultos para hacer en los otros contextos en los cuales se desempeñan. “No me nace acercarme, abrazarla menos” refirió Javier de 20 años al hablar sobre la relación con su mamá y su negativa a cumplir con una prescripción, sin embargo, el terreno poco a poco se va preparando para que el cuerpo pueda expresar lo que se siente sin que deba existir un filtro cognitivo que justifique las acciones. De esta manera, el manejo de la distancia lo identifiqué como otra posibilidad de deconstrucción de las formas tradicionales de la psicoterapia.

Ahora bien, en los casos encontré un elevado privilegio del movimiento. Las sesiones se caracterizaron por la posibilidad de romper la rigidez de la conversación tradicional y permitir las acomodaciones corporales y la exploración de los movimientos y las posturas. Puede decirse que se trató de sesiones dinámicas y con diferentes planos de acomodación más allá de las posturas tradicionales de sentarse frente a frente o mantener la rigidez corporal. Esto fluyó de manera que los niños y adolescentes fueron marcando la forma de la ubicación corporal en el escenario de acompañamiento y se configuraron otras formas de interactuar. Por ejemplo, con Jhon de 7 años, hablar mientras ambos caminábamos por el

espacio en diferentes direcciones sin mantener un foco visual uno en el otro, o Alfredo o Pedro que preferían acostarse en el piso y desde allí conversar mirándome o posando su mirada sobre techo. ¿Por qué no habría de permitirse este tipo de acomodaciones si se trata de que los participantes se apropien de su espacio? Creo que la percepción de la experiencia de libertad pasa por la posibilidad de moverse en el espacio de la manera que prefieran y se puedan romper los esquemas. Eso marcaría la diferencia con algunas exigencias sobre el control corporal y postural que se aprecian en las aulas de clase, en las casas con sus familias o en espacios públicos como almacenes e iglesias. Aquí es diferente y desde la exploración del espacio a través del cuerpo, veo rupturas, quiebres y propuestas alternas a las propuestas tradicionales.

Finalmente, pienso en la forma como se articulan los ejercicios de conciencia corporal y de reconocimiento de las posibilidades que tenemos de trabajar con y sobre el cuerpo. Independientemente del dilema o el problema que nos convocara en los casos abordados hubo espacio para pensar en la conciencia corporal a través de la respiración y el manejo del movimiento. Esto se evidenció en acciones propuestas por los niños y adolescentes sobre nuevas formas de respirar como las que planteó Pedro al cerrar los ojos y hacer un movimiento acelerado en la medida que su respiración se hacía lenta; o Felipe que alternaba gestos con su respiración profunda; o Laura que hacía infinitas acomodaciones de su cuerpo mientras centraba su mirada en un punto y respiraba con profundidad. Cada persona tenía sus formas de conectarse con la corporalidad y de hacer conciencia de la totalidad de sensaciones que atravesaban su cuerpo. Y las trajeron a las sesiones por medio de enseñanzas hacia mí de lo que significa “controlar el cuerpo”. Alex dijo en una sesión *“mi pierna parece que se mueve sola, pero en realidad yo la controlo [risas]”*. Y es que a través de la sensación de control voluntario sobre el cuerpo se accede a la posibilidad de mantener el control de las acciones, de los contextos y de la libertad.

El cuerpo es el vehículo por medio del cual se interactúa y se transforma el contexto. Nos apropiamos de nuestra corporalidad en la medida en que podemos usar el cuerpo para transitar por los espacios que frecuentamos y desde allí modificarlos acorde con nuestros intereses.

Ahora bien, ¿cómo conecto entonces estas rupturas de la psicoterapia tradicional con la emergencia de prácticas decoloniales? Descubrí que en la medida en que se presentan

queiebres a las formas tradicionales de enmarcar el acompañamiento, comienza a configurarse un espacio diferente que se distancia de los mandatos de la tradición moderna. Las categorías sobre las cuales ha sido construida la *psicoterapia* nos remiten a visiones dicotómicas de un sujeto que se debate entre polaridades semánticas de salud/enfermedad, normalidad/anormalidad, bienestar/malestar, bueno/malo y muchas otras, que comencé a ver debilitadas en el momento en que las personas podían apropiarse del espacio, de la conversación, de la direccionalidad, de la expresión del cuerpo, del movimiento en el encuentro de cada sesión. Se redefine el marco de referencia según el cual están allí por estar enfermos o distanciados de la normalidad esperada por la sociedad. El principal objetivo de este espacio no estuvo dado por la promesa de un cambio sino por la conexión de los sujetos con el otro en el que se reflejan estableciendo una relación atravesada por la cotidianidad. Es decir, se incorpora la experiencia de la sesión como parte de una experiencia del ser, en el que no se parte de la necesidad o la carencia sino del deseo de experimentar la libertad. Para los niños, niñas y adolescentes fue mucho más fácil reconocer el espacio desde una perspectiva diferente y significarlo como un encuentro integrado a la vida, seguramente porque sus construcciones aún no se encuentran inmersas en el entramado de significados sociales y culturales con el que se ha encontrado el adulto. Los niños, niñas y adolescentes fueron más susceptibles de conectarse con experiencias de libertad que ya han sido arrebatadas a los adultos en el proceso de adoctrinamiento por el que han sido atravesadas sus vidas. El cuerpo libre es el cuerpo del niño y la niña mientras que el adulto muestra mayor resistencia a dejarse llevar por el impulso de la expresión corporal. Por ejemplo, es común que el adulto se disculpara conmigo por llorar, o por reír, o por tener un impulso de darme un abrazo. ¿En qué momento perdemos la posibilidad de tener expresiones espontáneas y caemos en la regulación absoluta de nuestro comportamiento? Es claro pues, que en el diálogo de saberes que propongo, no sólo se convoca el saber del adulto sino que se pone especial atención al saber de niños, niñas y adolescentes, formas mágicas, fantasiosas e ingenuas de explicar el mundo, formas de las cuales estamos llamados a aprender para poder escapar a las dicotomías en las que fuimos formados y desde las cuales hacemos las lecturas del mundo.

De palabras no traducidas e imágenes no interpretadas.

La *psicoterapia tradicional* cuenta con un sinnúmero de técnicas que se soportan en teorías sobre la expresión de los seres humanos a través de múltiples vías como las imágenes, las palabras, los gestos, los actos inconscientes, la secuencia de acciones o los pensamientos. Cualquier enfoque de la psicoterapia acude a las técnicas para aventurarse a conocer la profundidad del ser humano y para conectar las hipótesis que rigen los procesos con hechos fácticos y evidencias que se encuentran en las elaboraciones de las personas a través del lenguaje.

El rol del psicólogo tradicional se encamina a develar lo que se esconde detrás del lenguaje en sus variadas manifestaciones, sin embargo, en la realización de esta investigación descubrí que hay palabras que no esperan ser traducidas al lenguaje científico o ajustadas a las necesidades de cada proceso de acompañamiento y que hay imágenes que no han surgido para ser interpretadas sino que ofrecen, como lo ha dicho Silvia Rivera Cusicanqui (2015) “perspectivas de comprensión crítica de la realidad”. Partiendo del objetivo de comprender un espacio de acompañamiento en perspectiva decolonial como una ruptura de los modelos hegemónicos y como un quiebre en las estructuras modernas del sujeto, entiendo a la palabra y a la imagen como formas de denuncia del sujeto y como material que permite navegar en el intervalo que se crea entre las polaridades de lo normal y lo anormal. Así, la imagen se organiza como una condensación de los sentidos del sujeto y retrata su realidad, subjetiva y compleja, perdurando en el tiempo.

Con las palabras en la psicoterapia tradicional ocurre algo similar que con la imagen ya que se asume desde la perspectiva tradicional que hay componentes que esperan ser traducidos al lenguaje de cada proceso. Por ejemplo, cuando Jimmy dijo de manera reiterada “no sé”, la psicología tradicional podría pensar (en términos de la polaridad semántica normalidad/anormalidad) que estaba asumiendo una postura evitativa a su realidad, que habría un bloqueo emocional o que no quería develar aspectos que le generan ansiedad. La traducción a la que hago referencia es aquella en la que se utilizan las palabras para soportar categorías diagnósticas y para problematizar lo dicho, lo no dicho o lo que se quiere decir. En el desarrollo de estos procesos descubrí que como parte de las renunciaciones que hago en mi rol, puedo optar por no generar traducciones de las palabras, y por ejemplo quedarme con el “no sé” como puerta de apertura a la conversación que será dirigida por Jimmy. Es decir, no

le cuestiono que no sepa, por el contrario asumo que en verdad “no sabe” de lo que ahora hablamos pero que tiene conocimiento sobre otras cosas hacia las cuales él nos puede guiar. Las palabras de los consultantes están dispuestas para contar su historia, su verdad y a través de ellas dar cuenta de lo que ha significado su experiencia de vida.

La imagen no desea ser analizada o interpretada sino que se declara libre de expresar y de mostrar lo que las palabras y los gestos no alcanzan. A través de la imagen fui invitado a un viaje por la experiencia humana de mis consultantes y fue la gran protagonista de las sesiones de trabajo, así que tiene un lugar privilegiado en la comprensión de las prácticas decoloniales en psicoterapia pues como lo afirma Silvia Rivera Cusicanqui, está ahí para contar y comunicar lo vivido. La imagen es pues, una forma del lenguaje que alberga al ser humano en sí, es creación del sujeto pero incluye al sujeto en la representación. Puedo pensarla como una prolongación del ser y a la vez como un ente diferenciado del mismo en la que se yuxtaponen muchos elementos del pasado, presente y futuro de las personas, creando una mixtura de sensaciones con ausencia de temporalidad. Trasciende el tiempo y el lenguaje escrito y oral, tiene voz propia y es capaz de expresar ampliamente el mundo subjetivo de las personas.

Diego, quien se encuentra inmerso en el conflicto de separación de sus padres, relata que uno de sus fuertes deseos es tener una casa con el papá en la que tenga un cuarto propio con una puerta escondida. “¿Te muestro cómo?”, me dijo. Y comenzamos juntos a construir una casa como él la había imaginado. Era una casa colorida, con el piso de arena y las paredes cubiertas de pintura y piedras. El recorrido por la creación de su casa mostró a un niño que se distanciaba del conflicto de sus papás y de las etiquetas que le han impuesto por su comportamiento, asumiendo su libertad como la posibilidad de decidir sobre lo que quiere. Mientras creaba, me hablaba. No le interesa mejorar su comportamiento (que por cierto no termina de entender por qué los adultos dicen que es inadecuado), le interesa construir su propia casa, su propia experiencia de libertad. Disfrutó vertiendo la arena en el piso de la casa y encontrando maneras variadas de hacer que se mantuviera fija. No preguntó una guía para construirla, simplemente lo decidió y jugó con las posibilidades que se abrían de inventar su propio sueño. Diego no quiere ser visto como el niño bueno o el niño malo, es Diego. (De mi diario de campo, sobre la casa de Diego. Diciembre 15 de 2019).



Figura 6. Diego y la casa de colores.

Las imágenes retratan y denuncian la historia de la subalternidad y reflejan en sí formas avanzadas de comprender el lugar que se ocupa en el mundo. Al integrar la experiencia, lo que expresan ha atravesado ya la vida misma y presenta un reflejo de los sistemas de relaciones en los que se ha estado inmerso. No hay un juego simbólico oculto detrás de cada construcción, sino una forma alterna de comunicar lo que desde la oralidad o la escritura también podría ser posible. La imagen representa además la historia colectiva de una región que ha sido colonizada por el saber y el poder externo. El ser se encuentra subalternizado por el pensamiento dicotómico moderno y el afán de adaptación a las lógicas del bienestar y la salud mental. A través de la imagen percibí la necesidad apremiante de los sujetos por ser considerados libres y por escapar a las expectativas sociales que demarcan una ruta para la vida.

Felipe de 8 años ha reiterado que necesita “cambiar la imagen”. Se percibe como el “niño malo, que no es capaz de hacer caso” y que no logra “controlar el cuerpo”. Su vida y su lenguaje está saturado de su historia de subalternidad que se configuró desde la historia de subalternidad de sus padres cuyo único deseo es tener un hijo que pueda regularse en el colegio y que “no se haga echar”. Felipe refiere sentirse cansado de tantas presiones del colegio ante las cuales no sabe qué hacer. Sus padres también están fatigados. Cuando ven retratada en una imagen la sensación de su hijo, deciden moverse y dejar de presionar tan insistentemente al niño para adecuarse a las demandas de un contexto escolar. “Lo hemos presionado mucho” “¿Y si le buscamos otro colegio? Son algunas de las expresiones que comienzan a emerger en el proceso ante las expresiones icónicas del niño. La subalternidad es denunciada a través de una imagen y con ella la renuncia a las expectativas sociales tomando a cambio la posibilidad de vivir una experiencia de lo que llaman libertad. (De mi diario de campo sobre Felipe. Febrero 2 de 2020).



Figura 7. Felipe y la imagen rota¹⁹.

¹⁹ Felipe había insistido en que la solución era cambiar la imagen que como niño tenía ante sus profesores, sus padres y sus compañeros. Pero un día, con lágrimas en los ojos dijo: “eso no se puede”. Sus ideas de ser un niño incapaz y que no puede regularse como lo espera el adulto llegaron al límite, quiere ser niño y disfrutar su libertad.

Detrás de cada imagen se construyó una historia, que como he dicho anteriormente, parece no tener tiempo y podrá ser contada en cualquier momento. Cada encuentro con las imágenes en la sesión tuvo una particularidad desde la emotividad que no podría describir con las palabras. Algo así como una conexión entre los participantes y yo en la que la imagen se convirtió en el lazo que nos unió y nos ubicó en una sintonía emocional que me permite viajar por el mundo que me quiere ser mostrado a través de las figuras.

Ahora bien, el encuentro con la imagen en esa sintonía emocional movilizó la autorreflexividad de los que allí nos convocamos y contribuyó a la desarticulación de las categorías dicotómicas al permitir la emergencia de puntos medios en los que no se asumen condiciones previas para el bienestar, la bondad o la salud. Vuelvo aquí a la categoría que he descubierto como clave para entender el desprendimiento de las posturas dicotómicas de la modernidad: la experiencia de libertad. Para los participantes, el espacio de acompañamiento ha de ser una forma de experimentar la libertad (sin importar como la conciban) y de reorganizar su vida en función de sus propios deseos y expectativas y no de las exigencias del mundo social. Sin embargo, ¿cómo desligar las expectativas en las que nos hemos formado de las expectativas “propias”? Creo que aquí la clave está en la yuxtaposición que configura nuestro mestizaje, no sólo de raza, sino de todo lo que nos define como sujetos. Tenemos varias vertientes desde donde nos han llegado mandatos y presiones y en la imagen se condensan todas las perspectivas para al final, por un acto que puede ser intuitivo, nos conectemos con aquella anhelada experiencia de libertad.

El siguiente relato sobre Jimmy presenta conexiones con las formas como la imagen puede mostrar maneras de transgredir las categorías de la modernidad para el alcance de la libertad del sujeto.

Jimmy y yo estamos sentados frente a frente. Él tiene 20 años y yo 36 aún. Yo estoy sentado en la silla de color amarillo y rojo, él en una fucsia con verde. Frente a frente, como es costumbre en las sesiones que mantenemos hace más de un año, nos hemos acostumbrado a los silencios que se abren para permitir la contemplación de las palabras, del espacio y el pensamiento. Entre los dos hay una distancia de un metro y junto a él su maletín negro de estudiante que suele traer a todas las conversaciones. Está vestido con un jean azul, unos tenis adidas azules, sus medias

siempre son largas y usa una camiseta de color gris que cubre con una chaqueta deportiva de un tono parecido a gris o a azul. El silencio se ha convertido en protagonista de nuestros espacios, el silencio que rompe las palabras y que permite que emerja un mundo de pensamientos. Durante todo este tiempo, para Jimmy no ha sido muy fácil expresarse con palabras. De hecho, la universidad en la que estudia y sus padres le han sugerido iniciar un proceso psicoterapéutico para que pueda aprender a socializar, relacionarse y hablar mejor con otras personas. Parece que eso es un problema en nuestra sociedad, donde las palabras se convierten en la manera de expresión privilegiada. Habla poco, pero expresa mucho a través de sus gestos, las imágenes y el silencio. Cuenta con una alta sensibilidad hacia los problemas de los otros y hacia sus mismos dilemas de los que poco a poco ha comunicado cosas. Le gustan los espacios seguros, lo ha dicho varias veces, espacios en los que no se siente presionado a hablar, a opinar o a hacer cosas.

Me ha referido que la razón por la cual me sigue visitando cada quince días, es porque se siente respetado en su forma de pensar y cree que no me he centrado en buscar que hable más o que tenga más amigos, sino que le he permitido un espacio en el que puede a su ritmo expresar y pensar sobre lo que desea hacer con su vida. Esta reflexión para mí se convierte en un pilar de lo que quiero entender como decolonial. Entiendo que él quiere construirse diferente y no de la manera que el mundo le indica que debe ser. Al permitirle ser lo que desea y distanciarme de los mandatos sociales sobre las relaciones y la forma de posicionarse en el mundo para ser exitoso, tal vez haya una postura decolonial. Hoy lo miro de frente y recuerdo que hace un poco más de un mes me dijo que quería liberarse de sus padres, hacer lo que quiere y ser feliz en otro país en donde su forma de ser no resultara rara. Escogió irse a Japón y ahora espera que en los próximos tres años pueda concretar su proyecto y estar en un espacio que pueda comenzar a construir y narrar como seguro. Allí me pregunto, ¿por qué Japón? Aunque él tiene razones, seguramente muy válidas sobre su elección, siento curiosidad por entender la forma como concibe esa cultura y lo que en procesos de emergencia del sujeto se distancia de lo que hemos configurado en esta región del mundo.

Mientras hay silencio en el salón, que tiene una dimensión de tres por tres metros y que es alumbrado por dos focos led que permiten que se proyecte un ligero brillo en su cara, yo pienso. Se me ha vuelto imposible dejar de pensar mientras lo observo. A veces me imagino en su lugar, viviendo bajo la opresión de unos padres que lo limitan en todas sus posibilidades. Lo observo y pienso que él se siente en el lugar del subalterno cuando está con su familia, un lugar que le impide ser él, en el que experimenta la condición subjetiva de subordinación y en la que no cuenta con la voz propia para hablar o denunciar. En su casa no lo reconocen como alguien diferente sino como una prolongación de la vida de sus padres que solo quieren que se reproduzca una manera de ser universal. En mis manos tengo su creación que ha traído a la sesión, la ha querido hacer con ayuda de acuarelas y tintas sobre una cartulina. La tengo en mis manos y la observo detenidamente justo antes de iniciar a conversar sobre ello. Mi mirada muestra satisfacción por el resultado de lo que llamamos una tarea pero que sería más una creación producto de los sentimientos y los pensamientos que se movilizan en su vida cotidiana. Su dibujo denota la libertad que quiere alcanzar y las expectativas que ha creado sobre la vida y el futuro viviendo lejos de sus padres. Su mirada está fija, está expectante de lo que voy a decir, pero quiero que la imagen hable, quiero escuchar la imagen que trae la voz de Jimmy a la sesión. Somos una imagen observando una imagen que retrata mejor que nada la experiencia subjetiva de Jimmy a lo largo de su vida. La potencia de la imagen es clara en este momento que parece eterno. La energía de la imagen impacta e influencia todo lo que ahora estamos construyendo. Ahí está la escena en la que estando cerca, cada uno está inmerso en un entramado de pensamientos y sentimientos que no es necesario expresar para saber que están ahí con nosotros. Mi pierna cruzada, descansada sobre mi pantalón azul y mis lentes que reflejan la luz de las lámparas son testigos no humanos de lo que está pasando. Son testigos del cambio que Jimmy ha querido construir para habitar en él y que ahora se muestra a través de una representación a la que le ha dedicado tiempo y a la que se ha entregado para que sea un fiel reflejo de todo lo que con las palabras no podría decir. ¿Qué me dice la imagen? ¿Qué debo escuchar de ella? (Del escenario etnográfico 2. De mi diario de campo, sobre Jimmy. Noviembre de 2019).

Y complementa su experiencia con la elaboración de una imagen en la que presenta lo que quiere para su futuro y la vasta complejidad en la que se han construido sus sueños, pero también sus presiones y sus demandas como persona. Jimmy retrata lo que ha sido su vida en esta imagen. Integra aquí toda su experiencia y las consideraciones que ha hecho para la proyección de su futuro. Su alta sensibilidad se ve expresada en el retrato sobre el cual conversamos por tres sesiones. La imagen es un valioso insumo para la conversación.

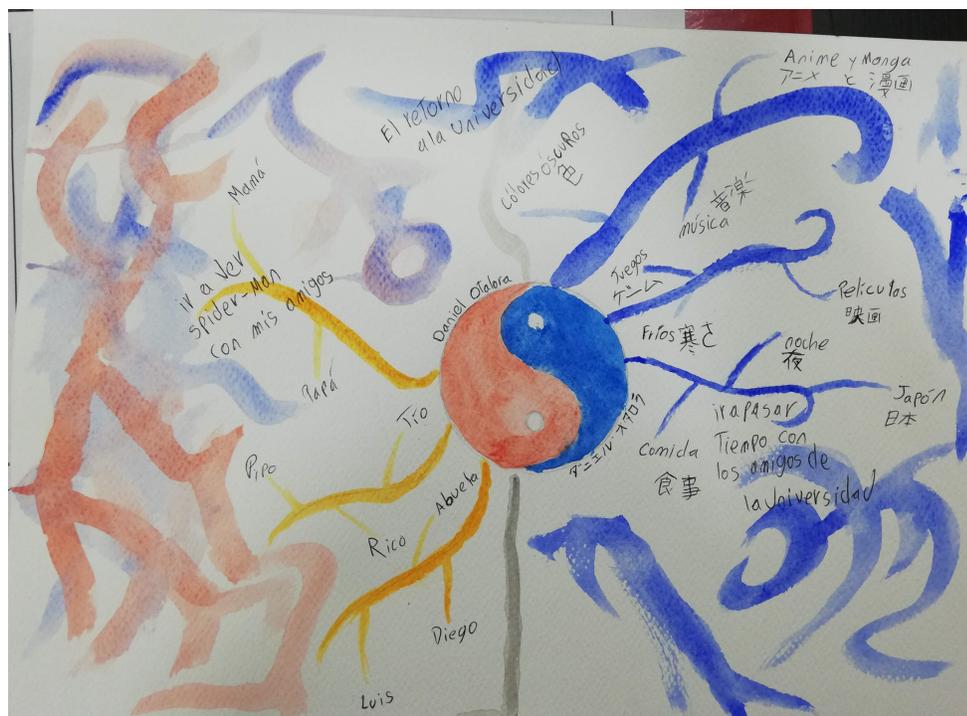


Figura 8. La vida y la libertad según Jimmy.

Si ese es el lugar de la imagen ¿qué decir del lugar de la palabra? En la psicoterapia tradicional hay un privilegio importante sobre las palabras. Sin embargo, muchas veces las palabras son sujetas a la traducción, es decir, a ser pasadas por un filtro de interpretación desde los objetivos del proceso o desde las categorías de la disciplina psicológica. Han existido corrientes terapéuticas que se han centrado en las construcciones narrativas para organizar técnicas como en el caso de Epston y White con sus propuestas sobre los medios narrativos o Linares y Ramos sobre las cartas terapéuticas. Pero no dejan de ser técnicas, y

esa es una de las bases de mi crítica, pues al ser concebidas como tal, implica que la directividad del proceso recae sobre la figura del psicólogo y sobre aquella necesidad de renombrar lo que las personas nos dicen.

Aquí emerge una forma distinta en la que los medios narrativos y la transformación de la palabra vienen desde los sujetos participantes y no se encuadran en técnicas directivas o prescritas. Ha sido un proceso para mí ir descubriendo que puedo desprenderme de la prescripción concreta y abrir el escenario a la prescripción o tarea abierta a las posibilidades y deseos del consultante, en donde él o ella son quienes definen la manera como se quieren expresar. No olvido que la experiencia de libertad para los participantes se edificó como una guía del proceso en donde la imagen y la palabra se complementan para que sea develada la historia de la subalternidad que se busca que no sea perpetuada por la psicología.

Capítulo 4.

Configuración de un espacio de acompañamiento en perspectiva decolonial: Discusión de los resultados de investigación²⁰.

En esta investigación declaré como objetivo general identificar elementos constitutivos necesarios para el ejercicio de la psicología en perspectiva decolonial a partir de estudios de caso múltiples en los que se visibilice la yuxtaposición de prácticas y saberes. Para ello, acompañé 18 casos e identifiqué elementos que pueden contribuir a la configuración de un espacio de acompañamiento que se organice como un diálogo de saberes. A partir del desarrollo de las categorías de análisis establecidas para el estudio se hizo visible la yuxtaposición de prácticas y saberes siendo éste el punto de partida para establecer las rutas que pueden definir el trasegar hacia prácticas decoloniales.

Este capítulo, que se divide en tres apartados, presenta la discusión con base en los resultados por medio de un ejercicio de triangulación, buscando dar respuesta al objetivo general de la investigación y propiciando claridades teóricas y epistemológicas sobre el trabajo desarrollado.

La deconstrucción del subalterno desde la yuxtaposición de prácticas y saberes en el espacio de acompañamiento.

En la literatura sobre la psicoterapia desde cualquier enfoque epistemológico encontré una tendencia a centrarse en el síntoma o el diagnóstico, como si desde allí se generara un encuadre para el lector sobre el campo de estudio de la psicología. Es decir, se define de entrada una relación subalternizada entre el psicólogo y las personas que consultan, al asumir que quien consulta se encuentra en medio de un problema que supera sus capacidades o padece una enfermedad mental que le impide adaptarse a las diversas áreas de desempeño. Así, me encuentro con experiencias como las de Hinojosa y Linares (2017) sobre los caminos de la psicosis, Pereira y Molero (2019) sobre los protocolos de diagnóstico de la depresión,

²⁰ En este apartado se hará uso de los términos que han sido interpelados a lo largo de la investigación, con el fin de mostrar al lector la manera como operan en el marco de la modernidad y las posibles alternativas que emergen desde el desarrollo de este trabajo.

o González, Estaún y Cladellas (2020) sobre la modulación de los niveles de ansiedad a través de la música, por mencionar solo algunos de los trabajos recientes que se hallan en las múltiples publicaciones sobre *salud mental*. Me llamó la atención que algunas propuestas que intentan generar quiebres en la forma como es desarrollada la intervención desde la psicología clínica, no logran desprender la condición naciente de subalternidad y recaen sobre las descripciones de quien consulta a partir del diagnóstico. Trabajos con propuestas, que podrían ser tildadas como diferentes, como el de Vallejo (2009) desde la perspectiva del psicoanálisis de grupo o Calderón (2007) con la propuesta de psicoterapia del movimiento, incurrir en la necesidad explicativa que marca la relación de exclusión con el consultante al volver a las semánticas del diagnóstico de trastorno de adaptación en el primer caso y de esquizofrenia, en el segundo. Soporto entonces mi punto de partida, según el cual, la psicoterapia moderna en la actualidad se mantiene circunscrita a líneas tradicionales y hegemónicas de visión del ser humano que marcan la relación de subalternidad con el otro y la ontología del sujeto moderno/colonial. La expectativa de los consultantes se ha construido sobre esas ideas generalizadas de contar con un criterio profesional sobre lo que les pasa y realizar una intervención acorde con sus necesidades.

Los principios generales de la psicología clínica y la evaluación psicológica así lo afirman:

“los objetivos fundamentales de la evaluación clínica son: delimitar y establecer un adecuado diagnóstico psicopatológico del problema psicológico o de salud mental; clasificar los problemas psicológicos de acuerdo con los sistemas internacionales de clasificación de los trastornos mentales; evaluar las variables implicadas en el origen y mantenimiento del problema psicológico o trastorno mental; y valorar los resultados de la intervención o tratamiento” (Deus y Deví, 2019, Pág. 5).

Es este el marco tradicional en el que un espacio que es buscado por la persona para liberarse de sus posibles problemas o dilemas, termina convirtiéndose en el grillete que perpetúa la condición de subalternidad en donde si no hay opción de adaptarse a las dinámicas del mundo, se patologiza su acción.

Se mantiene la subalternidad de las personas a través de los “espacios terapéuticos” que son reconocidos como parte de la institucionalización de las relaciones de poder que buscan la regulación de todos los individuos a unos patrones validados por la sociedad desde

las dinámicas de biopoder o disciplinamiento de la especie humana. Tomando las palabras de Foucault (1976) “la disciplina trata de regir la multiplicidad de los hombres en la medida en que esa multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales que hay que vigilar, adiestrar, utilizar y, eventualmente, castigar. Además, la nueva tecnología introducida [la del hombre/especie] está destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resumen en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global” (Pág. 220).

Los ejercicios de disciplinamiento tienen la función de ofrecer vías de adaptación a los individuos a las dinámicas sociales de las instituciones y allí la psicoterapia tradicional cumple un papel preponderante al convertirse en un mecanismo mediante el cual se alcanza tal fin. Siguiendo a Foucault (1988), ubico a la psicoterapia en dos sentidos: como una tecnología del yo que permite “a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (Pág. 48). Pero adicionalmente, al ver su participación en los ejercicios de disciplinamiento, la reconozco como una tecnología del poder que “determinan la conducta de los individuos, los someten a cierto tipo de fines o de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto” (Pág. 48).

Mantener a los individuos regulados y ajustados en unos marcos de comportamiento, en este contexto, subalternos ante las premisas de la colonialidad (el patriarcalismo, el capitalismo, el racismo), se postula como un objetivo de las sociedades mentalmente sanas en donde pueden encuadrarse los comportamientos en los patrones concebidos como normales o funcionales. Los mandatos se transmiten a través de los discursos institucionales de la familia, la escuela, la iglesia o el estado y son reforzados por dispositivos del poder como la psicoterapia en la que se construyen objetivos normalizadores del carácter, el comportamiento y el pensamiento de las personas. Tal como lo afirma López (2002)

“de los mandatos e imposiciones familiares se espera que obren como regulaciones que cifran los modos de intercambio y la autorreproducción de la institución familiar” (Pp. 113), así “las prácticas familiares de sujeción de los hijos se sostienen en discursos que circulan en la cultura, y que expresan la moralidad de una época, los agentes, los mecanismos y procedimientos legitimados para preservarla (Pp. 20).

En la época contemporánea se abren demandas explícitas sobre la obligatoriedad de mantener control sobre las emociones y todas las expresiones asociadas a ellas. Palabras como empatía, asertividad, resiliencia o reinención se toman el campo del lenguaje compartido para convertirse en códigos universales del buen comportamiento y de la estabilidad mental. Me adhiero aquí al concepto de la socióloga Eva Illouz (2010) de “estilo emocional” que define como la “combinación de modos como una cultura comienza a preocuparse por ciertas emociones y crea “técnicas” específicas –lingüísticas, científicas, rituales– para aprehenderlas” (Pág. 39). Esta autora refiere que el estilo emocional terapéutico se posicionó desde la mitad del siglo XX “como el cuerpo de afirmaciones emitidas por psicólogos habilitados profesionalmente y el cuerpo de textos en los cuales los psicólogos y/o la terapia aparecen y cumplen un rol” (Pag. 39). A través de este estilo emocional se promovió una serie de guiones del control emocional que se posicionó como “un nuevo mandamiento [que] reasignaba el rol de la vieja norma puritana del control del enojo en el doble lenguaje psicológico de la emocionalidad y la eficiencia económica” (Pag. 103). Así, la psicoterapia expandió el trabajo sobre el disciplinamiento de la emoción y el comportamiento para garantizar el éxito económico y social. Todo aquello que se ubique al límite de lo esperado (por carecer de control) será entonces catalogado como desadaptado y deberá ser objeto de un trabajo de alineación y ajuste por parte de dispositivos como la psicoterapia tradicional. El buen ciudadano cumple con estas expectativas que se moldean desde la niñez y cuyo resultado se convierte en el factor de medición del buen trabajo y éxito de la parentalidad. De ahí que para los padres sea especialmente preocupante garantizar el buen cumplimiento de la tarea encomendada por la sociedad: entregar seres humanos adaptados y normalizados. Conuerdo aquí con los planteamientos de la socióloga María Cristina Palacios (2004) quien refiere que “debido al lugar que la familia tiene en la cultura y en la experiencia de la vida personal y social, se encuentra sometida a un fuerte proceso de idealización, que la pone en el juego de desear paraísos eternos y utópicos o de sufrir las inclemencias de un infierno” (Pág. 21). En una sociedad que progresivamente se ha ido declarando incluyente frente a la diversidad, paradójicamente lo diferente aún no tiene cabida, pues mientras sigan existiendo tendencias hacia la regulación de sus miembros, estaremos trabajando en función de eliminar la variación del comportamiento o la expresión emocional. Y el peso recae sobre las configuraciones familiares, espacios que han sido colonizados por las exigencias de la

institucionalidad, detrás de discursos como el de la violencia doméstica, la comunicación asertiva, el maltrato infantil, la sexualidad o las pautas de crianza.

Los mandatos sociales no solo buscan la regulación del comportamiento sino que nos ponen de frente a la urgencia de asumir un estilo de vida saludable, fundamento de la felicidad, en el que el tributo al cuerpo, a la belleza, a la urbanidad y al poder económico ocupan un lugar preponderante. El ideal de salud se ubica en una polaridad semántica en la que se define su contrario desde una gran variedad de disfunciones. Volviendo a las palabras de Ilouz (2007) “las conductas no saludables en términos emocionales se deducen de una referencia implícita a una comparación con el modelo ideal de la vida plenamente autorrealizada” (Pág. 105). Se establece una relación entre la salud, el éxito y el bienestar, que se configuran como privilegios de clase, de élite, una ilusión de abandono del lugar del subalterno dentro de la ontología del sujeto eurocéntrico.

La clase, ese lugar exclusivo en el que se desarrolla según Bourdieu (1979) el exquisito sentido del gusto, que funciona como una especie de sentido de la orientación social, un

“dominio práctico de las distribuciones que permite sentir o presentir las probabilidades de futuro o de no futuro que existen, e, inseparablemente, lo que conviene o no conviene a un individuo que ocupa tal o cual posición en el espacio social” (Pp. 498).

En la élite se aprenden y despliegan los hábitos y prácticas que abrirán las puertas del desarrollo y el crecimiento, estudiando en los mejores colegios, inscribiéndose en los clubes más distinguidos y frecuentando los lugares que marca el buen gusto. Por supuesto, la posibilidad de asistir a psicoterapia para regular los visos de comportamientos desajustados a la experiencia de clase y así responder a la presión social que recae sobre ellos, materializada en un sutil temor de perder la posición que han alcanzado. El avance en la escala social pasa a ser correspondiente con el crecimiento, el desarrollo económico y por supuesto, como lo refieren Cabanas e Ilouz (2019) la meta universal de la felicidad, todas ellas, apuestas de la modernidad.

Toma sentido el aporte de Méndez Rubio (2012) quien hablando sobre las formas de comunicación, plantea que en el orden social existen tres modos culturales simultáneos: “la alta cultura, la cultura masiva y la cultura popular” (Pág. 87). Para este autor existen

diferencias importantes entre estos tres modos culturales, que marcan distinciones entre unos y otros pero que a la vez los ubican como complementarios y entre los cuales se genera un espacio crítico que sacude el *statuo quo* y en el que la experiencia de la subalternidad moviliza desafíos hacia la discontinuidad, la fisura o las prácticas alternativas. En los casos revisados, ser parte de la élite no excluye la experiencia de la subalternidad, al contrario, la reafirma, y toma forma de malestar movilizante que obliga a mantenerse sujeto a la clase al precio que sea.

La élite muestra distinción, elegancia y “clase” pero encubre la profunda sensación de amenaza de subalternidad detrás de una forma particular de dinámica en la que el principal precepto es el mantenimiento del lugar que ha alcanzado. Aquí, en el sur global, esto pareciera asemejarse a un proceso inacabado e incompleto de blanqueamiento del que hablaba Fanon en donde nada puede ser garantía de la supresión de la subalternidad, pues como hemos visto a partir de los relatos de los participantes, hay una sensación de incompletud, presión y temor por perder lo alcanzado. Construir, o mejor, adaptar la imagen a las expectativas sociales, se convierte en un objetivo de la vida de la élite y allí la psicoterapia tiene mucho que aportar, pues el solo hecho de asistir al psicólogo “particular” y pagar por un servicio refuerza la idea de clase privilegiada.

Silvia Rivera Cusicanqui lo resume muy bien en el siguiente fragmento de su texto “Un mundo ch’ixi es posible”:

“El sueño de las élites nunca ha de ser totalmente tranquilo, amenazado como está por la irrupción de imágenes dialécticas y constelaciones impensadas. La “pesadilla del asedio indio”, la “pesadilla del asedio de las mujeres”, pero sobre todo la eclosión de comunidades de vida que se inspiran en epistemes indias, ecologistas y feministas pondrán al desnudo estos gestos paródicos y señoriales, y su táctica fallida de cubrir con una nube de palabras vacías los dispositivos más arcaicos de colonización y subalternización” (Pp. 39).

Los resultados de investigación me llevan a poner la mirada sobre los impactos del patriarcado en las estructuras de la sociedad donde veo primordial traer la voz de la antropóloga Rita Segato (2018) para quien el patriarcado es la “primera pedagogía de poder” cuyos elementos distintivos son “el mandato de masculinidad, corporativismo masculino,

baja empatía, crueldad, insensibilidad, burocratismo, distanciamiento, tecnocracia, formalidad, universalidad, desarraigo, desensibilización, limitada vincularidad” (Pp. 15). Somos una sociedad que se ha construido sobre los cimientos del mandato patriarcal, del poder, de la jerarquía, de la inequidad, lo que reafirma las condiciones de subalternidad de algunos y los temores de perder las posiciones privilegiadas experimentados por otros. De hecho, Arango (2010) afirma que “debemos dejar de ser hombres y mujeres y llegar a ser humanos por fuera del juego patriarcal” (Pág. 105). Y volviendo a Rita Segato, retomo esta cita:

“el mandato de la masculinidad exige al hombre probarse hombre todo el tiempo; porque la masculinidad, a diferencia de la femineidad, es un estatus, una jerarquía de prestigio, se adquiere como un título y se debe renovar y comprobar su vigencia como tal” (Pp. 40).

El mandato patriarcal se retrata en la sociedad como un simbolismo de alegoría al poder y a la jerarquía, a la estructura social determinada por un orden de privilegios, en el que las formas más disímiles de ejercicio del poder (generalmente violento y descalificante) se hacen evidentes en los sistemas de relación entre hombres, instituciones y cultura. Se convierte en un perpetuador de condiciones de subalternidad, como las identificadas en los procesos de acompañamiento aquí presentados, en los que la élite se ve asediada por dinámicas de violencia particularmente de orden moral o emocional que, siguiendo a Segato (2010) “es de difícil percepción y representación por manifestarse casi siempre solapadamente, confundida en el contexto de relaciones aparentemente afectuosas, [y reproducida] al margen de todos los intentos de librar a la mujer de su situación de opresión histórica” (Pp. 113). Yo agregaría, que hace parte de una secuencia de sacrificios que se cree que hay que soportar para mantenerse sujeto de los privilegios y beneficios que ofrece la clase.

¿Acaso las relaciones jerárquicas que se establecen en el *encuentro terapéutico* tienen atisbos del mandato patriarcal? ¿Acaso la fuerza opresora del diagnóstico se aproxima al yugo impuesto por la masculinidad sobre el débil? La historia de la psicología fue constituida principalmente por hombres a quienes se les hace el reconocimiento de padres de cada uno de los enfoques y quienes tributan las ganancias de haber entregado a la disciplina un estatus científico que en la actualidad intenta sostener. No intento responsabilizar al patriarcado de

todas las condiciones de subalternidad, en una comprensión reduccionista o esencialista, pero sí mostrar la relación que existe entre este fuerte mandato y la forma como se organiza la sociedad, como se marcan las desigualdades y como se reafirman las condiciones de subalternidad de los sujetos en una sociedad que en una especie de contrasentido y que rastreando a Preciado (2011) “proclama la equivalencia (y no la igualdad) de todos los cuerpos-sujetos hablantes que se comprometen con los términos del contrato contrasexual dedicado a la búsqueda del placer-saber”.

Los discursos terapéuticos modernos están atravesados por el mandato patriarcal que se expresa en las formas diagnósticas de medición de la desviación humana en una sociedad normada; según Illouz (2010) “ha llegado a constituirse como uno de los principales códigos con los cuales expresar, conformar y guiar el yo” y agrega “a través de la estandarización de los planes de estudio académicos y de las profesiones psicológicas, el discurso terapéutico trasciende las fronteras nacionales y constituye un lenguaje “transnacional” del yo”.

Me detengo aquí para pensar que para transformar las relaciones de subalternidad de las personas es necesario renunciar absolutamente al uso del diagnóstico en cualquiera de sus modalidades y a desprenderse de la necesidad de traducción de lo que le pasa a las personas a los términos de la psicología o la salud mental. Esto daría un giro obligado a la psicología clínica que se ha construido sobre la base del “ojo clínico” y remitiría a la edificación de otros tipos de psicología transitando por un ejercicio de autorreflexividad que permita identificar las estructuras patriarcales y de opresión sobre el subalterno que se encuentran en la génesis de las relaciones de las prácticas terapéuticas modernas.

Cierro, repasando las palabras de Spivak (1988) sobre los subalternos:

“pienso que es importante admitir nuestra complicidad en el mutismo [del subalterno] con el fin precisamente de ser más efectivos en el largo camino. Nuestro trabajo no puede tener éxito si nos servimos siempre de un chivo expiatorio. El investigador emigrante poscolonial se ve afectado por las formaciones sociales coloniales. Toda habla, incluso la más aparentemente inmediata, supone un desciframiento distanciado por parte de otro, que es, en el mejor de los casos, una elección. En eso consiste el habla” (Pp. 123).

Devolver el control de sus vidas a las personas sería pues premisa fundamental de un espacio de acompañamiento que quiebre la relación colonial y opte por la deconstrucción del

lugar del subalterno por medio del destierro del diagnóstico occidentalizado y de las categorías de las ontologías del sujeto eurocéntrico, la emergencia de la voz de los participantes y la autorreflexividad sobre el mandato patriarcal, capitalista, desarrollista, eurocentrado, antropocentrado.

Los diálogos desde la subalternidad: alternativas para un giro decolonial en la psicología.

El compromiso que asumí al iniciar este trabajo de investigación, declarado en el objetivo general, fue identificar elementos constitutivos necesarios para el ejercicio de la psicología en perspectiva decolonial a partir de estudios de caso múltiples en los que se visibilice la yuxtaposición de prácticas y saberes.

A partir de los resultados de la investigación cuento con la claridad sobre algunos elementos que podrían marcar una guía para pensar los espacios de acompañamiento desde la perspectiva de la transgresión, las rupturas y lo decolonial. No obstante, es posible que el lector ya se haya percatado que el alcance declarado en el objetivo general de la investigación no llega a una plena consolidación y por el contrario, el ejercicio se inclina hacia la configuración de una mirada del espacio de acompañamiento desde la perspectiva de los estudios de la subalternidad. Considero que no se trata de un error metodológico, sino de una emergencia de los procesos en el camino a la configuración de una propuesta decolonial. Aquí presento algunos de los elementos que identifiqué en el camino hacia la posibilidad de un giro decolonial (incipiente) en la psicología y la psicoterapia.

Rivera Cusicanqui (2018) insiste reiteradamente en que “descolonizar es hacer”, no puede haber caminos hacia la descolonización sin una praxis concreta que permita la participación, la polivocalidad, la incorporación de las voces disidentes y en otras palabras la no subalternización del otro. Agrega, “se trataría de una práctica reflexiva y comunicativa fundada en el deseo de recuperar una memoria y una **corporalidad propias**” (Rivera Cusicanqui, 2015, Pp. 28). En ese sentido, este trabajo ha estado guiado por la intención de ser consciente de las praxis que emergen en la nueva forma de relación con los otros que se construye desde la polifonía y el requisito de la escucha del otro silenciado. Alvarado, Pineda y Correa (2017) en el texto “polifonías de la re-existencia” ponen de relieve que:

“Aprender a escuchar es tan difícil como aprender a pensar, más aún cuando se trata de escuchar una multitud de voces históricamente acalladas por el claustro academicista de estos tiempos... Re-Existir es para nosotros un modo de reinventar las condiciones de las luchas colectivas a partir del reconocimiento de su aparente imposibilidad” (Pp. 44).

Los espacios de acompañamiento en perspectiva decolonial velan entonces por la re-existencia del sujeto desde las construcciones polifónicas que quiebran la estructura jerárquica de la colonialidad. Esa re-existencia permite la emergencia de nuevas formas de la subjetividad de los participantes y de los acompañantes a través de la experiencia de “compartencia” (Rivera Cusicanqui, 2017) de saberes desde el reconocimiento de la heterogeneidad humana.

Autores como Fernández (2017) exaltan la expansión que ha tenido la psicoterapia en América Latina, manifestando que todas las propuestas teóricas han logrado un posicionamiento significativo en los países de la región. Para él, las teorías van ganando prestigio entre los profesionales y se ha creado heterogeneidad conceptual y técnica. Agrega que “la psicoterapia es ampliamente aceptada como una práctica de intervención positiva en la población con un mayor impacto es en las grandes urbes, con una demanda creciente en los diferentes niveles socioeconómicos y en todos los grupos etarios” y cierra afirmando que “los psicoterapeutas latinoamericanos son, hoy en día, muy reconocidos en organizaciones internacionales” (Pág. 260). Se representa así la forma de pensar de muchos psicólogos que han encontrado en la psicoterapia una ruta para crecer en prestigio y reconocimiento, lejos de pensar o imaginar, en la posibilidad de un giro para el quehacer del psicólogo.

Distanciado de este tipo de concepciones y a través de los resultados de investigación ubico posibles características del proceso de acompañamiento que se configura como un diálogo desde la subalternidad en el que la autorreflexividad, la polivocalidad, la acción, la ruptura de la relación de poder y la reorganización de las relaciones le apuntarían a la descolonización del espacio compartido. Ya psicólogos como el cubano Fernando González Rey (2009) insistían en que la psicología debería estar en “permanente diálogo con las necesidades de nuestros pueblos, con un compromiso social indisoluble, preocupado por las personas, familias, grupos, comunidades, independientes de su origen étnico, religioso, político, social y que esté interesada por el ser humano dentro de un clima de equidad y

justicia” (Pág. 3), en coincidencia con lo que planteó Edgar Barrero (2017), psicólogo colombiano, quien afirmó que “es en el territorio donde se construye la Psicología popular y por lo tanto se debe partir de la realidad de ese territorio para formar profesionales en Psicología que respondan a esas realidades contextuales...Es en el territorio que se produce y reproduce la vida de los pueblos” (Pág. 186). Estos dos autores latinoamericanos hacen referencia a lo ineludible de construir psicología desde afuera, desde los territorios, que para mí representa lo que he llamado sacar la psicología del consultorio. No obstante, soy consciente de que no basta con pequeñas acciones en el mundo micropolítico de la relación en un espacio de acompañamiento, pero sí es el inicio de la conexión con necesidades compartidas por la colectividad que al ser amplificadas pueden dar cuenta de transformaciones profundas del arraigo colonial.

En una entrevista hecha al psicólogo y crítico de la psicología norteamericana James Hillman y publicada por *Literal Magazine* en otoño de 2008, refiere que:

“Hay que llevarla más allá del individuo y llevarla al mundo... sacar la psicología del consultorio y colocarla en el mundo, la comunidad y la naturaleza. El primer paso ya fue dado por la psicología sistémica; su modelo coloca a la enfermedad en un lugar distinto; en lugar de confinarla al individuo, la ven a la luz del sistema que la sostiene... Sin embargo, esto no es suficiente, tenemos que ir más allá de la familia y la sociedad. Pensemos, por ejemplo, en la arquitectura. La noción de lugar es extremadamente importante... Yo diría que la psicoterapia ha olvidado, fundamentalmente, el sentido estético de la vida. La psicoterapia parece estar muy anestesiada [y] el problema no se encuentra en la psicoterapia; es la teoría la que es destructiva. Ese es el dilema de cualquier psicoterapeuta” (Pág. 31).

Esta cita retrata lo que he intentado hacer con la ruptura desde la praxis. Por un lado, la necesidad de romper con las barreras físicas del consultorio para acompañar problemáticas situadas histórica y contextualmente; y por otro lado enfrentarme al dilema entre el impulso de dejarme llevar por el sentir y la conexión con las personas; y el servicio al sistema que participa en la creación de problemas con los cuales la psicoterapia tradicional trabaja. Vencer las lealtades hacia la teoría, declararse en desobediencia epistémica (Mignolo, 2003;

2010) para ubicarse en lecturas situadas y locales, y movilizarse por un vínculo o por la intuición en la conversación con el otro, serían enormes ganancias del espacio de acompañamiento que propongo. No obstante, las instituciones reguladoras y de vigilancia del servicio, por lo menos en Colombia, mantienen para el ejercicio de la psicología clínica la obligatoriedad del proceso de habilitación (Minsalud, 2019) de un consultorio que cumpla con los protocolos médicos establecidos (asepsia, distribución de espacios, lavamanos, etc.), aspecto que limita la posibilidad de romper con las estructuras tradicionales. Ahí radica el reto para la construcción de formas otras de acompañamiento. En mi caso, queda claro que se puede mantener continuidad y avances en un proceso y que en lugar de ser un obstáculo para la intervención, sacar la psicoterapia del consultorio, se convirtió en un bastión fundamental del avance en gratas direcciones.

Sin embargo, las rupturas decoloniales plantean desafíos mayores como la configuración de vínculos o la transformación de las relaciones de poder. La psicóloga Ángela Hernández (2010) identifica que en la relación terapéutica desde el modelo médico “los interrogatorios se convierten en una forma de vinculación que trata de fijar al individuo a su identidad de paciente o de persona problema, obligándolo a reconocerse en su pasado y en una serie de acontecimientos de su vida” (Pp. 291). Así, la vinculación objetivada mantiene la jerarquización de la relación de poder experto que favorece el mantenimiento del distanciamiento requerido para el modelo médico de salud/enfermedad.

Ahora bien, los procesos de vinculación de los terapeutas tradicionales han sido especialmente estudiados bajo el nombre de alianza terapéutica, un concepto que para autores como Corbella y Botella (2003) mantiene una estrecha relación con el éxito de la terapia. Y no es para menos ya que si se rastrea la investigación al respecto se encuentran posturas como la de Acín (2019) que la reconoce como un elemento clave que forja la eficacia de la psicoterapia, lo que garantiza que el paciente escuche lo que le dice el terapeuta como algo creíble para él, es decir, que se usa la alianza para arraigarse a la posición de poder y mantener el direccionamiento del proceso, así, como lo afirman Beltrán y Spuler (2019) en la medida en que el terapeuta logra una actitud más directiva con los consultantes les ayuda a construir un mejor vínculo, apoyado en la capacidad de autorreflexión que opera como corrector de las desviaciones frente a la objetividad o a la neutralidad esperada.

Queda claro que existe mucho temor a reconocer que se pueda construir un vínculo no instrumental, que se base en la real confianza y reconocimiento en el otro y que no se use para la búsqueda única de credibilidad o mantenimiento de la posición privilegiada. En ese sentido, mi propuesta se aleja de la intención de construir un vínculo como si fuera un artefacto para sostener la desigualdad, **y se ubica en el terreno del dejar fluir y permitir que se instaure la heterarquía del saber, del poder y del ser en la relación con el otro.** El vínculo o la alianza terapéutica no ha de ser una de esas “palabras mágicas” que según Silvia Rivera Cusicanqui “son palabras que tranquilizan, pero de un modo engañoso”.

Ya que la psicoterapia se ha constituido como un dispositivo de poder encargado de la regulación y adaptación de los miembros de la sociedad, un giro en su forma occidental estaría dado por la posibilidad de construir nuevas relaciones que pasan por la deconstrucción de las ya establecidas interacciones desde los roles de experto y paciente, en donde los marcos explicativos dados por el diagnóstico y la disciplina dialoguen con los marcos de sentido de los consultantes, historizados y politizados, que son reconocidos como interlocutores válidos. Al respecto, el psicólogo Raúl Medina (2011) plantea una aproximación desde su propuesta de terapia familiar crítica que me parece pertinente, afirma que:

“En cada una de las propuestas de [la terapia familiar crítica] se utiliza el diagnóstico, no médico o realista ingenuo, sino aquel que se constituye como medio para ampliar perspectivas. Todo esto redefine, en definitiva, la relación cliente/terapeuta, se ven mutuamente afectados y por lo tanto su vínculo: de experto-cliente a colaboración mutua entre expertos. Y el contexto clínico como un escenario psicosocial empírico de excelencia para el cambio participativo”. (Pp. 41).

No obstante me doy el permiso de sospechar de la forma como esto está siendo llevado a la práctica y no se está quedando en discursos académicos, ya que me adhiero a la urgencia de prácticas deconstructivas que permitan el auténtico reconocimiento de la yuxtaposición en el diálogo de prácticas y saberes que constituye el espacio de acompañamiento o los diálogos desde la subalternidad. ¿Qué tan dispuestos estamos los psicólogos a transitar por las renunciaciones del poder, la experticia y el prestigio que nos atribuye el saber?

Aquí pienso en el lugar excluido de la doxa, una palabra que ni siquiera tiene un reconocimiento por la Real Academia de la lengua española, mucho menos por el mundo de

las epistemes científicas y validadas de la psicología. Conjunto de saberes del sentido común, opiniones, creencias, conjeturas, engaños (Bernal y Quintero, 2018) o como quiera que se le defina, la doxa, a pesar de los intentos por ser desconocida, se ha negado a desplazarse y se mantiene en un espacio tácito y silencioso de la cultura. “La modernidad imprimió un rol a la universidad de fiscalización de los saberes válidos: la separación entre doxa y episteme” (Orellano y González, 2015), tarea aceptada pero no culminada ya que, como lo afirma Bernal y Quintero (2018), la doxa es un “verdadero obstáculo en el proceso de formación y acceso al pensamiento y al saber en la escuela”.

Al espacio de acompañamiento llegaron los participantes con una amplia gama de saberes del sentido común y con pocas de científicidad; conocimiento que ha sido construido desde la tradición y la relación con los referentes de la cultura. Saberes que no han de ser silenciados en un espacio de conversación polifónica y que ponen en un campo protagónico al otro. En defensa de la doxa, Gibu (2011) hace un recorrido por la obra de Sócrates y de Arendt, concluyendo que “la verdad no se opone a la doxa” apoyado en la interpretación de Arendt sobre el “sólo sé que nada sé” socrático, como “sé que no tengo las verdades para todos; no puedo conocer la verdad del otro sino preguntándole y, así, familiarizarme con su doxa, que se le revela de un modo distinto al de todos los demás». En consecuencia, la doxa alberga las verdades construidas desde afluentes no científicos, que son traídas al escenario de conversación, no con el afán de ser traducidas a saberes científicos, sino de ser escuchadas, visibilizadas y asumidas constitutivas de la realidad de los sujetos.

Sobre la ecología de saberes, Boaventura de Sousa indica que la pluralidad de saberes en el mundo resulta inabarcable y que “como cada saber solo existe en esa pluralidad infinita de saberes, ninguno de ellos se puede comprender a sí mismo sin referirse a los otros saberes” (Pp. 67). Aquí se retrata la yuxtaposición, los blancos y grises que configuran un todo sin perder sus cualidades individuales. El diálogo de saberes parte del reconocimiento de los otros como portadores de verdades que merecen ser escuchadas aunque existan puntos de diferencia sobre las versiones de lectura del mundo. El espacio de acompañamiento se construye en el diálogo de la multiplicidad de los saberes, es allí donde todos podemos existir.

Pero los saberes no solo se expresan a partir del diálogo: el cuerpo, el movimiento y la imagen son también formas en que se manifiesta el conocimiento configurando un plano al que sólo se accede a través de los códigos que ofrece la corporalidad y el simbolismo. En

el libro de 2009 “Cuerpo, espacio y movimiento en psicoterapia”, el argentino Marcelo Ceberio hizo una invitación a los terapeutas a romper los esquemas rígidos con los que fueron formados sobre el uso del cuerpo y así permitir la exploración de la corporalidad y el movimiento en sí mismos y en los consultantes en el proceso de construcción de técnicas de intervención. La psicología de la Gestalt, el humanismo y la psicología sistémica han presentado interesantes y valiosas experiencias sobre el lugar del cuerpo y la pertinencia de incluirlo en el trabajo dentro de las sesiones terapéuticas, siendo éste vehículo, instrumento o territorio del cambio y configurándose como un componente estructural que sin duda debe hacer parte de los procesos pues aunque no obedece al objeto de estudio declarado por la psicología si hace parte de lo constitutivo de la persona. Así lo muestra Carvajal (2019) sobre la psicoterapia del cuerpo al referir que este modelo “abandona la idea de considerar a la mente como único y total foco de atención de la psicoterapia, buscando el estudio completo del individuo” (Pp. 206). Mi propuesta se enfoca en involucrar cuerpo y movimiento como parte del sujeto y permitir su expresión espontánea desde las intenciones de los participantes. Abro un espacio para el cuerpo, pero no un cuerpo puesto para ser moldeado a las exigencias del estereotipo contemporáneo y del capitalismo, sino un cuerpo libre, capaz de expresar, de transformar el entorno y de conectarse con el mundo.

Y por último, la imagen, que por mucho tiempo, fue incorporada en la psicoterapia dentro de los procesos de evaluación y diagnóstico por creerse que a través de ella se expresaban contenidos ocultos a la consciencia. Como base de la evaluación proyectiva fue ampliamente utilizada como una especie de trampa para descubrir lo que el individuo de manera consciente no quería o no podía decir. Estuvo así la imagen supeditada a las habilidades de interpretación del evaluador, pero si me inclino por la postura de Silvia Rivera Cusicanqui (2015) descubro toda la potencia que tiene la imagen y las posibilidades que tengo al integrarla al proceso de acompañamiento como forma de transgresión. Según la autora,

“las clases subalternas negadas por las élites dominantes... salen a la superficie con toda nitidez cuando son representadas en sus propios términos... la imagen pictórica o audiovisual reactualiza las fuerzas que dan forma a la sociedad, a tiempo de organizar lo abigarrado y caótico en un conjunto de descripciones densas e iluminadoras” (Pp. 88).

Me distancio de lo archiconocido y le permito a la imagen que tome fuerza y cedo la intención de interpretación para ajustarme a lo que la persona o su imagen quiere expresar. “Las imágenes nos ofrecen interpretaciones y narrativas sociales, que desde siglos precoloniales iluminan este trasfondo social y nos ofrecen perspectivas de comprensión crítica de la realidad” (Rivera Cusicanqui, 2015, Pp. 176). Las imágenes denuncian, quiebran, liberan y muestran la conexión con la historia de los individuos. Allí donde hay vacío de palabra, la imagen puede representar la fuerza de expresividad requerida.

Así, a través del ejercicio de investigación comenzaron a retratarse algunos elementos que podrían marcar un camino hacia un ejercicio decolonial en el espacio de conversación con el otro que busca ser acompañado. Desde el diálogo que nos conecta en la experiencia de subalternidad se hace posible el inicio de la configuración de un espacio de acompañamiento en el que convergen acciones, palabras, saberes e historias. Surge un espacio que quiebra la estructura tradicional, que se ubican en el vínculo y la cesión del poder, que rompe las barreras del consultorio, que cree en la fuerza de la doxa y el sentido común, que se abre al diálogo de saberes, del cuerpo, la imagen y el texto.

El acompañante autorreflexivo: aportes desde la praxis al giro decolonial de la psicología.

La psicoterapia tradicional desde sus orígenes como práctica de la psicología, mostró interés por la relación construida entre los consultantes o pacientes y el terapeuta. Este interés llevó a enfoques como el psicoanálisis, el humanismo, la gestalt o el sistémico a plantear conceptos y metodologías que permitían un vuelco hacia el terapeuta rompiendo de alguna manera la relación sujeto/objeto en el marco de la objetividad. Lock and Nguyen (2010) sustentan la forma como el psicoanálisis encontró en el estudio de la transferencia y la contratransferencia la forma como el terapeuta se involucraba en los procesos con los que trabajaba y de alguna manera se rompía el límite de la intención objetiva; igualmente Elkaïm (1989) desde el enfoque sistémico asumió que “lo que describe el psicoterapeuta surge en una intersección entre su entorno y él mismo: no puede separar sus propiedades personales de la situación que describe” (Pp. 15), lo que constituyó el concepto de la autorreferencia. La contratransferencia y la autorreferencia se ubicaron en el espacio de la autorreflexividad

permitiendo procesos de observación del terapeuta sobre sí mismo mientras se encuentra en un proceso de análisis o conversación. Lemus, Guevara y Ambort (2018) citando a Bourdieu (2003) afirman que “la reflexividad en ciencias sociales implica un ejercicio de objetivación de nuestra posición social, de nuestra posición en el campo académico, y de nuestras propias asunciones sobre la construcción del conocimiento científico” (Pag. 115) en coincidencia con la postura de Rosana Guber (2001) quien plantea la necesidad de volver a la conciencia del investigador. La reflexividad por lo tanto marca una ruptura del modelo científico de sujeto y objeto creando la circularidad en esa relación. Así, el ejercicio autorreflexivo, se ramifica como una organización compleja en la que el sujeto expande una mirada profunda y consciente sobre su totalidad y en consecuencia se pone de frente y explora su dimensión subjetiva. La reflexividad la puedo comprender acudiendo a Foucault (1987) quien en “la hermenéutica del sujeto” plantea la existencia de prácticas del reconocimiento de la conciencia, autocuidado y el cuidado del otro, prácticas de sí. Afirma el autor: “Preocuparse por uno mismo implica que uno reconvierta su mirada y la desplace desde el exterior, desde el mundo, y desde los otros, hacia sí mismo... [implicando] formas de reflexión de un tipo determinado” (Pp. 35). Pone de relieve la necesidad de acudir a una ética el cuidado de sí mismo y del otro, que en forma de prácticas pueden surgir del mismo sujeto o estar mediado por las instituciones. Así:

“estas prácticas no son algo que se invente el individuo mismo. Constituyen esquemas que él encuentra en su cultura y que le son propuestos, sugeridos, impuestos por su cultura, su sociedad y su grupo social, así, la práctica de uno mismo entra en íntima interacción con la práctica social o, si se prefiere, con la constitución de una relación de uno para consigo mismo que se ramifica de forma muy clara con las relaciones de uno mismo al otro” (Pp. 63).

Las prácticas de sí representan el paso de las prácticas coercitivas a las prácticas de autodomínio y conocimiento, muestra la responsabilización que se entrega al sujeto sobre su self, que no necesariamente desarrolla de manera voluntaria sino que puede estar mediado por instituciones o personas.

Conecto entonces con la concepción de las tecnologías del yo, también planteada por Foucault (1988), “que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta,

o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (Pág. 48).

Ahora bien, considero que la psicoterapia tradicional y su conjunto de estructuras discursivas se ubica en el campo de las tecnologías del yo, en coincidencia con la postura de Lock and Nguyen (2010) quienes agregan que “estas tecnologías se configuran como modos de sujeción, el camino en que el individuo establece una relación con la regla reconociéndose obligado a ponerla en práctica” (Pág. 283). La tecnología del yo traza una trayectoria para el sujeto y le conduce por ella, tal como lo hace el terapeuta tradicional con sus pacientes en el marco de la psicoterapia moderna con el fin de conseguir una experiencia de vida mejor. Sin embargo, el problema no parece ser que la psicoterapia se enmarque como una tecnología del yo, sino que sienta la ausencia de procesos de autorreflexividad que permitirían la configuración de prácticas de sí en el acompañante y en los participantes. Es decir, que se permitieran volver a la conciencia, no desde un acto de confesión como lo haría la visión objetiva de la tecnología del yo, sino como un examen de la propia conciencia, como lo propone la reflexividad. Esa es la propuesta que hago desde esta experiencia de investigación, una propuesta inacabada pero que abre posibilidades a pensar los espacios de relación de manera diferente y a establecer estructuras de acompañamiento para guiar a los participantes sobre objetivos contruidos de manera conjunta. Cuando el acompañante da cuenta de su condición de subalternidad y se permite la movilización hacia procesos autorreflexivos, se crea una nueva forma de relación con los participantes en la cual pueden emerger las prácticas que con el paso del tiempo podrán marcar una ruptura a la colonialidad instaurada en las formas tradicionales de psicoterapia. Así las cosas, se revierte el orden de la relación terapéutica configurada sobre el poder, la objetividad y la radicalidad epistemológica para migrar hacia la construcción de una propuesta autorreflexiva, que reconoce la alteridad y permite una nueva forma de relación entre los participantes y el acompañante. En el camino de esta transgresión cabría la posibilidad de configurar un giro decolonial para las prácticas de la psicología.

Como lo mencioné anteriormente, el alcance de este trabajo no alcanza a dar cuenta concreta de la instauración de prácticas decoloniales, pero asumo que desde lo que he planteado se crea una ruta para que se vayan configurando formas otras de relacionarnos con los participantes en el marco de los diálogos desde la subalternidad. El proceso de

transformación del espacio de acompañamiento continúa y con él, el proceso de mi transformación como profesional de la psicología.

Capítulo 5.

Conclusiones y recomendaciones.

Este apartado se constituye como el cierre de mi trabajo de investigación y en él planteo las principales conclusiones que se desprenden de las reflexiones que he presentado a partir de los resultados del ejercicio de investigación y acompañamiento con los dieciocho casos participantes. Después de plantear las principales conclusiones que se desprenden de mi trabajo, propongo una serie de recomendaciones para futuras investigaciones y para la formación y el ejercicio de los psicólogos en Colombia.

Comienzo por una afirmación que he venido sosteniendo a lo largo del trabajo y que para mí se constituyó en premisa guía del ejercicio de acompañamiento: “Todos somos subalternos”. A partir de la exploración y experiencia personal consciente en el acompañamiento de los casos participantes, identifiqué que nuestra construcción como sujetos modernos nos ha llevado a pensar que el subalterno es el otro, vulnerable y afectado por múltiples condiciones de la vida misma. Sin embargo, me di cuenta que en toda nuestra historia de constitución como personas, la subalternidad ha estado presente y se mantiene desde diferentes contextos, relaciones y perspectivas. Reconocerme (nos) como subalterno no solo se convierte en el primer paso para poder conectarme con el otro en un proceso de acompañamiento como el que propongo, sino que nos permite experimentar la vida de otra manera al entender premisas relacionadas con la igualdad, la equidad, las oportunidades o los derechos.

Identifiqué que la subalternidad asume muchas formas y que atraviesa nuestras acciones así como la manera como leemos al otro y a la vida. Es una experiencia personal y subjetiva que estamos invitados a reconocer y a aceptar con el fin de poder entendernos y comprender nuestro lugar de enunciación en las relaciones que establecemos. Y es que ese lugar de subalterno nos moviliza y nos permite construir acciones, experiencias y expectativas.

En algún momento del trabajo planteé una relación entre el reconocimiento de la subalternidad y la postura o perspectiva decolonial. Asumí que no es posible construir experiencias decoloniales en nuestro mundo desde un lugar privilegiado, que es desde el lugar de la subalternidad desde donde se habla en la perspectiva decolonial y por ello tal vez,

mi trabajo tuvo una carga fuerte hacia los estudios de la subalternidad antes que los estudios decoloniales. Lo decolonial implica una acción con sentido, pero esa acción se enmarca en el reconocimiento de mi propia experiencia como subalterno que conecta con la experiencia del otro con el que construyo la praxis colectiva. En ese sentido, concluyo que el reconocimiento de la experiencia de subalternidad es necesaria para organizar un sentido o un significado de las prácticas, que al final conectará con la necesidad del sujeto de declararse libre. Aquí me ubico en otro aspecto que resalté en mi trabajo y que tiene que ver con la experiencia de libertad y voluntad declarada por los participantes, y que he notado en otros casos que no hicieron parte de esta investigación. Insisto en que no se trata de la libertad y la voluntad en medio de un debate filosófico sino en las formas que desde el sentido común toma la necesidad de moverse de ese lugar de subalternidad en busca de experiencias otras que los participantes llaman libertad y voluntad y que están concretamente visualizadas en la posibilidad de tomar decisiones por sus propios medios.

Las decisiones del ser humano en nuestra época están mediadas por los preceptos y expectativas sociales de la “buena persona” y por los mandatos de las diferentes instituciones y personas que encarnan los intereses de la modernidad. Poder sentir que se toman decisiones que se desvían de las normas sociales, los mandatos y la ontología del sujeto de la modernidad, es parte de esa experiencia de la que hablan los participantes y desde mi perspectiva es una acción que comienza a configurar lo decolonial no solo en el espacio de acompañamiento sino en la vida cotidiana.

Las rupturas, los quiebres y la interpelación de las posturas hegemónicas del mundo en que vivimos, nos pone de frente a la posibilidad de transformar y deconstruir lo conocido, lo habitado y habituado de nuestras vidas. Reconocerme subalterno y concebir mi posibilidad de toma de decisiones poco a poco puede permitir quiebres en las estructuras que nos han definido como sujetos. Pude sentir y reconocer que estas acciones se vivieron al interior de los procesos de acompañamiento, pero aún me queda una gran pregunta por el mundo afuera de nuestra conversación reflexiva, me queda la pregunta por las estructuras hegemónicas a las cuales se enfrentan (y nos enfrentamos) las personas en nuestra cotidianidad. Es allí donde surgió una reflexión importante para mí desde mi trabajo y que se relaciona con el impacto de los procesos que acompañé y los movimientos que se dieron en ellos. Lo decolonial, considero que se trata de acciones que puedan involucrar la colectividad y por ende puedan

abrir la puerta hacia la transformación estructural y social del mundo. De ahí que considere que el alcance de mi trabajo fue inacabado pues en el año y medio que me dediqué a esta investigación, no logré encontrarme con el momento en que se configure la práctica decolonial ya que se trata de un largo proceso como el que han adelantado las comunidades afrodescendientes o los colectivos de sobrevivientes de conflictos armados. El camino para la configuración de espacios de acompañamiento que lleven a transformaciones profundas del otro como sujeto en medio de una estructura hegemónica se enmarca en un proceso que tomará tiempo y que seguramente lograré ver constituido dentro de algunos años.

Valoro lo que los participantes y yo hemos construido a lo largo de los procesos y las posibilidades que se abren desde ahora para replicar esta experiencia con colegas y personas que deseen hacer cambios en sus prácticas profesionales como psicólogos. Y reconozco que el camino por recorrer apenas está comenzando.

Interpelar las posturas tradicionales modernas de la psicología y la psicoterapia me permite ahora hablar de espacios de acompañamiento en los que los lugares de enunciación se transforman para la configuración de un diálogo de saberes en los que el otro es reconocido como igual, como experto en sus vivencias y en donde se crea un espacio para que la doxa, el sentido común y los saberes otros hablen. Se visibiliza la valiosa experiencia de cada persona y se renuncia a las pretensiones del poder, la experticia, el control y la directividad que caracterizaron por muchos años a la psicoterapia moderna. El fruto de este trabajo es el primer paso para la configuración de nuevas formas de acompañamiento en las que los protagonismos se compartan y en las que nos transformemos a la vez los participantes y el acompañante. La experiencia polivocal que viví con cada uno de los casos me es difícil de describir en unas cuantas líneas ya que se organizan muchas vivencias y sentires alrededor de lo que significó cada uno de las sesiones de los casos. Más allá de conversar fue sentir que se construía una conexión diferente con los participantes y que al hablar y hacer, transformábamos el espacio y el pensamiento.

En el desarrollo del trabajo he hecho énfasis que mi pretensión no es generar un nuevo modelo sino la ruptura de los modelos tradicionales de la psicoterapia para que se convierta en espacios de acompañamiento únicos creados desde cada experiencia de encuentro entre acompañantes y participantes. No hay lineamientos más allá del permiso para sentir, disfrutar

y conectarse con el ser para desde allí deconstruir y movilizar estructuras que trasciendan el espacio del consultorio o el lugar del encuentro.

Ahí radica el valor de mi trabajo en el que me he arriesgado a cuestionar prácticas y epistemologías sobre las cuales se ha comprendido el sujeto desde mi disciplina. Abro la puerta para que mis colegas y futuros colegas hagan parte de un giro decolonial para la psicología, tal como alguna vez lo propuso Solís (2011) quien seguramente ya trabaja en formas otras de comprensión y acción del sujeto.

Por ende mis recomendaciones giran alrededor de la invitación a mis colegas y estudiantes para permitirse hacer rupturas y visibilizar propuestas de acción que tienen las personas y las comunidades. Que desde los procesos de enseñanza se presente la posibilidad de hacer un ejercicio crítico que trascienda el aula y lo académico sobre la psicología y sus prácticas, para que las voces otras, silenciadas por años y excluidas del saber hegemónico puedan hablar y enseñarnos esa profunda conexión con la historia de nuestros pueblos que es la nuestra.

Que se hagan posibles nuevos trabajos de investigación en este campo ya que aún es mucho lo que hay por decir y sobre todo por hacer en los diferentes contextos en los cuales la disciplina se hace presente y ha estado construyendo, seguramente, otras experiencias valiosas. Visibilizar nuestras acciones es un paso ineludible para deconstruir hegemonías.

En lo personal se me abren nuevas alternativas para dar continuidad a este trabajo desde un estudio doctoral y desde mi quehacer cotidiano en el ejercicio profesional (que ya no será lo mismo). Mi compromiso como docente para que en mis estudiantes se pueda crear esa inquietud que les distancie de lo conocido y les lleve a interpelar todo aquello que aprenden para que siempre los saberes otros tengan un espacio en su proceso de formación profesional. En los estudios culturales se permite así una nueva ruta de trabajo ya que son muy pocos los trabajos que se han adelantado y que interpelen la psicología desde la práctica y no solo desde la academia. Retomo y asumo la invitación a la práctica, a la acción con sentido y a continuar en la visibilización de lo decolonial en este tipo de espacios que desde ahora llamaré de acompañamiento.

Referencias Bibliográficas

- Acín, P. (2019) La importancia del vínculo terapéutico, en la práctica del Trabajo Social y la Terapia Gestalt. *Ehquidad*, N°. 12, Pp. 79-126.
- Alba, R. (2017) Scientific evidence on preventive interventions in childhood obesity. *Revista Colombiana de Psiquiatría (English ed.)*, Volume 46, Issue 1, Pages 36-43.
- Alvarado, S.; Pineda, J. y Correa, K. (2017) Polifonías de la Re-Existencia: Otras voces del Pensamiento Crítico. *Polifonías del Sur: Desplazamientos y desafíos de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: CLACSO.
- American Psychological Association APA (2019) Entendiendo la psicoterapia. Recuperado de: <https://www.apa.org/centrodeapoyo/entendiendo-la-psicoterapia>
- Arango, C. (2010) El problema de la convivencia en la cultura patriarcal. En Obando, O. (2010) *Psicología social crítica*. Cali: Ed. Universidad del Valle.
- Ardila, R. (2013). *Historia de la psicología en Colombia*. Bogotá: Manual Moderno.
- Ascofapsi (2016) *Declaración internacional de competencias fundamentales en psicología profesional*. Bogotá: Ascofapsi.
- Barrero, E. (2015) *Del discurso encantador a la praxis liberadora Psicología de la liberación. Aportes para la construcción de una Psicología desde el Sur*. Bogotá: Cátedra Libre.
- Barrero, E. (2015) *Formación en psicología. Reflexiones y propuestas desde América Latina*. Bogotá: Alfepsi.
- Barrero, E. (2017) *La psicología como engaño. ¿adaptar o subvertir?* Bogotá: Cátedra Libre.
- Becerra, M. (2017) ¿Y el lugar de la cultura en salud mental?: una lectura crítica desde la clínica. *Revista GPU* 2017; 13; 4: 364-370.
- Beltrán, E. y Spulerb, K. (2019) Desde la Teoría del Apego Adulto a los vínculos afectivos. *La Autorreflexión como recurso en terapia de pareja*. *Redes* 39, pp 37 – 49.
- Bernal, A. y Quintero, L. (2018). *El mundo de la doxa como obstáculo para la formación del pensamiento en la escuela. El conflicto social y armado y los acuerdos de paz de Colombia como ilustración*. Tesis Universidad Pedagógica Nacional Maestría en Desarrollo Educativo y Social.
- Blanco, M. (2012). *Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos*. *Andamios*, 9(19), 49-74.

- Botella, L. y Figueras, S. (1995). Cien años de psicoterapia: ¿el provenir de una ilusión o un provenir ilusorio?. *Revista de Psicoterapia*. VI. 13-24.
- Bourdieu, P. (1979) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. España: Penguin Random House.
- Burton, M. (2004). *La psicología de la liberación: aprendiendo de América Latina*. Polis: *Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 1 (4), 101-124.
- Butler, J. (1997) *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. España: Cátedra.
- Butler, J. (2006) *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Cabanas, E. e Illouz, E. (2019) *Happycracia. Cómo la ciencia y la industria de la felicidad controlan nuestras vidas*. Barcelona: Paidós.
- Calderón, S. (2007) *Psicoterapia del movimiento: herramienta terapéutica con pacientes esquizofrénicos*. *Actualidades en Psicología*, 21, 2007, 97-115
- Calviño, M. (2012) *Haciendo psicología en sus laberintos*. La Habana: Publicaciones Acuario.
- Calviño, M. (2015) Prólogo. En Barrero (2015) *Del discurso encantador a la praxis liberadora Psicología de la liberación. Aportes para la construcción de una Psicología desde el Sur*. Bogotá: Cátedra Libre.
- Cañal, J. (2011) El valor en psicoterapia del término grecolatino “Epimeleia Heautou”. *Docta Ignorancia Digital*, 2011; ISSN 1989 – 9416. Año II, núm. 2.
- Carvajal, F. (2019) *Psicoterapia corporal. Bases teóricas de la práctica*. POLIS. Vol. 15, núm. 2, pp. 205-212.
- Castro-Gómez, S. (2005) *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Ceberio, M. (2009) *Cuerpo espacio y movimiento en psicoterapia. El cuerpo del terapeuta como herramienta de intervención*. Argentina: Teseo.
- Ceberio, M. (2016) *Terapia sistémica latinoamericana: ¿es solamente una ilusión?* *Interacciones*, 2(2), 99-108.
- Celigueta, G. y Solé, J. (2014) *Etnografía para educadores*. Barcelona: UOC.
- Celis, M. (2019) *De qué hablamos cuando hablamos de pseudoterapias. Plan para la Protección de la Salud frente a las Pseudoterapias*. *Revista Clínica Contemporánea* 10, e7, 1-5
- Colegio Colombiano de Psicólogos (2014) *Perfil y competencias del psicólogo en Colombia, en el contexto de la salud*. Bogotá: Colpsic.

- Colegio Colombiano de Psicólogos (2016) Deontología y bioética del ejercicio de la psicología en Colombia. Bogotá: Manual Moderno.
- Corbella, S. y Botella, L. (2003). La Alianza Terapéutica: Historia, investigación y evaluación. *Anales de Psicología*. 19. 205-221.
- De la Cadena, M. (2007) Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina. Popayán: Editorial Envión.
- De Sousa Santos, B. (2010) Para descolonizar occidente. Más allá del pensamiento abismal. Buenos Aires: Prometeo.
- Denzin, N. (2015) Haciendo [auto] etnografía políticamente. *Astrolabio*, Número 14.
- Derrida, J. (1971) De la gramatología. México: Siglo XXI editores.
- Derrida, J. (1989) La escritura y la diferencia. Barcelona: Anthropos.
- Deus, J. y Deví, J (2019) Evaluación en psicología clínica de adultos. Barcelona: Editorial UOC.
- Díaz-Villa, M. & Gómez-Vásquez, M. V. (2016). La formación flexible en los programas de pregrado en psicología en Colombia: un estudio crítico. *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, 9(18), 147-172.
- Dussel, E. (2001) Eurocentrismo y modernidad. En: Mignolo, W. (2001) Capitalismo y geopolítica del conocimiento: El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Elkaïm, M. (1989) Si me amas, no me ames. Psicoterapia con enfoque sistémico. Argentino: Gedisa.
- Estupiñán, J., Hernández, A. y Serna, A. (2017) Transformación de la subjetividad en la psicoterapia sistémica. Bogotá: Usta.
- Fanon, F. (1952) Piel negra, máscaras blancas. Madrid: Akal.
- Fanon, F. (1963) Los condenados de la tierra. México: Fondo de cultura económica.
- Feixas, G. (1993) Aproximaciones a la Psicoterapia: una introducción a los tratamientos psicológicos. Barcelona, España: Paidós.
- Fernández, H. (2017) Psicoterapia en un mundo emergente. El paisaje de América Latina. *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, vol. XXVI, núm. 3, Pp. 255-260.
- Foucault, M. (1990) Tecnologías del yo. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1976) Defender la sociedad. Madrid: Akal.

- Foucault, M. (1987) *Herменéutica del sujeto*. Madrid: Ed. Endymion.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana De Sociología*, 50(3), 3-20.
doi:10.2307/3540551
- Fraguas, D. (2007) ¿Hubo una psicoterapia verbal en la Grecia clásica? *Frenia*, Vol 7.
- García R., Cabanas E. y Loredo, J. (2015) La cura mental de Phineas P. Quimby y el origen de la psicoterapia moderna. *Revista de historia de la psicología*. Vol. 36, núm. 1. 135-154
- Garciandía, J. (2008). Metafísica de la psicoterapia. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 37 (1), 29-52.
- Garzón, D. (2008) Autorreferencia y estilo terapéutico: su intersección en la formación de terapeutas sistémicos. *Revista Diversitas, perspectivas en psicología*. Vol. 4 / No 1 / 2008 / pp. 159-171.
- Gibu Shimabukuro, Ricardo. (2011). La defensa de la doxa en la obra de Hannah Arendt. *Veritas*, (25), 57-74. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-92732011000200004>
- Gimeno, A., Barrio, A. y Álvarez, M. (2018) Psicoterapia: marca registrada. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* 2018; 38(133): 131-144
- Gómez, M. (2010) Concepto de psicoterapia en psicología clínica. *Revista de psicología Universidad de Antioquia*. Vol. 2. No.4 Pp. 19- 32
- González Casanova, P. (2006) El colonialismo interno. En *Sociología de la explotación*, Buenos Aires, Clacso.
- González, F. (2009) La psicología en América Latina, algunos momentos críticos en su desarrollo. *Revista electrónica internacional de la ULAPSI*, No. 17.
- González, F.; Estaún, S. y Cladellas, R. (2020) Música como reductor de ansiedad: Un estudio piloto. *Ansiedad y Estrés* Volume 26, Issue 1 Pp. 46-51.
- González, S. y Piñones, C. (2018) Tres Exponentes: tres críticas a la psicología como ideología. *Teoría y Crítica de la Psicología* 10, 171-193.
- Goodrick, D. (2014). Estudios de caso comparativos, Síntesis metodológicas: evaluación de impacto n.º 9, Centro de Investigaciones de UNICEF, Florencia.
- Grosfoguel, R. (2018). La compleja relación entre modernidad y capitalismo: una visión descolonial. *Pléyade (Santiago)*, (21), 29-47.
- Guber, R. (2001) *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Norma.

- Gutiérrez de Pineda, V. (1968) Familia y cultura en Colombia. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Gutiérrez, M. (2008). Las familias en Bogotá. Realidades y diversidad. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Hasen, F. (2012) Interculturalidad en salud: competencias en prácticas de salud con población indígena. *Ciencia y Enfermería XVIII* (3): 17—24.
- Hernández, A. (2010) Vínculos, individuación y ecología humana. Hacia una psicología clínica compleja. Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Hillman, J. (2008) De la historia a la geografía. Conversación con Gustavo Beck. Literal, 14.
- Hinojosa, A. y Linares, J. (2017) Los caminos de la psicosis. *Redes* 36.
- Illouz, E. (2007) Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2010) La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda. Buenos Aires: Katz Editores.
- Jimeno, M. y Roldán, I. (1996) Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional.
- Jimeno, R. (2019) Cultura y violencia: hacia una ética social del reconocimiento. Bogotá: Centro de Estudios Sociales.
- Lain, P. (1958) La curación por la palabra en la antigüedad clásica. Madrid: Revista de occidente.
- Lemus, M. Guevara, B. y Ambort, M. (2018) Consideraciones sobre la reflexividad en el proceso de construcción de objetos de investigación biográficos. En: Piovani, J. y Muñiz, L. (2018) ¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social. Buenos Aires: CLACSO.
- Lock, M. y Nguyen, V. (2010) *An Anthropology of Biomedicine*. Oxford: Ed. Wiley Black Well.
- López, Y. (2002) ¿Por qué se maltrata al más íntimo? Una perspectiva psicoanalítica del maltrato infantil. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Martín- Baró, I. (2006) Hacia una psicología de la liberación. *Revista Electrónica de Intervención Psicosocial y Psicología Comunitaria*. Vol. 1, Nº 2, pp. 7-14.
- Martín-Baró, I. (1998) *Psicología de la liberación*. España: Trotta.

- Medina, R. (2011) *Cambios modestos, grandes revoluciones. Terapia familiar crítica*. México: Red Américas.
- Méndez Rubio, A. (2012) *Comunicación, prácticas culturales y subalternidad. Perspectivas de la comunicación*. Vol 5. Pp. 83–90.
- Mignolo, W. (2003) *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.
- Mignolo, W. (2010) *Desobediencia epistémica: Retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Argentina: Ediciones del Signo.
- Modonesi, M. (2010) *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: Prometeo, Clacso.
- Morales, S. y Magistris, G. (2019) *Niñez en movimiento, del adultocentrismo a la emancipación*. Buenos Aires: Ed. Ternura Revelde.
- Orellano, C. y González, S. (2015) *Acerca de la opción decolonial en el ámbito de la psicología. Perspectivas en psicología*. Vol 12 - N° 2 (pp. 1 - 8)
- Palacios, M. (2004) *Familia y violencia familiar. De la invisibilización al compromiso político*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Parra y Galindo 2019. *Colonialidad y Psicología: el desarraigo de la sabiduría*. *Revista Polis e Psique*, 2019; 9(1): 186 – 197
- Pereira, V. y Molero, P. (2019) *Protocolo diagnóstico y terapéutico de la depresión. Enfermedades psiquiátricas (III) Psicosis*. Vol 12, 86. Pp. 5070-5074.
- Pérez, M. (2019) *La psicoterapia como ciencia humana más que tecnológica. Papeles del Psicólogo / Psychologist Papers*, 2019. Vol. 40(1), pp. 1-14
- Pinto, M., García, A., Rodríguez E. y Méndez, A. (2016). *Psicología y decolonialidad: giro de-colonial para estudiar la identidad en escuelas y comunidades mayas*. *Quaderns de Psicologia*, 18(3), 83-94.
- Pinto, M., García, A., Rodríguez E. y Méndez, A. (2016). *Psicología y decolonialidad: giro de-colonial para estudiar la identidad en escuelas y comunidades mayas*. *Quaderns de Psicologia*, 18(3), 83-94.
- Preciado, B. (2011) *Manifiesto Contrasexual*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- Quijano, Aníbal 2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Lander, Edgardo (comp.) La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas (Buenos Aires: CLACSO) p. 246.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010) Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rivera Cusicanqui, S. (2015) Sociología de la imagen Miradas ch'ixi desde la historia andina. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rivera Cusicanqui, S. (2018) Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis. Buenos Aires: Ed. Tinta Limón.
- Rivera, C., y Bernal, G. (2016). La medición en el cambio psicoterapéutico: Hacia una práctica psicológica basada en la evidencia y la medición. Revista Puertorriqueña de Psicología, 19(1), 223-244.
- Segato, R. (2010) Las estructuras elementales de la violencia. Argentina: Prometeo.
- Segato, R. (2018) Contra – pedagogías de la crueldad. Argentina: Prometeo.
- Solís, L. (2011) El giro decolonial en la psicología. Hacia la construcción de una psicología decolonial. [Trabajo de grado] Universidad del Valle: Repositorio institucional.
- Spivak, G. (1988) ¿Pueden hablar los subalternos? Barcelona: Macba.
- Torrales J. y Brítez, J. (2017) Fundamentos de Psicoterapia. Medicina Clínica y Social. 1(2):157-183.
- Utrilla, R. (2018) La Otra Psicología desde el pedazo de Latinoamérica: la Psicología Popular. Teoría y Crítica de la Psicología 10 Pp. 211-233.
- Utrilla, R. (2015) Hacia una praxis con militancia contrahegemónica desde la psicología. Teoría y Crítica de la Psicología 6. Pp. 349-361.
- Vallejo, A. (2006) Medicina indígena y salud mental. Acta Colombiana De Psicología 9(2): 39-46.
- Vallejo, F. (2009) Grupo psicoterapéutico para pacientes con trastorno de adaptación. Revista de psicoanálisis y psicología social. Vol. 1
- Viveros, M. (2016) La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. Debate Feminista. V. 52. Pp. 1-17.
- Yépez, H. (2018) La colonización de la voz. La literatura moderna, nueva España, el Náhuatl. México: Axolotl Editorxs.

Zuluaga, J. (2016). La doxa en sentido legítimo: una perspectiva pragmática. Revista Psicoespacios, Vol. 10, N. 16, pp.284-308.